MADRE E HIJA



UN THRILLER PSICOLÓGICO APASIONANTE
CON UN GIRO ARGUMENTAL IMPRESIONANTE

JAMES CAINE

Madre e hija

James Caine

Copyright © [2024] by [James Caine]

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso escrito del editor o del autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Contents

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Epílogo
Nota de la autora
La Jefa: Un thriller psicológico - Capítulo 1

Prólogo

Antes

Madre dice que ayudamos a los niños del sótano. A veces no lo parece.

Cuando oigo sus vocecitas y el llanto de los demás, algunos pidiendo ayuda, me pregunto si Madre tiene razón.

—¡Señorita Annie Meadows! —me llama Madre desde la cocina. Me levanto de la mesa del salón.

—Sí —digo mientras me acerco a ella con cautela.

Está de pie junto a los fogones, con una espátula bien agarrada en la mano. Señala con la cabeza hacia un plato de comida.

—Si fueras tan amable, querida —me dice con una sonrisa—, por favor, llévale esto a la habitación uno.

—Bien, Madre —digo, devolviéndole la sonrisa.

Levanta la espátula. —Y —dice—, no le hables a la habitación dos. Me prometiste que lo dejarías. Sé que lo hiciste anoche.

¿Cómo lo sabía? No hice ruido. Estaban asustados y solos. Necesitaban a alguien con quien hablar. Me gusta pensar que yo también ayudo a la gente, mejor que Madre.

Sigo mirando a mi madre fijamente, y la espátula que tiene sobre su cabeza. Su sonrisa se desvanece. —Venga, niña, haz lo que te digo. Date prisa, antes de que se enfríe la comida. Y—

—No les hablaré —termino la frase por ella.

—Bien —dice—. Ahora, después de comer, vamos a empezar nuestro tiempo de lectura.

Cojo el plato y empiezo a bajar por las estrechas escaleras del sótano.

Me encanta leer. Me encanta aprender.

A veces desearía parecerme más a los otros niños que veo desde la ventana de mi habitación. Cuando Madre se arregla por las mañanas, yo observo cómo los críos corren calle abajo para llegar al colegio a tiempo. En los días buenos, Madre me deja leer fuera en el porche, donde puedo oír el bullicio de los niños del colegio de al lado jugando en el patio de recreo.

Se ponen a gritar y a chillar a pleno pulmón por cualquier cosa, y me pregunto qué les estará pasando.

También oigo gritos desde el sótano, pero son diferentes.

Madre me enseña en casa. Me dice que así aprendo más. Que soy especial. No como los demás niños. Que tengo un propósito más profundo que los niños que oigo fuera.

A veces, sin embargo, desearía ser como los otros niños. Desearía poder gritar con ellos desde el patio de recreo.

Una vez le pregunté a mi madre si podía ir al colegio como los demás niños.

No le gustó nada esa pregunta.

Dijo que era importante que nos quedáramos en casa. Lo que hacíamos con las personas del sótano era algo especial.

Nadie más que nosotras podía hacerlo.

Madre me hizo prometerle que jamás le contaría a nadie lo que hace. No lo entenderían. No lo verían como ayudar a los niños.

Madre dice que cuando se marchan de nuestra casa, son diferentes. Mejores.

Cambiados.

Los estamos haciendo íntegros de nuevo.

Nunca he visto a los niños después de que se vayan para poder preguntarles, pero ojalá pudiera. Quiero saber cuánto mejoran sus vidas. Quiero saber lo felices que son después de quedarse con nosotras.

Quiero convencer a esa voz interior que cuestiona a Madre de que lo que hago para ayudarla realmente les ayuda a ellos.

Al llegar al sótano, oigo sonidos amortiguados que provienen de una de las habitaciones. Paso por delante de una estantería, donde ocultamos el agujero que lleva al pasillo especial donde los tenemos.

Dentro hay dos habitaciones. Cada una tiene una puerta pesada que Madre tiene que ayudarme a desbloquear y abrir.

Las dos habitaciones tienen una ranura de metal en la parte inferior de la puerta. La abro y coloco el plato de comida dentro de la habitación uno.

—Gracias —dice una vocecita de niña.

Hago lo que Madre pide y no les hablo. Seguramente está arriba escuchando. Seguramente me está poniendo a prueba para ver si hago lo que me ha pedido.

Puede que solo tenga siete años, pero sé que debo seguir lo que dice Madre.

Cierro la ranura y miro hacia la habitación dos al fondo del pequeño pasillo. Los sonidos amortiguados siguen saliendo de allí.

Sonidos de llanto.

Madre dice que les estamos ayudando. No lo parece.

Capítulo 1

Sarah
Presente

Denuncie el maltrato doméstico.

Me quedo mirando el cartel en la consulta de mi médica mientras espero en la sala de espera a que me den la receta.

Pienso en mi marido, Roger. La noche de ayer no fue buena. Esta mañana tampoco. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y evitar que nuestra discusión fuera a peor.

Calmar a Roger y conseguir que se tranquilizara antes de que explotara.

Para colmo, todo ocurrió delante de Gracie. Solo tiene cuatro años, pero sabe que papá se enfada a veces.

La asustó. Ella no lo entiende. No ve lo que precedió a nuestra pelea. Fui demasiado lejos. Tendría que haberme echado atrás, sabiendo que Roger se iba a enfadar.

En cambio, empeoraron las cosas. Le grité. Dije cosas de las que me arrepiento.

A Roger no le gustó nada. Su voz empezó a elevarse para igualar la mía, y poco después estaba gritando sin tapujos.

Las cosas fueron a peor.

Solo me preocupé cuando vi la cara aterrorizada de mi pequeña.

Recuerdo que de niña veía pelear a mi padre y a mi Madre. Era tan normal como que el martes llegara después del lunes. El Padre gritaba, pero

al contrario que yo, mi Madre se lo aguantaba. Jamás se atrevía ni a gemir ante él. Eso no impedía que mi padre buscara discusiones.

El Padre era un hombre bajito. No demasiado intimidante por su complexión. Incluso de niña me parecía frágil. Yo le gritaba constantemente. Niña rebelde, me llamaba mi Madre.

Ella no. Era todo lo contrario. Completamente sumisa.

Lo que mi padre dijera, ella lo hacía. Lo que el Padre ordenara, ella lo obedecía.

Al menos Roger es diferente. Es muchas cosas, pero no es como mi padre. En eso acerté cuando me casé con él.

Sin embargo, la pelea de anoche me inquieta. Me pregunto qué estará pensando Gracie. Qué estará construyendo su cabecita para darle algún sentido a todo.

Suspiro, y la médica entra en la pequeña sala de espera.

—Hola, Sarah —dice con una sonrisa—. Siento la espera. La impresora dejó de funcionar y he tenido que usar mis inexistentes habilidades tecnológicas para arreglarla y poder imprimir esto. —Me entrega la receta —. Sé que te preocupan los efectos secundarios de tomar Prozac, pero estoy convencida de que te va a ayudar. Además, es una dosis muy baja. Podemos ponerte con esta medicación para que te ayude, ¿de acuerdo?

Miro a mi alrededor en la sala vacía y suspiro, al darme cuenta de que nadie, ni siquiera la recepcionista que no está en su mesa, ha escuchado lo que ha dicho la doctora. No quiero tomar medicamentos. Mi médica dice que tengo depresión. No me parece que sea así. Puedo seguir estando con mi hija y ocuparme de la casa. Sí, estoy más cansada, pero sigo siendo capaz de vivir mi vida cada día.

Depresión funcional, lo llama mi médica.

Cojo la receta y le doy las gracias de nuevo antes de marcharme.

No estoy segura de si llegaré a hacerla. Mi médica me convenció de aceptarla después de explicarme cómo podría ayudarme. No me presionó exactamente, pero tampoco me dejó decir que no.

No vine a su consulta por la depresión. Veníamos solo a revisar una ecografía reciente que me habían hecho. De alguna manera vine por el resultado del hombro y salí con una receta de Prozac.

¿Cómo ha pasado esto?

Saco el móvil y me fijo en la hora.

Me apresuro hacia mi coche y lo arranco, sabiendo que llegaré tarde a recoger a Gracie de la guardería otra vez.

La última vez la oficina me dijo que me cobrarían si seguía llegando tarde. Quizá podría decirles que tengo depresión funcional y que me den un respiro, pero de alguna manera sé que eso no va a mejorar las cosas. Además, prefiero no contárselo a nadie.

La supervisora de la guardería, una señora mayor llamada Mabel, me explicó que eran simplemente las normas empezar a cobrar por minuto a los padres que llegaban tarde a recoger a sus hijos.

Estupendo.

A Roger le encantaría tener que pagar de más por mis retrasos en recoger a nuestra hija. Sobre todo porque desde el principio no quería que fuera a la guardería. Preferiría que yo me ocupara de ella en casa.

Aunque estar con otros niños a su edad es importante. Necesita algo más que solo yo o la abuela para jugar. Ahora que quiero volver a trabajar, con un poco de suerte podremos permitírnoslo.

Por suerte, vivir en una ciudad pequeña tiene sus ventajas. Es fácil llegar a cualquier sitio rápidamente. Esta es una de las ciudades más pequeñas de la provincia de Alberta, Canadá.

Tiene ese encanto de pueblo pequeño, pero con un Walmart.

Aparco en el parking de un centro comercial. Al bajar del coche, todavía puedo oír a algunos de los niños jugando en el área vallada donde está la guardería.

Sus voces me hacen sonreír, al saber que no puedo llegar tan tarde si hay otros niños allí.

Aminoro el paso y veo a dos niñas pequeñas jugando al tejo detrás del área vallada. Se lo pasan en grande, riéndose casi al unísono.

Gracie está en un rincón, sola. Que yo pueda ver, no hace nada más que mirar la pared de ladrillo de la guardería. Da una patada a una piedra y la observa salir volando por la verja.

Ojalá jugara con otros niños. Me recuerda muchísimo a mí cuando era pequeña. Tendía a estar sola. Ahora que soy adulta, no ha cambiado mucho. Nunca tuve demasiadas amistades, ni siquiera en el instituto. Alguna que otra, las suficientes para ir tirando, pero siempre había pensado que Gracie sería diferente.

Había esperado que no fuera como yo.

¿Cómo iba a ser más sociable teniéndome a mí como madre?

No es que la llevemos a casa de amigos para que juegue con sus hijos. Roger y yo no salimos mucho. Siempre estamos juntos, en familia.

Lo llamamos tiempo en familia, y nos encanta tenerlo, pero ojalá tuviéramos más amigos. He escuchado que es más fácil hacerlos siendo padres. Llevas a tu hijo a algún sitio y, si empieza a jugar con otros niños, charlas con sus padres. Con la misma facilidad con que tu hijo ha hecho un nuevo amigo, tú también lo has hecho.

¿Pero qué pasa si tu hijo se queda apartado? ¿Y si los padres del niño tampoco son sociables? Yo no lo soy. Al menos Roger es muy diferente.

¿Por qué Gracie no habrá salido más a él?

Me preocupa cómo será Gracie cuando empiece el año que viene en el colegio. Recuerdo lo que se sentía jugando sola en el recreo cuando tenía su edad. Recuerdo lo tímida que era. Las ganas que tenía de que otros niños me pidieran jugar, y el miedo que me daba acercarme a ellos para jugar con ellos.

La cara de Gracie se ilumina cuando me ve.

—¡Mamá! —llama. Pone las manos en la verja y la sacude como si tuviera fuerzas para abrirla de golpe.

—Hola, Gracie —digo con una sonrisa amplia—. ¿Has tenido un buen día?

—¿Podemos irnos a casa? —pregunta, ignorando la pregunta.

—Hola, señora Bradshaw. —La maestra de la guardería de mi hija, Annie Meadows, se acerca a mí. Su vestido vaporoso ondea con fuerza con la brisa. Me fijo en los pequeños corazones de dibujos animados estampados en el bajo. Siempre lleva algún vestido raro de ese tipo. Gracie me cuenta lo que llevó la Srta. Meadows en la guardería siempre que en casa le pregunto cómo le fue el día.

Annie le da una palmadita a Gracie en la cabeza.

—Gracie ha tenido un día estupendo hoy —dice con su habitual voz amable.

—Hola, Annie —digo—. Me alegra oír eso. —Miro a Gracie—. ¿Podemos la Srta. Meadows y yo hablar un momento, cariño? Quizá puedas ir a jugar al columpio.

Gracie asiente y está a punto de irse cuando Annie se arrodilla para quedar a la altura de mi hija.

—Dale a tu madre y a mí un minuto, por favor —le dice a Gracie, repitiendo lo que yo acababa de pedirle. Me irrita un poco, pero es difícil

enfadarse con una joven tan peculiar.

Todos los niños adoran a la Srta. Meadows en la guardería; tiene un don con ellos. Gracie siempre me cuenta historias de lo que ha hecho ese día. A mí, en cambio, me resulta tan torpe y formal.

Gracie corre hacia el columpio y se sienta en él, mirándome desde allí.

—Mamá, ¿me empujas?

Sonrío.

—Solo necesito un minuto para hablar con la Srta. Meadows, ¿de acuerdo? Columpia tú sola.

—¿Va todo bien, señora Bradshaw? —pregunta Annie.

—Por favor, llámame Sarah —le recuerdo. Se lo he dicho tantas veces, pero Annie no es de las que se saltan las formalidades.

—¡Mamá! —grita Gracie desde el columpio, sin moverse—. No sé cómo.

Suspiro.

—Cielo, dame un minuto, ¿vale?

Gracie pone morros y se queda en el columpio sin moverse, salvo por el ligero vaivén de la gravedad.

—Perdona —le digo a Annie. Miro a Gracie un momento antes de continuar—. Es que estoy preocupada por ella.

—¿Por qué?

—Me preocupa que no juegue con otros niños tanto como debería.

Annie esboza una sonrisa leve.

—Gracie es una niña excepcional. De verdad que eres una madre muy afortunada.

—Gracias, Annie. —Sonrío—. Ya lo sé. Solo me preocupa que no muestre mucho interés por hablar con otros niños, y mucho menos por jugar con ellos.

Annie asiente.

—Lo entiendo. Cada niño encuentra su momento social cuando tiene sentido para él. Yo no estoy preocupada por ella. Yo era como ella de pequeña. Me costaba jugar con otros niños, pero ahora juego con ellos todo el día.

Sonrío, aunque su respuesta me resulta extraña.

—Gracias, Annie, seguro que me estoy preocupando por nada.

Llamo a Gracie para que venga y nos marchemos, y le doy las gracias a Annie de nuevo antes de irnos. Mi hija me coge de la mano mientras cruzamos el aparcamiento.

Cuando nos acercamos a mi coche, veo a varias niñas pequeñas jugando en el patio de recreo al otro lado de la calle.

Sonrío mirando a mi hija.

—Oye, se me ocurre una idea. ¿Qué te parece si jugamos un rato en el patio de recreo?

Gracie mira al otro lado de la calle, donde están jugando los niños, pero no responde.

—Venga —digo—. Será divertido. —Señalo los columpios vacíos—. Esta vez te empujo yo. —Gracie sonríe y asiente en señal de acuerdo.

Antes de empezar a empujarla, le mando rápidamente un mensaje a Roger para avisarle de que estamos en el parque junto a la guardería.

Gracie y yo nos lo pasamos bien, sobre todo gracias a mi duro esfuerzo empujándola. Después de lo que parece una eternidad, paro y le digo a Gracie que Mamá necesita un descanso.

—¿Podemos irnos ya a casa? —pregunta.

Miro a las tres niñas que juegan cerca del tobogán, y a las dos madres sentadas enfrente de ellas charlando entre sí.

—¿Qué tal si juegas un poco más en el tobogán? Luego, te prometo que nos vamos a casa. —Gracie no parece muy entusiasmada—. ¡Y si te lo pasas bien jugando, hoy tomamos un helado después de cenar!

Eso surte efecto. Gracie sonríe y corre hacia el tobogán donde están jugando los otros niños. Pero en lugar de hablar con ellos, vierte piedras por el tobogán, impidiendo que los demás puedan bajar. Pongo los ojos en blanco.

Le recuerdo a Gracie que juegue bien, ya que los demás también quieren usar el tobogán. Una de las dos madres del banco me sonríe y me saluda con la mano.

Le devuelvo la sonrisa.

—Hola —les digo. Solo una de ellas me saluda de vuelta.

Vuelvo al banco en el que estaba sentada, enfrente de las madres, y observo jugar a Gracie. Al cabo de un rato, ocurre un milagro. Gracie está hablando de verdad con una de las niñas del patio de recreo. Al poco, se une a las demás en el juego. Se sientan juntas en las rocas del parque, charlando entre ellas.

Sonrío. Tengo que hacer esto más a menudo con Gracie.

Está realmente congeniendo con otros niños. Pienso en acercarme a las otras madres y presentarme. No puedo evitar pensar en que una de ellas no

me devolvió el saludo. A lo mejor quieren que las dejen tranquilas.

Pero mientras veo a Gracie jugar con los niños, me pregunto si debería decir algo. ¿No es este el momento en que hablo con los padres de los niños? ¿Les hago preguntas? ¿Quizás incluso un número para quedar para una cita de juegos?

¿O es eso raro?

Todo parece muy directo.

Antes de que pueda decidirme, veo el coche rojo de mi marido bajando por la manzana y aparcando en la calle.

Capítulo 2

Roger

Me quedo mirando los ramos de flores de distintos colores. ¿Cuál representa mejor lo miserable que me siento ahora mismo?

¿Qué tipo de flor le dice a mi mujer lo arrepentido que estoy de lo de anoche?

¿Qué puedo darle para que olvide al hombre que fui ayer y recuerde cómo soy normalmente?

Una mujer que trabaja en el supermercado me ve mirando el expositor de flores, completamente perdido. —¿Le puedo ayudar en algo? —me pregunta.

Tomo aire. Es una chica joven y guapa. Tendrá unos diecinueve años. Recuerdo que a su edad yo compraba flores a chicas guapas continuamente. Era algo con lo que las conquistaba y a lo que no estaban acostumbradas.

Me gustaba pensar que tenía «estilo», como dicen los jóvenes hoy en día. Un don con las mujeres que me permitía enamorarlas hasta caer en mis brazos. Las flores siempre marcaban un buen listón de lo que podían esperar de mí.

Ahora me estoy haciendo mayor. Me casé con una chica guapa, pero hace mucho que no le compro flores.

Lo único que le he dado es disgustos.

—Bueno —le digo a la joven—, la verdad es que estoy un poco castigado con mi mujer.

Ella se ríe. —Tenía usted pinta de estar en apuros, así que me lo imaginaba.

Asiento con una sonrisa tenue. —Si la hubiera disgustado más allá de todo límite, ¿qué flores querría recibir para odiarme aunque sea un poquito menos?

Ella niega con la cabeza. —No sé qué le gusta a su mujer. ¿Tiene alguna preferencia?

Buena pregunta. No recuerdo haberle comprado nada en más de una década. Recuerdo que de joven sabía qué color representaba cada emoción. El rojo era demasiado sensual para ser una flor de disculpa. Sugería romance o deseo. No era lo que Sarah probablemente esperaría de mí esta noche.

Necesito una flor que diga que estoy izando la bandera blanca. Que vengo en son de paz. Que no he venido a pelear y que me rindo.

Me fijo en unas bonitas rosas de color rosa claro. —¿Sabe qué? Me llevo estas —digo con decisión. La dependienta asiente y me las envuelve.

Cuando llego al coche, el móvil vibra. Dejo el ramo encima del coche y miro. Es Sarah, que me dice que está en el patio de recreo, cerca de la guardería.

No quiero esperar a que Sarah y Gracie vuelvan a casa para decirle lo arrepentido que estoy. Quizá una visita al parque con mi familia sea el escenario perfecto. Una buena manera de reencontrarme con mi mujer y mi hija después de lo de anoche.

No he tenido ocasión de hablar con Gracie desde mi pequeño estallido de ayer.

Me meto en el coche y pongo el motor en marcha. Arranca tan deprisa como mi rabia de aquel día.

Lo que más me duele cuando pienso en ello es la cara de Gracie. Recuerdo haber tenido yo esa misma expresión de niño. Mamá y papá discutían, pero él siempre iba demasiado lejos.

La primera vez que le pegó a mi madre quise matarle. De no haber tenido siete años, lo habría intentado. Recuerdo que, una noche mientras mis padres dormían, me escabullí hasta la cocina, abrí el cajón y saqué un cuchillo grande de cocina.

Había hecho daño a mi madre. Era él quien merecía que le hicieran daño. ¿Qué había hecho ella para merecer su ira? Ya ni me acuerdo, ahora que soy

adulto. Lo único que recuerdo es que me quedé allí con ese cuchillo en la mano, pensando qué debía hacerle.

Estaba loco, lo sé. Quería proteger a mi madre, aunque fuera de mi propio padre. No fue la última vez que le pegó. Solo cuando me hice mayor me atreví a plantarle cara una vez.

Peleamos, y gané yo.

Recuerdo la sensación tan buena que tuve al quedarme de pie sobre mi padre, desplomado en el suelo después de haberle golpeado en la cara.

Entendió quién era el nuevo hombre de la casa.

Las cosas mejoraron para mamá después de aquello. No sé qué cambió dentro de mi padre, pero nunca volvió a pegarle.

Seguimos funcionando como una familia a pesar de nuestro pasado. No tuvimos demasiados momentos de cariño. Con el tiempo me fui de casa y él murió. Madre vive ahora en un pequeño apartamento a unas horas de Esta. La visitamos cuando podemos.

Solo han pasado unos meses desde que murió mi padre. Sé que debería perdonarme por lo que pasó anoche con Sarah. No estoy siendo yo mismo.

El funeral de mi padre no fue hace tanto. Por mucho que me diga que eso me da igual, no es verdad. Es… complicado.

Aun así, la carita de Gracie no me deja en paz.

Sigo conduciendo hacia el patio de recreo, preguntándome cómo voy a compensar no solo a mi mujer, sino también a mi hija.

Miro el ramo en el asiento del copiloto.

¿Cuántas veces intentó mi padre arreglar las cosas después de destruirlas?

Nunca.

¿Cuántas flores le compró a mamá?

Ninguna.

Yo no soy él, me recuerdo a mí mismo.

Asumo la responsabilidad de lo que he hecho y esto lo vamos a arreglar.

Pero ¿cómo arreglo lo que aún no le he contado? ¿Cómo reaccionará Sarah cuando le diga que le he estado mintiendo? Cuando descubra lo que he estado haciendo, ¿cuántas flores podré comprarle para compensarlo?

Lo acabará descubriendo, probablemente pronto.

No puedo seguir ocultándolo.

Un paso a la vez, me digo. Tengo que superar esto antes de poder contárselo todo.

Suspiro preguntándome qué he hecho. Aunque es que no estoy siendo yo mismo. Últimamente no estoy tomando buenas decisiones.

Hemos pasado por momentos más oscuros que este. Hace seis meses estaba seguro de que me dejaría. Debería haberlo hecho.

Yo lo habría hecho si estuviera en su lugar.

Pero no lo hizo, y las cosas mejoraron, hasta hace poco.

Diviso el patio de recreo y sonrío al ver a Gracie jugando con otros niños. Sarah y yo hemos estado preocupados por sus habilidades sociales. Yo le sigo diciendo que no se preocupe. Se irá relacionando más con otros niños a medida que siga en la guardería y empiece la escuela primaria.

Ver a Gracie jugar me hace sonreír.

Cuando aparco en la calle junto al patio de recreo, veo la expresión de preocupación en el rostro de Sarah mientras me mira.

La sonrisa se me borra al recordar la escoria que soy en realidad.

Capítulo 3

Sarah

Roger sale de su coche y esconde rápidamente un ramo de rosas rosas a su espalda, con una gran sonrisa en la cara. Niego con la cabeza y le devuelvo la sonrisa. Cuando Gracie lo ve, deja de jugar un momento y me mira.

—Mis dos chicas favoritas —dice mientras se acerca. Saca las flores, tan mal escondidas. —Gracie, tengo algo para ti. Nuestra hija no se mueve. —No pasa nada, no tienes que tener miedo. Es algo bonito. Hunde la nariz en las flores. —Algo que es precioso, igual que tú.

Una de las niñas con las que está jugando levanta la mano. —¡Son flores! ¿Me puedes dar una?

—Esta vez no —dice Roger con una carcajada—. Estas son solo para mis dos chicas.

La niña hace un puchero burlón y baja por el tobogán corriendo hacia una de las mujeres que están en el banco.

La sonrisa de Roger se apaga cuando Gracie no se mueve. —¿No quieres ver lo que tengo para ti?

—Ya veo lo que es. Son flores.

—Exacto, y hay una con tu nombre.

—¿Una de las flores dice Gracie? —pregunta ella, confundida.

Él se ríe. —Supongo que tendrás que descubrirlo.

Como no se mueve, la llamo yo. —No pasa nada, Gracie. Ve con tu padre.

Ella baja por el tobogán a regañadientes y se acerca a él. Roger saca rápidamente una rosa rosa de tallo largo del ramo. Pero el movimiento brusco de sus manos parece asustar a Gracie, que retrocede varios pasos.

La expresión cautelosa de Gracie se convierte de repente en una sonrisa al mirar detrás de él. —¡Srta. Meadows! —grita. Annie Meadows va en bicicleta, con su vestido largo ondeando mientras pedalea. Frena un momento y toca el timbre varias veces para Gracie.

—¡Hasta mañana! —grita ella con una sonrisa mientras se aleja por la calle pasando por delante de nosotros.

Roger vuelve la cabeza hacia su hija. —Esto es para ti —dice, tendiéndole la rosa—. Es especial porque tú eres especial.

Gracie la coge. Roger agacha la cabeza y vuelve a oler las rosas. —Mmm, qué bien huelen.

Gracie hace lo mismo y emite el mismo sonido. —Mmm. Se ríe. Roger sonríe.

—Gracie, ¿me ayudas con una misión especial? —pregunta él. Ella asiente varias veces.

—Muy bien. Ahora, coge estas. Le entrega todo el ramo de flores. —Necesito que me ayudes a darle estas flores tan bonitas a la mamá más bonita de aquí.

Gracie sonríe y echa un vistazo a las dos mujeres que están al otro lado del patio de recreo. Enseguida se gira hacia mí y se acerca torpemente con las flores en la mano.

—Mamá, estas son para ti —dice con una sonrisa enorme.

Pongo cara de sorpresa. —¿Para mí?

Roger se ríe. —Gracie, dile por qué se las has dado.

—Porque Papá me ha dicho que se las diera a la mamá más bonita —dice —. Y esa eres tú.

—¿Yo? —finjo sorpresa. Gracie asiente. —Muchísimas gracias, Gracie. Gracias, Papá.

Roger se acerca y le da una palmadita en la cabeza. —Ve a jugar un poco más. —Gracie sale corriendo hacia el patio de recreo. Me entristece un poco ver que las otras dos madres están recogiendo sus cosas. Tendría que haberles pedido el número o haber hecho algo. Seguro que si vuelvo a este patio de recreo, puede que estén aquí otra vez.

Roger se sienta a mi lado en el banco. —¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. ¿Y tú?

Él asiente. —Mejor… ahora.

Capítulo 4

Annie

Sigo pedaleando calle abajo y pienso en la pequeña Gracie Bradshaw. Se parece mucho a mí cuando tenía su edad. A Madre también le habría gustado conocerla.

Pensar en mi madre y en Gracie me entristece. Aminoro la marcha y miro atrás hacia la niña. Está cogiendo una rosa de la mano de su padre y sonríe.

—¡Cuidado! —grita un hombre con un jersey gris, la capucha cubriéndole la cara—. ¡Hay gente caminando aquí!

—Lo siento, lo siento —digo con una sonrisa amplia. No puedo verle la cara entera, salvo una nariz de forma extraña, pero sé que no ha aceptado bien mis disculpas.

Continúo pedaleando calle abajo, y varios padres de niños a los que solía cuidar en la guardería me saludan con la mano.

—¡Eh, Annie! —llama una madre.

Su hijita, Stephanie, que acaba de empezar la escuela primaria este año, me saluda agitando el brazo con entusiasmo. —¡Srta. Meadows!

—¡Hola, Stephanie! —le grito, sin detenerme. Si me parara por cada niño y cada padre que me saludan, no llegaría a casa antes del anochecer. Y además, hoy tengo que visitar a mi madre.

Solo tardo diez minutos en bici en llegar a casa. El verano en Esta es precioso. Puede hacer un calor sofocante durante el día y por la noche necesitas un jersey para no pasar frío. Las cimas de las Montañas Rocosas rodean el pueblo.

Es un paisaje verdaderamente romántico.

Esta ciudad puede ser pequeña, pero tiene encanto. Te acaba conquistando. De niña solía fantasear con marcharme algún día. El pueblo y la gente que vive aquí, incluida mi madre.

Claro que no lo hice. Encontré trabajo como maestra de preescolar en la guardería de aquí cerca.

Me encanta mi trabajo, y los niños me adoran. Madre solía decirme que, si amas lo que haces, no trabajas ni un solo día de tu vida.

Así es exactamente como me siento cada día con los niños.

Me encanta rodearme de su inocencia, de sus risas. Casi me hace sentir de su misma edad, aunque ya tengo casi veintisiete años.

En verano siempre llevo mis vestidos largos de verano con diferentes estampados. A los niños, y especialmente a Gracie, les encantan. Su favorito es mi vestido amarillo con plátanos.

Madre no aprobaba que trabajara con niños.

Nunca ocultó lo que pensaba y me lo decía con regularidad. Quería que fuera más como ella. Yo nunca quise eso.

Preferiría olvidar lo que era mi madre.

Al pasar por delante de la comisaría, a solo tres manzanas de mi casa, un agente sale del edificio. El agente Henry Rayton me dedica una amplia sonrisa, se quita el sombrero y me lo inclina a modo de saludo.

—Annie Meadows —dice con tono burlón—. Dale recuerdos a tu madre de mi parte.

—Así lo haré, oficial Rayton —le grito.

Paso por delante del pequeño edificio de la comisaría y, unos minutos después, llego a casa. Es una casita encantadora en una zona conocida por sus vecinos más mayores. El exterior está pintado en un suave tono crema con una puerta roja. Madre siempre se enorgulleció del cuidado que le daba a su hogar.

Aunque los muebles y la decoración del interior estén anticuados ahora, le encantaba la imagen que proyectaba. No es que recibiéramos visitas nunca. Eso no habría encajado con lo que ella hacía dentro de nuestra casa.

Cojo la bicicleta y la subo por los escalones del porche de madera de la entrada.

Una vez dentro, echo un vistazo al pequeño salón y a las paredes revestidas de madera que me rodean. Voy a la cocina, donde el papel pintado color crema con imágenes de cestas de pan resulta aún menos

acogedor, y abro un armario blanco. Cojo un vaso, abro el grifo y espero con paciencia a que el agua se enfríe. Me bebo un vaso entero antes de cerrarlo. Junto al fregadero hay una puerta que siempre mantengo cerrada.

Conduce al sótano.

Ahora detesto bajar allí. Intento reducir el tiempo que paso ahí abajo al mínimo posible. La única razón por la que tengo que bajar es para hacer la colada. Me bebo otro vaso de agua, esperando reunir el valor de bajar las escaleras y pasar la ropa que puse a lavar esta mañana a la secadora.

Respiro hondo para calmar los nervios y, por fin, lo hago. Bajo los escalones despacio, cada uno crujiendo de manera distinta.

Saco rápidamente la ropa de la lavadora y la meto en la secadora, que pongo en marcha. La máquina traquetea ruidosamente mientras gira el tambor. Debo de tener la secadora más ruidosa de Esta, pero ha cumplido su función. A veces Madre la ponía para ahogar el ruido de las personas que se quedaban allí. Las habitaciones de abajo estaban insonorizadas, pero yo sentía que aun así podía oírlas.

Miro hacia el otro extremo del sótano, donde hay una gran estantería. Madre y yo la pusimos allí para tapar la entrada a las otras habitaciones cuando Madre dejó de usarlas para siempre. Ahora los libros favoritos de mi madre la llenan.

Las habitaciones ya existían en la casa cuando mi familia se mudó aquí. Al parecer, el antiguo propietario era un aficionado al vino. Eran sus bodegas. Por lo visto, el dueño hacía su propio vino, pisando las uvas con los pies descalzos en la habitación más pequeña.

Me pregunto si los antiguos propietarios tenían alguna idea de para qué se usarían estas habitaciones después.

Pienso en lo que Madre hacía en esas habitaciones. En lo que yo hice.

Algún día, pronto, Madre morirá, y los terribles secretos que compartimos se irán con ella.

Pienso de nuevo en la pequeña Gracie Bradshaw. No puedo evitarlo. Llevo mucho tiempo pensando en esta niña. Es callada. Triste.

Necesita a alguien.

Es igual que yo. Rota. Necesita volver a estar entera.

Un extraño pitido de la secadora interrumpe mis pensamientos, por suerte. La secadora está en las últimas y ha empezado a pararse de forma aleatoria a veces. La vuelvo a poner en marcha enseguida y subo las escaleras, haciendo todo lo posible por no pensar en Gracie ni en mi madre.

Esas habitaciones no volverán a usarse jamás. Jamás volveré a permitir que eso ocurra.

No soy como mi madre.

Capítulo 5

Roger

Estamos sentados a la mesa del comedor. Normalmente, en casa hay mucha más conversación. Hoy es diferente, y sé que es culpa mía.

Hay un elefante en la habitación, y ese elefante soy yo. Gracie picotea las verduras del plato y evita comerse más del taco, al que apenas ha dado un mordisco.

Sus hábitos con la comida me desconciertan. Tiende a no comer mucho, pero cuando descubrimos algo que le gusta, Sarah intenta incorporarlo más a menudo en la cena. Hace casi dos semanas se zampó un taco. Sarah lo ha preparado varias veces más desde entonces, pero hoy apenas ha probado bocado.

Sarah mira el plato de Gracie y luego me mira a mí. Ya sé lo que está pensando.

—¿Por qué no come nuestra hija?

Normalmente sería más exigente con mi hija, pero algo me dice que levantar la voz en este momento solo empeorará las cosas. Desde luego que ayer no las mejoró en absoluto.

—Gracie —dice Sarah, mirándola con seriedad—, tienes que comer, cariño. ¿Recuerdas lo que te dijo el médico?

Gracie empuja un ramillete de brócoli por el plato. —No —dice.

—Tienes que comer más —le recuerda Sarah—. Necesitas comida para crecer grande y fuerte, pero no lo harás si no te comes lo que tienes en el plato.

—Es que no tengo hambre —dice Gracie, haciendo pucheros. Es algo nuevo que hace cuando no quiere hacer lo que le pedimos. He de reconocer que me derrite el corazón cada vez, pero en este momento Sarah es inmune a su encanto.

—Acábate el taco, solo ese —dice.

—¿Puedo ir a jugar con mis juguetes?

—Cómete el taco y podrás.

—Venga, Gracie —intervengo yo—. A comer, como dice Mamá.

Gracie me echa un vistazo. Por un momento, veo en sus ojos algo que reconozco demasiado bien.

Miedo.

¿Va a volver a gritar Papá si no lo hago?

¿Cómo le digo a una niña de cuatro años que no lo haré? ¿Cómo?

Cuando yo tenía su edad, mi padre hacía mucho más que gritar. El cinturón en el trasero llegaba tan rápido como cualquier intento suyo de usar primero las palabras.

—Bueno, Gracie —digo—. ¿Qué tal unos cuantos bocados más?

—¿Uno? —pregunta. Levanto dos dedos, y le lleva un momento procesar lo que le estoy pidiendo. —Bueno, dos. Dos bocaditos pequeños. —Me sonríe, y el corazón se me alivia. El miedo que había notado en sus ojos ya no está. Ha vuelto a sonreírme como siempre. Ya no soy el monstruo de anoche.

Recuerdo haber conocido al monstruo que era mi padre. Lo odiaba. Nunca quise ser como él, y sin embargo ayer mi pequeña me miró de la misma manera en que yo miraba a mi padre.

—Roger —dice Sarah—, necesita comer.

Sonrío. —No pasa nada, le prepararé algo contundente antes de acostarse.

—¡Listo! —dice Gracie, terminando los bocados más pequeños que uno pueda dar—. ¿Ya puedo jugar?

—Espera —digo—. Primero necesito hablar contigo. Ayer, ¿te asustó Papá? Gracie mira a su madre y luego a mí, antes de asentir despacio con la cabeza. —Ya sé que sí. Lo siento, Gracie, ¿vale? —Ella no contesta y sigue mirándome. —A veces, los papás y las mamás se pelean, ¿vale? A veces, los papás se pueden pasar de la raya.

Sarah carraspea. —A veces las mamás también se pueden pasar.

Miro a mi mujer y sus palabras me reconfortan. —Bueno, ayer Papá se pasó de la raya, y gritó, y os asustó a ti y a Mamá. Lo siento, cariño. Pero

no quiero que tengas miedo de Papá, ¿vale?

Gracie sigue mirándome fijamente, y me pregunto qué estará pasando por su cabecita. ¿Está oliendo la mentira?

Claro, Papá. Lo sientes hasta la próxima vez que pierdas la paciencia.

Era un pensamiento que tenía de pequeño; la única diferencia es que mi padre nunca se disculpó.

Pero yo no soy como él.

—No tienes que tener miedo de Papá —repito—. Te lo prometo. Ahora ve a jugar con tus Barbies. —Gracie sonríe y se levanta de la mesa. Corre hacia un pequeño baúl de juguetes que tenemos en el salón, saca varias figuritas y enseguida empieza a hablar con sus voces de fantasía.

Suelto el aire despacio mientras observo a mi pequeña, odiándome por haberla hecho sentir ayer como la hice sentir.

—Te quiere —me recuerda Sarah, dándome una palmadita en la pierna —. Yo también.

Asiento. —Es que… no sé cómo perdí el control así. Lo-lo siento, Sarah.

Ella me sonríe. —Acepté las flores que me trajiste. No las estrellé contra el suelo ni nada de eso. Estamos bien. —Respira hondo—. ¿Has ido a ver a tu padre hoy?

Niego con la cabeza. —No —digo—. Pensé en ir al cementerio, pero decidí no ir. El trabajo estaba demasiado liado. No tuve tiempo.

—¿Quieres que vayamos juntos? —pregunta.

Le agradezco su apoyo en todo esto. Antes pensaba que perder a un padre era lo peor que podía imaginarse.

Sabía que iba a pasar. Es el orden lógico de la vida. Primero murieron mis abuelos, luego me hice mayor y tuve mi propia hija, lo que significa que los siguientes en irse son mi padre y mi madre.

Fue Papá quien murió primero. Un infarto masivo mientras veía un partido de baloncesto.

De pequeño, me imaginaba cómo sería cuando mi padre muriera. A veces me imaginaba siendo indiferente. ¿Y qué? El viejo se ha ido. ¿Qué hizo él por mí?

Otras veces me imaginaba llorando ante su féretro.

La realidad fue mucho peor. Era todas las emociones que te puedas imaginar a la vez. Alegría. Tristeza. Rabia. O una mezcla de todo al mismo tiempo.

¿Cómo se llora a alguien a quien nunca quisiste de verdad?

Eso ha sido duro. Sí quería a mi padre, pero de una manera distinta a la mayoría.

Hoy estoy triste. Ojalá siguiera aquí. Ojalá nos hubiéramos reconciliado. Ojalá hubiéramos podido conectar aunque fuera una sola vez antes de que muriera.

Ayer estaba lleno de rabia, y la descargué sobre mi familia.

Han pasado meses desde que murió y sigo hecho un desastre.

—Estoy bien —le digo al fin—. Gracias por ofrecerte.

—Pues aquí estoy para lo que necesites, Roger. Dímelo, y aquí estoy.

Asiento y sonrío. —Gracias.

Sarah no ha perdido a ningún padre. Los tiene a los dos, aunque también está preocupada por el suyo. Hace más de un año que sufrió un ictus que le dejó casi sin movilidad ni habla. Desde entonces apenas puede valerse por sí mismo y es mi suegra quien cuida de él prácticamente en su totalidad.

Estaba convencido de que él sería el primero en marcharse, hasta que mi padre se le adelantó.

Reuniendo el valor para mirar a mi mujer a los ojos, le doy las gracias de nuevo. Sus ojos son cariñosos y están llenos de amor. Me pregunto qué verá Sarah cuando mira los míos.

¿Están llenos de ira? ¿De rabia? ¿Hay en ellos algún atisbo de amor como en los suyos?

Ya ni sé quién soy.

—¿Has visto hoy a nuestra pequeña jugando con los otros niños en el patio de recreo? —dice Sarah con una sonrisa. Ha estado muy preocupada por Gracie. Yo le digo que estará bien cuando empiece el colegio. Eso no impide que mi mujer esté pendiente de ello. Es la razón principal por la que está en la guardería, aunque no nos lo podamos permitir.

—Sí —digo—. Ya ves, te dije que no te preocuparas.

Ella asiente. —Eso mismo me dijo su maestra de la guardería, pero no sé.

—¿La mujer alta y rara con los vestidos tan llamativos?

—Esa misma —dice Sarah con un tono particular. Cada vez que Gracie habla de su maestra de la guardería, Sarah usa esa misma voz plana cuando habla de la mujer.

Algo en ella resulta extraño. Puede que sea un poco rara y excéntrica, pero está claro que a Gracie le encanta estar en su clase. A veces me pregunto si parte de mi mujer siente celos de que otra mujer reciba el tipo de atención que Gracie solo le daría a ella.

—Oye, no te he contado —dice, cambiando de tema—. Me encontré con Drew, del trabajo.

—Drew —repito, intentando no parecer sorprendido. ¿Lo sabe? ¿Se lo ha contado Drew? —¿Dónde viste a Drew? ¿Hablasteis?

Niega con la cabeza. —No, fue en el centro comercial hace unos días, cuando llevé a Gracie a comprarle ropa nueva. Iba demasiado adelantado. No pude llamar su atención. ¿Conoces a su mujer, Jenna, se llamaba? Lo pasé genial la última vez que quedamos todos. Deberíamos invitarlos a casa otra vez.

Una oleada de calma me invade. Menos mal que no hablaron. Eso es lo último que necesito. —Sí, sería estupendo —miento—. Le llamo y lo organizamos. —Otra mentira, claro. Hasta que no le diga la verdad a Sarah, eso no va a pasar.

Sarah se levanta y empieza a recoger la mesa. Justo cuando me sentía reconfortado, una nueva oleada de culpa me golpea.

¿Qué les estoy haciendo a mi familia? Son perfectos. Soy yo quien lo está estropeando todo.

Debería contarle a Sarah la verdad sobre lo que hago cada día. ¿Cuántas mentiras he dicho a lo largo de estos meses? Pronto no podré seguir ocultándolo.

Miro a mi hija jugando con sus Barbies y luego a mi mujer recogiendo la cocina. —Oye, ¿y si salimos? —digo.

—¿Qué tienes en mente?

—Pues creo que mi pequeña necesita un juguete nuevo. ¿Una Barbie nueva? O una muñeca, o lo que sea.

Gracie se pone en pie de un salto, entusiasmada. —¡Sí! ¡Vamos!

Sarah me mira. —Roger, ayer me dijiste que andábamos justos de dinero.

No quiero recordar nada de lo que dije ayer. Hoy soy otro hombre. —Estamos bien —miento—. No te preocupes por el dinero. Esta noche quiero salir con mis dos chicas favoritas. —Gracie me dedica una sonrisa de oreja a oreja, y de repente me siento el padre que estaba destinado a ser. —¡Y! —digo, alargando el momento con una pausa dramática—. Después del juguete, vamos todos a tomar un helado.

Ahora tanto mi mujer como mi hija me miran, con la alegría pintada en la cara, y vuelvo a sentirme bien.

Capítulo 6

Annie

Entro en el Rosewood Medical Center. Es un edificio pequeño que hace las veces de hospital para nuestra zona. En la tercera planta está la unidad de cuidados paliativos. Sigo respirando hondo antes de pulsar el botón del ascensor. Visito a mi madre a menudo, sobre todo ahora que le queda poco tiempo, pero hoy es diferente.

Tengo que verla esta noche. Los pensamientos que tengo en la cabeza no me dan tregua.

El ruido de las puertas del ascensor al abrirse me saca de mis pensamientos mientras salgo y me dirijo hacia su pasillo. Algunas enfermeras me sonríen y me saludan al pasar. Me conocen bien desde que ingresaron a Madre.

Los médicos dijeron que Madre no debería haber vivido más de una semana cuando la trajeron. Su cáncer de ovario estaba más allá de lo que podían tratar, y era solo cuestión de tiempo. Lo mejor que podían hacer era procurarle el mayor confort posible en los días que le quedaban.

Eso fue hace dos meses.

Yo sabía que mi madre era una luchadora. En aquel momento era capaz de entender lo que le decían los médicos, y cuando oyó que solo le quedaban días, se empeñó en demostrar que estaban equivocados.

Ahora, sin embargo, está mucho peor. Sé que su hora se acerca. He intentado prepararme lo mejor que puedo. Trabajando más. Me puse a hacer

punto. Cualquier cosa para mantener la mente alejada de lo que le va a pasar.

Pero ahora mis pensamientos van en otra dirección.

Gracie Bradshaw.

Aparto de mi mente la imagen de la niña mientras estoy de pie frente a la habitación de mi madre. Una enfermera sale de la habitación y me saluda.

—Hola, Melanie —digo—. ¿Cómo está esta noche?

Melanie es, por lo general, una chica joven muy alegre. Durante un breve instante al saludarme vi esa faceta de su personalidad, hasta que le hice esa pregunta.

—Hoy no ha comido —responde en voz baja—. La doctora Barry también quiere hablar con usted por teléfono mañana. Pase por el control de enfermería antes de irse y concretamos una hora en la que ella esté libre.

Miro por encima del hombro de Melanie hacia mi madre, tumbada en la cama del hospital. Tiene el pelo descuidado, en lugar de peinado. Lleva puesto un aburrido azul en vez de los colores vivos que suele usar. Su rostro también ha perdido color.

No necesito que ninguna enfermera me diga lo que está pasando. Le doy las gracias y le digo que pasaré por su control antes de irme.

Doy unos pocos pasos hacia la habitación de Madre y me cuesta dar más. Es como si alguna fuerza quisiera empujarme hacia fuera. Ella ya no puede hablarme. Con la medicación tan fuerte que toma, no estoy del todo segura de que sepa que estoy aquí.

Me gusta pensar que sí.

Le beso la mano. —Hola, Madre. —Me he acostumbrado a hablarle como si pudiera contestarme. No sé cómo actuar de otra manera. Parece una tontería.

Está dormida, o el efecto de los fármacos es pleno. La mayoría de las veces que la visito es difícil saberlo.

—Hoy me he encontrado con el oficial Rayton. Te manda recuerdos. —Sonrío—. Creo que siempre le gustaste. Creo que tú también te fijabas en él. Antes te gustaba hablar de él. —De nuevo, Madre no contesta y yace en la cama con aspecto inerte, salvo por el leve y ocasional movimiento del pecho que confirma que sigue respirando.

Me siento en mi silla junto a su cama y saco un libro de mi bolso grande. Casi he terminado la novela entera en los últimos días durante mis visitas aquí.

De vez en cuando echo un vistazo a mi madre. A veces deseo verla abrir los ojos de par en par y saludarme con alegría. Eso no ocurre, claro está.

He pensado en pedir días libres para estar más con ella, pero de algún modo sé que lo odiaría. Si pudiera, me diría que fuera a trabajar en lugar de quedarme aquí sentada con ella. Así es ella.

No pido días libres en el trabajo y sigo trabajando para mantener la mente ocupada, aunque mi corazón se queda en esta habitación cuando me voy.

Hoy es el primer día que me siento diferente, sin embargo.

Hoy no puedo quitarme a Gracie de la cabeza.

Vuelvo a mirar a mi madre, pero sigue igual que la última vez que la miré. Bajo el libro y recorro la habitación con la vista antes de clavar de nuevo los ojos en mi madre.

Me inclino hasta quedar muy cerca de ella, de modo que si es posible que pueda oírme de verdad, solo ella pueda captar mis palabras. —La primera niña que… tuviste, ¿cómo supiste que era la indicada? Me contaste historias, lo sé, pero era demasiado pequeña para recordar esa. ¿Cómo supiste que tenías que quedártela? ¿Cómo lo supiste? —Madre no contesta.

Una enfermera pasa por delante de la habitación pero no se detiene. Me aclaro la garganta y miro de nuevo a Madre. —Sé que dijiste que nunca volveríamos a hacerlo. Me dijiste que estaba mal lo que hiciste, pero… no puedo dejar de pensar en esta niña. Una niña pequeña. A ti también te gustaría. —Hago una pausa como si mi madre pudiera unirse a la conversación.

Suelto el aire. —Después de que dejaras de cogerlas, ¿tuviste alguna vez el impulso de quedarte con otra? Me dijiste que no, pero ahora que soy mayor, no te creo… porque yo tengo esos pensamientos.

Madre yace en la cama con la respiración trabajosa. Esta noche tenía que verla. Pensé que si lo hacía, los pensamientos sobre Gracie Bradshaw cesarían. Que mirar a mi madre me curaría de algún modo de ellos.

Ahora solo siento el impulso con más fuerza.

Está frágil e indefensa. El cáncer se la llevará pronto. Recuerdo que hace unos meses, cuando se enteró de su diagnóstico, dijo que era la justicia de una fuerza superior. Que merecía lo que le estaba llegando por las cosas que había hecho.

Las cosas en las que yo la ayudé.

Yo no merezco esto, sin embargo. Cierro el libro y me levanto. —No me parezco en nada a ti, Madre. —La dejo de inmediato sin mirar atrás.

Capítulo 7

Sarah

Observo desde fuera del dormitorio de Gracie mientras Roger la acuesta. Esta noche insistió en ser él quien la acostara. Pasaba por el pasillo con una carga de ropa lista para meter en la lavadora cuando oí risitas saliendo de su cuarto. No pude evitar detenerme a contemplarlos a los dos.

Sonrío mientras Roger termina uno de los cuentos favoritos de Gracie, *El gato con sombrero*. Le encanta que se lo lea Papá. He de reconocer que él le da mucha más expresividad cuando lee que yo.

Hay noches en que simplemente quiero que Gracie se duerma para poder respirar. A veces es agotador, y me siento culpable por querer mi propio tiempo, o tiempo a solas con Roger. Sé que debería estar más presente con mi hija. Estoy segura de que algún día miraré atrás y desearé haber aprovechado mejor este tiempo con ella.

Siento un pinchazo de culpa mientras los observo a Roger y a ella. Están tan felices.

Es un cambio radical respecto a cómo estaban las cosas ayer, y me alegra. Me preocupé cuando Gracie salió corriendo a su cuarto después de que Roger se enfadara. Cuando fui a verla, estaba literalmente temblando de miedo.

No supe cómo reaccionar. Me limité a abrazarla con fuerza hasta que se calmó. Me dijo que tenía miedo por mí. Miedo de que Papá fuera a hacerle daño.

Roger ha perdido los nervios, sobre todo últimamente, pero hay algo que jamás haría: hacerle daño a su niña. Eso lo sé. Por eso sigo con él. Si alguna vez lo pusiera en duda, lo dejaría de inmediato.

No dejaría que le pasara nada a Gracie.

Roger se inclina y le da un beso a Gracie en la frente.

—Buenas noches —dice con tono juguetón—. Te quiero.

—Buenas noches, Papá —dice Gracie con una risita.

—Que descanses —dice Roger, dándole un último beso en la frente antes de girarse y verme. Sonríe, y yo hago lo mismo.

Roger cruza la habitación sigilosamente, intentando hacer el menor ruido posible; de lo contrario, la bomba Gracie explotará y tendremos que reiniciar la rutina de sueño. Es un proceso delicado. Tarde o temprano intentará colarse en nuestra cama y tendré que volver a dormirla, ya que Roger suele quedarse frito.

Roger entorna la puerta del dormitorio y echa un último vistazo al interior antes de mirarme.

—¿Qué te apetece hacer? —pregunta.

—Estoy muy cansada —digo—. Creo que me voy a la cama.

Roger me mira sorprendido. —Ni siquiera son las nueve. ¿Te encuentras bien?

—Sí, es que ha sido un día muy largo.

—Bueno, de acuerdo, entonces… ¿dónde duermo yo esta noche? Puedo volver al sofá.

Niego con la cabeza. —No hace falta. Yo nunca te dije que te fueras al sofá. Fuiste tú quien lo decidió.

Él asiente con una sonrisa leve. —Bueno, no me parecía bien compartir cama contigo después de… Hoy me siento mejor, aunque, espero que tú también.

—Así es —miento. Me digo a mí misma que todo en mi matrimonio es perfecto. Me digo que soy feliz. Me digo que las cosas que van mal cambiarán.

Me digo que Roger cambiará.

A veces me pregunto qué estúpida soy. Aunque, por otro lado, tengo una hija preciosa. Un marido que nos mantiene. ¿Qué más puede pedir una mujer?

—Creo que leeré un rato en la cama —digo.

—Yo también —dice Roger, y me sigue hasta nuestro dormitorio.

Al rato, tumbados en la cama, empiezo a escuchar los sonidos de Roger quedándose dormido. Comienza con fuertes exhalaciones de aire por la boca, seguidas de ronquidos cada vez más sonoros.

Cuando estoy segura de que está dormido, me giro y observo a mi marido.

Roger es un hombre complicado.

Cuando lo conocí, me cautivó lo alegre que parecía. Siempre estaba sonriendo y haciendo bromas. Era muy divertido estar con él. Ahora que llevamos juntos más de una década, he visto su otra cara. Las partes que oculta bien.

La ira.

Antes de acostarme anoche, lo saqué de nuevo, para su disgusto.

La terapia.

La terapia de pareja. Es algo que he mencionado antes. Roger no se mostraba muy abierto a la idea.

Nunca pensé que sería una mujer que necesitara terapia para llevarse bien con su marido. ¿Qué le ha pasado a mi matrimonio?

Roger perdió a su padre. Eso tiene mucho que ver. Aunque, siendo honesta conmigo misma, las cosas tampoco iban bien antes de que muriera su padre.

Cuando una está completamente perdida sobre qué hacer en un matrimonio que no funciona, recurrí a lo que creía que era la respuesta de siempre. Hablemos con alguien.

Pero Roger dijo que no.

Fui a ver a mi médica. Me recetó pastillas antidepresivas. Aún tengo la receta en el bolso.

Quizá soy tan obstinada como Roger, porque todavía no la he ido a buscar. No he tomado ninguna pastilla y, siendo sincera, no quiero tomarlas.

Lo único que necesito es que mi matrimonio mejore, y no necesito las pastillas para eso.

Esta noche, en la cama, volví a sacar el tema de la terapia y, para mi sorpresa, Roger aceptó.

—De acuerdo —dijo—. Pide tú la cita. Estaré allí.

Cuando observé a Roger acostar a Gracie, temí estar siendo demasiado ingenua al creer que Roger nunca cambiará. Esta noche ha demostrado que puede. Está dispuesto a darle una oportunidad a la terapia.

Mientras sigo mirando a mi marido babear por la comisura de la boca y roncar cada vez más fuerte, solo espero, ruego, que las cosas mejoren.

Sé que Roger me quiere. Adora a Gracie. Haría cualquier cosa por ella. ¿Cambiará por mí?

Capítulo 8

Annie

¿Qué hago con esta casa cuando mi madre muera? Es un pensamiento que me ronda desde que se mudó al centro de cuidados paliativos.

Aunque este lugar guarda recuerdos terribles. Lo odio.

Me quedo mirando fijamente la oscura habitación donde Madre solía encerrar a los niños que cogía. Una de las cuatro paredes está pintada de blanco, con un cielo azul en la parte superior. En el centro hay un sol amarillo con cara sonriente. Recuerdo el día en que mi madre la pintó.

Fue idea mía. Pensé que los niños estaban tristes y que un mural les ayudaría.

Por mucho que me guste creer que todo fue obra de mi madre, yo también participé. La ayudé.

Me imagino quemando esta casa hasta los cimientos. No desearía nada más que verla, y todos los recuerdos que la acompañan, convertidos en cenizas.

¿Me ayudaría eso a superar lo que ella hizo?

Pienso de nuevo en Gracie Bradshaw.

—No soy tú —le digo a la habitación vacía. Miro el sol sonriente y, sin poder contenerme, le maldigo—. ¡No soy mi maldita Madre! —Cierro la puerta.

Lo que hizo Madre estuvo mal. Puede que de niña pensara de otra manera, pero ahora que soy mayor sé distinguir.

Al ir haciéndome mayor, comprendí que era demasiado pequeña para entender lo que estaba pasando. Madre me decía que les estábamos ayudando, después de todo. Ahora sé que mentía.

Puede que esté enferma y moribunda, pero ya estaba enferma antes del diagnóstico de cáncer. Era lo que muchos considerarían un monstruo.

Y yo soy su hija.

¿En qué me convierte eso a mí?

Me apoyo contra la pesada puerta. El exterior es de madera, pero por dentro es de acero. Casi imposible de derribar. Se cierra con llave desde fuera, y Madre incluso instaló unas escuadras para colocar un tablón de madera y reforzar la puerta en caso de que alguien intentara escapar.

Casi puedo oír ahora los gritos ahogados de quienes estuvieron encerrados en estas habitaciones. Golpeo la puerta con el puño por la frustración. El sonido me trae el recuerdo de un niño que una vez estaba al otro lado, aporreando la puerta para que vinieran sus padres. Quise abrir la puerta de inmediato, pero Madre no me lo permitió.

—No lo entiende —me había dicho Madre cuando vio las lágrimas que me rodaban por la cara. Se llamaba Billy Hopkins. Me acuerdo del nombre de todos ellos.

Madre no me permitió soltar a Billy ese día. Siguió mintiéndome y diciéndome que les estábamos ayudando.

Sé que es mentira.

Madre es una mentirosa. Lo que hicimos estuvo mal. Cuando cumplí dieciocho años, empecé un diario y anoté todos los recuerdos que tenía de cada niño encerrado en esta habitación que podía recordar. Si tuviera algo de valentía, caminaría unos pocos bloques desde mi casa hasta la comisaría y lo entregaría como prueba.

Le daría el libro al oficial Rayton en persona para que dejara de romantizar cómo creía que era mi madre y viera, de una vez, con lo que yo conviví toda mi vida.

¿Qué haría conmigo la policía? La respuesta era evidente. Era la cómplice involuntaria de mi madre.

Aunque tampoco era tan involuntaria cuando no era más que una estúpida niña. Ayudé a Madre con entusiasmo en lo que hacía, creyendo que servía de algo.

Con el tiempo, también empecé a incluir en mi diario recortes de periódicos antiguos sobre los niños desaparecidos. Documenté todo lo que

pude.

Madre dijo que lo dejó cuando yo cumplí dieciséis años. Claro, ya no encerraba a más niños en nuestro sótano, pero ¿cómo sabía yo que no hacía otras cosas fuera de esta casa?

Los niños seguían desapareciendo. ¿Cómo sé que mi madre no tuvo algo que ver en eso también?

Por mucho que la quiera, estoy lista para que muera. ¿Es triste pensarlo? Es mi madre, pero también es un monstruo.

Yo no soy como ella.

Jamás haría las cosas que ella hizo. Jamás.

Subo despacio las escaleras hasta la planta principal de mi casa. Estoy atrapada en esta casa para siempre. Nunca podré venderla. Si lo hago, es cuestión de tiempo que el mundo descubra lo que hicimos en este sótano.

Quizá lo único que pueda hacer es prenderle fuego. Si alguna vez tengo el valor de hacerlo, debería incendiar esta casa y quedarme dentro, viéndola destruirse, y conmigo también al final. Justicia poética por lo que ha ocurrido aquí.

Me siento a la mesa de la cocina y pienso en prepararme un té. La bebida caliente siempre me calma cuando me altero, lo que ocurre con frecuencia.

Sobre la mesa hay una colección de dibujos que los niños de la guardería me han hecho estos últimos días. A veces, cuando bebo el té, los miro para recordarme quién soy de verdad.

Una buena persona.

No soy mi madre. No me parezco en nada a ella. Yo quiero ayudar a los niños de verdad. Pongo agua en el hervidor y enciendo el fogón, mirando los dibujos de la mesa mientras espero.

Cojo uno que tiene unos cuantos garabatos. En la parte inferior está la letra M. Matthew me lo dio ayer y dijo que era un regalo. Dijo que las líneas eran de algún modo un fantasma. No sé muy bien cómo podría verse un fantasma en lo que había dibujado, pero le agradecí el regalo de todas formas.

Recibo muchos regalos de los niños. Me quieren. De verdad.

Miro algunos otros dibujos que me han hecho. Lana me hizo un dibujo bastante logrado de un girasol, con una figura de palitos sin piernas a su lado. Dijo que era yo oliendo la bonita flor. Sin duda se inspiró en el vestido que llevaba ese día, con distintas flores estampadas. Me encanta vestir como lo hago en el trabajo. A los niños les hace muy felices.

El hervidor empieza a hervir y un leve silbido sale por el pitorro.

Respiro hondo mientras cojo el dibujo que Gracie me hizo hoy. Su regalo era distinto al de los demás.

Era especial.

Me necesita.

Ella no lo sabe, pero me necesita. Igual que yo no lo sabía cuando necesitaba la ayuda de Madre.

Mi madre se está muriendo ahora. Ya no está para hacer nada. No puede salvar a una niña como Gracie ahora.

Solo estoy yo.

¿Pueden los actos terribles de nuestros padres transmitirse a sus hijos a través de los genes? ¿Soy el mismo monstruo que era mi madre?

Miro el regalo de Gracie y sé que no me parezco en nada a mi madre. Yo nunca llegaría tan lejos como ella.

No tengo que ser como mi madre, pero Gracie me necesita.

Necesita volver a ser pura.

Capítulo 9

Sarah

Hoy ya llevo un retraso considerable. Me he retrasado preparándome. Me he retrasado llevando a Gracie a la guardería. Tenía tan poco tiempo que estuve a punto de desabrocharle el cinturón y abrirle la puerta para que bajara del coche sola y entrara. Cuando Gracie pareció no entender bien lo que quería que hiciera, tuve que recordarme lo pequeña que es y la acompañé hasta el edificio.

Annie Meadows me esperaba dentro. Tenía esa sonrisa extraña que siempre lleva pegada en la cara mientras Gracie corría hacia ella. Las dos se cogieron de la mano cuando Annie la llevó a la habitación donde estaban el resto de los niños. Aunque iba tarde, las observé un momento. Había algo en la forma en que recorrieron juntas el pasillo corto que me inquietó.

Gracie ni siquiera se despidió de mí antes de irse con Annie. Al darme cuenta de que me había quedado boquiabierta y sola en la guardería, recordé el retraso que llevaba.

Esta mañana tengo una reunión importante con mi antigua jefa. Gracie fue un embarazo sorpresa para Roger y para mí. Solo llevaba un mes trabajando en JJ Insurance cuando me enteré. No tenía derecho a la baja por maternidad, así que no me garantizaban el puesto cuando quisiera volver.

Sin embargo, después de tener a Gracie, Roger y yo decidimos que me quedaría en casa unos años hasta que ella empezara la guardería.

A veces me odio por esa decisión. Mi hija probablemente se habría beneficiado de la interacción social antes. Ahora era esa niña solitaria que

se mantenía apartada del grupo.

Yo era igual. Cuando la veo, no puedo evitar pensar en mí misma cuando era pequeña.

Me llevó años encontrar amigas. Ahora tengo treinta y tantos y no tengo ninguna amiga. ¿Cómo voy a ayudar a mi hija con sus habilidades sociales si yo misma no las tengo?

Ahora que Gracie está en la guardería, las cosas irán mejor. Hará amigos con el tiempo, igual que los hice yo.

Y yo también, en cuanto vuelva al trabajo. La reunión de hoy es para hablar de mi vuelta a JJ Insurance. Me sorprende que mi antigua jefa se haya molestado siquiera en recibirme. Hace años que no trabajaba allí.

Supuse que era una buena señal. La reunión en sí es aún mejor.

Recupero mi antiguo puesto. Puedo empezar en dos meses. Mi antigua jefa, que vuelve a serlo ahora, dice que coincidirá con la próxima sesión de formación para nuevas incorporaciones, y quiere que empiece de cero. Muchas cosas han cambiado desde que me fui y quiere que tenga todas las herramientas para tener éxito.

Me siento eufórica de alegría. Los años como ama de casa fueron agradables, pero en gran parte resultaron solitarios y tenía la sensación de que solo contaba con Roger en mi vida.

Ahora mis días estarán llenos de conversaciones con adultos de verdad. No es que no me encantara hablar con mi niña, pero estoy lista para volver a quedar a comer y tomar café con compañeras de trabajo.

Siento que empieza un nuevo capítulo en mi vida.

Después de la reunión, decido visitar a mis padres. Quiero contarle a mamá la buena noticia. Aparte de Roger, mi madre ha sido la única fuente de conversación adulta durante estos últimos años. Ella me diría que no es así, pero sé que se disgustó un poco cuando le dije que volvería a trabajar y que Gracie empezaría la guardería.

Mamá quería que Gracie se quedara en su casa durante el día. Le agradecí el ofrecimiento, pero le expliqué que era importante que Gracie se acostumbrara a estar rodeada de más niños. Además, mamá tenía que cuidar a papá ahora.

Desde su ictus, hace casi dos años, no es más que una sombra del hombre temible que fue. El ictus le arrebató la movilidad y el habla. Ahora mamá tiene que cuidarle por completo. Aunque tampoco es que sea muy diferente

a antes. Ella lo hacía todo por ese hombre, pero no lo parecía por cómo le hablaba.

Cuando las cosas no se hacían de cierta manera, es decir, a su gusto, te enterabas. Ahora no se oye nada. Mamá suele colocarlo junto a la ventana durante el día, o cerca del televisor viendo deportes.

Aunque no estoy segura de si realmente los ve, salvo por algún gruñido ocasional que suelta.

Es triste reconocerlo, pero visitar a mis padres se ha vuelto mucho más llevadero ahora que él no puede decir ni una palabra.

Una vez le sugerí a mi madre que tal vez él debería ingresar en una residencia de ancianos. Se negó. Dijo que todavía podía cuidarle ella. No trabajaba. Tenían suficiente dinero para vivir con comodidad. Lo mínimo que podía hacer era atender las necesidades de su marido.

Puede que me haya vuelto demasiado resentida por haber vivido con ese hombre tanto tiempo como viví, pero no sé si yo sería capaz. Ahora puede que no pueda hablar, pero durante décadas sí pudo, y la mayor parte de lo que decía no era agradable.

Aparto mis pensamientos negativos y pienso en lo feliz que seré cuando vuelva al trabajo. Gracie solo lleva un mes en la guardería, hace apenas unas semanas que le planteé a Roger lo de volver a trabajar, ¡y ya tengo empleo!

Me preocupaba tener que entregar currículums con varios años de desempleo a cuestas. Estoy segura de que habría encontrado algo tarde o temprano, pero daba por hecho que iba a costar mucho tiempo.

La reunión con mi antigua jefa me hace sentir que estoy en una nube. La verdad es que el trabajo en sí no me entusiasmaba especialmente, lo cual también tiene su gracia. Es más, me disgustaba bastante. Quizá es la perspectiva de volver a estar rodeada de gente lo que me tiene tan contenta.

Antes de ir a ver a mamá, me pasé por el supermercado a coger algunas cosas para la cena de esta noche. Tengo muchas ganas de contarle a Roger cómo me ha ido el día.

Siento que mi mente ha estado en la niebla durante algún tiempo. Depresión, lo llama mi médico. Me recetó algo para remediarlo. Ahora que voy a volver al trabajo, siento que no necesito medicación. Solo necesito volver a sentirme como antes. Gracie se va haciendo mayor y yo puedo recuperar un poco más la persona que era.

Mientras paso por el pasillo del pan, veo a Heather, la compañera de trabajo de Roger. Recuerdo que no me caía demasiado bien. Es una mujer joven y guapa que trabajaba en recepción en la empresa de Roger. En una fiesta de Navidad, me pareció que había bebido de más y no me gustó nada verla hablar a solas con Roger en el bar. Se reía con demasiada facilidad de los chistes de él. Pero eso fue hace años, me recuerdo a mí misma.

Es raro verla en un supermercado a estas horas. ¿No debería estar en su mesa en la empresa de Roger? Cuando Heather me ve, sonríe y me saluda con la mano. Se acerca a mí casi chocando su carrito con el mío.

—Sarah, hola —dice con su sonrisa amplia.

—Heather, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Cómo está Roger?

Intento no irritarme porque haya preguntado por mi marido de inmediato. ¿Por qué pregunta siquiera? Le ve casi todos los días. —Bien, muy bien —sonrío—. Aunque me sorprende verte por aquí. ¿Tienes el día libre o algo así?

—Pues la verdad es que lo dejé hace unas semanas. He empezado la carrera de enfermería.

—Qué maravilla —digo. Maravilloso que no vayas a ver a Roger en una buena temporada.

—Por cierto —dice, con una expresión más seria—, lo siento muchísimo por lo que le pasó a Roger. Dile que lo que le hicieron no fue justo.

Mi sonrisa fingida desaparece de golpe. —¿Qué quieres decir?

Heather niega con la cabeza. —La forma en que le despidieron estuvo mal. No debería haber ocurrido. Pero ya conoces a su jefe. Después de los años que lleva allí, deberían haberle dado una segunda oportunidad.

Me sereno, esforzándome por no agarrar a Heather y zarandearla hasta que me cuente todo lo que sabe. ¿Roger no está trabajando? ¿Le han despedido? ¿Qué ha pasado? Tengo tantísimas preguntas que no sé por dónde empezar.

—Sí, tienes razón —digo asintiendo.

—No me puedo creer que hayan pasado ya tres meses desde que le despidieron —dice—. Me alegra haberme ido yo también. Pero dile a Roger que le mando saludos.

Desde luego que no lo haré. Estaré demasiado ocupada preguntándole por qué me ha estado mintiendo.

Capítulo 10

Annie

Ha sido un día normal para cualquiera que no pueda leer lo que ocurre en mi mente. Una rutina habitual para quienes asisten o trabajan en una guardería. Primero hemos hecho manualidades. Después he entretenido a los niños con mis «trucos de Magia», como yo los llamo.

A los niños les fascinan mis dedos doblemente articulados. Muevo los pulgares en posturas raras y los escondo detrás de mí. Cuando vuelvo a mostrar las manos, los dedos están en su posición normal y grito «¡Magia!» y los niños ríen y aplauden, sobre todo Gracie. Ahora me exigen que haga mi Magia todos los días.

Para una actividad física, he conseguido que los niños me siguieran en una conga. Gracie iba justo detrás de mí. Intento involucrarla más en las actividades de grupo para animarla a jugar con los demás.

Aunque por lo general no funciona. En cuanto termina la actividad, vuelve a jugar sola. Igual que hacía yo cuando tenía su edad.

Yo también estuve sola la mayor parte de mi infancia. Madre no quería que jugara con otros niños. Decía que era demasiado peligroso. Ahora que soy mayor, sé por qué me lo impedía.

No quería que dijera algo inconveniente.

Qué fácil habría sido para mí cometer un desliz y contarles a otros lo que pasaba en el sótano, sobre todo de pequeña. Madre lo normalizó tanto que yo daba por hecho que todo el mundo tenía personas en su sótano. ¿Por qué

iba a ser raro? ¿Por qué iba a estar mal? Madre decía que los ayudábamos, al fin y al cabo.

Y me creí cada palabra.

Desde el otro extremo de la habitación, les digo a dos niños pequeños que no se peguen por querer el mismo juguete. Una conversación que he tenido muchas veces.

Cuando los niños acceden a no pelearse más, en cuestión de minutos los dos pasan a juguetes distintos y se olvidan por completo del que les había hecho discutir.

Típico.

A los niños les resulta muy fácil olvidar.

Sin embargo, cuando sean mayores, algunos recordarán lo que les ocurrió de pequeños. Yo lo hice. Los niños del sótano también lo harán.

Respiro hondo y me acerco a la zona de la oficina, informando a mi compañera de que ahora vuelvo.

Antes de salir, echo un vistazo rápido a Gracie, que juega sola con sus muñecas en el rincón de la habitación.

—Para, para. No tengo que hacer nada —me digo a mí misma—. Déjalo estar.

Me dirijo al tablón de anuncios. Últimamente la guardería ha estado probando un horario de fin de semana. Ha resultado un éxito. A muchos padres parece gustarles tener una cita de día o simplemente una mañana para ellos solos, para desconectar del trabajo y de todo lo que exige ser padre durante la semana.

Me alegra asumir esa demanda. Además, son horas extra, y necesito mantenerme ocupada. Necesito mantener mis pensamientos a raya. Los impulsos que tengo tienen que cesar.

Me apunto para algunas horas este fin de semana y, por una vez, me fijo de verdad en el tablón de anuncios del trabajo. Una sección en particular llama mi atención. Un conjunto de fotografías de hombres conocidos depredadores infantiles que viven en la ciudad. La policía nos proporciona actualizaciones sobre personas de las que debemos estar pendientes.

De vez en cuando miro las fotografías de estos hombres. La mayoría no parecen peligrosos. Algunos tienen un aspecto completamente normal. Podrías cruzártelos por la calle sin saber que pertenecen a una lista de personas terribles que han hecho cosas terribles.

Me detengo a mirar la fotografía de un hombre. Un hombre blanco de unos treinta y tantos años. Jeremy Timmons. Lo único que lo distingue de cualquier otro es una nariz torcida.

La gente pasa a mi lado cada día y nadie sabe lo que he visto. Lo que he hecho. Si lo supieran, la cara de mi madre se uniría al grupo de hombres de este tablón.

Y la mía también.

Me quedo mirando el tablón y me doy cuenta de que mi supervisora, Mabel, me observa desde su silla de oficina. Le hago saber que me he apuntado para algunas horas extra el fin de semana. Me da las gracias por la ayuda, y regreso a la habitación, donde mis niños están jugando.

Solo uno de ellos levanta la vista cuando entro.

Gracie.

Sonrío, me acerco y me siento a su lado.

—¿Puedo jugar contigo? —le pregunto, y su carita se ilumina con una sonrisa.

Capítulo 11

Sarah

Llamo a la puerta de casa de mi madre, y ella la abre con una sonrisa de oreja a oreja. Nos abrazamos brevemente antes de que entre.

—Hola, Sarah —dice—. Estaba preocupada de que no fueras a venir.

Prefiero estar aquí que en mi propia casa ahora mismo. La sola idea de enfrentarme a Roger me revuelve el estómago.

Durante meses, mi marido me ha estado mintiendo. ¿Cuántas mentiras más me habrá contado sin que yo lo supiera?

¿Qué ha estado haciendo durante el día? ¿Adónde va? Yo he estado en casa todo el tiempo. ¿Por qué no podía decirme nada? Podría haberle ayudado.

Mi madre y yo nos volvemos a abrazar, y cuando entramos al salón, veo a mi padre de espaldas, mirando por la ventana hacia el jardín delantero. No me saluda, claro. Ya no puede. Aunque tampoco lo habría hecho de haber podido. Antes del ictus, como mucho habría levantado la mano en un gesto de reconocer mi presencia mientras seguía viendo sus deportes.

Otra cosa que me gusta de Roger es que odia ver deportes. Aunque ahora mismo mi marido no es precisamente mi persona favorita.

—Saluda a tu padre —me recuerda mamá.

Mamá se ha esforzado mucho en animarme a hablar con él. Cuesta entender que, bajo esa coraza que veo frente a la ventana, mi padre sigue vivo y comprende lo que ocurre a su alrededor en algún nivel.

Me acerco a su silla de ruedas, tiendo la mano hacia la suya, que descansa sobre su regazo, y la cojo. —Hola, papá.

Miro hacia fuera, hacia la vista que tiene él. Mis padres viven en una de las calles más antiguas del pueblo. Fue construida en una época en que a los constructores les importaba la estética. La avenida está bordeada de grandes árboles. Entre las ramas se distinguen las cimas de las Rocosas.

No es una mala vista, pero no me imagino contemplándola durante horas y horas.

—¿Cómo está? —le pregunto a mamá, soltándole la mano.

—Bueno, ya sabes, sin cambios. Pero el otro día hizo un sonido que no le había oído antes. Se lo conté al médico. A mí me pareció que sonaba como una palabra. Dice que todavía hay posibilidades de que le vuelva el habla.

Miro a mi padre un momento. Su forma de hablar era lo peor de él antes del ictus. Viéndole ahora, es como un perro callejero que ya no puede ladrar.

Mamá está en la cocina, y ya sé lo que está haciendo.

—No tengo hambre, mamá —digo—. Estoy bien.

—¿Segura? —me dice mamá con una sonrisa. Se lo repito y ella se pone a silbar una melodía mientras recoge. Es difícil saber qué canción es con su terrible silbido, pero me hace sonreír. No recuerdo haberla visto tan contenta antes. Parte de mí cree que disfruta cuidando a papá de esta manera.

El silbido de mamá se detiene. —¿Y dónde está mi preciosa nieta?

Entro en la cocina y me siento a la pequeña mesa. —En la guardería, mamá. Ya lo sabes.

—Claro —dice con un tonillo. Espero a que me diga otra vez que Gracie puede quedarse con ella si necesito un respiro en casa. Que no hace falta pagar la guardería. Por una vez, no lo hace. Sigue silbando mientras recoge algunas cosas que dejó fuera al preparar el almuerzo.

Desde el momento en que vine a ver a mamá, quería contarle lo de Roger. Después de enterarme de sus mentiras, al principio no tenía pensado venir; estaba demasiado disgustada. Pero entonces me di cuenta de que no tengo a nadie más con quien hablar de esto.

—Tengo buenas noticias —digo, centrándome en lo positivo—. He recuperado mi antiguo trabajo.

Mamá se gira hacia mí. —¿De verdad? ¿Ese trabajo de atención al cliente en aquella compañía de seguros?

Asiento con la cabeza. —Hoy he tenido una reunión con mi antigua jefa. Me alegré muchísimo de descubrir que seguía trabajando allí. Charlamos quince minutos tomando un café y me contrató en el acto.

—¡Vaya! Qué buena noticia. Deben de estar desesperados por contratar gente.

Suspiro. No son exactamente las palabras que quería escuchar. ¿Que mi antigua empresa debe de estar pasando por un mal momento para contratar a alguien a quien no han visto en años? Vaya, gracias, mamá.

—Bueno, a mi jefa, Linda, siempre le caí bien. Empiezo en unas semanas. Tengo muchas ganas de volver al trabajo.

—¿De verdad? —dice mamá otra vez con sorpresa—. Siempre decías que odiabas ese trabajo.

Vuelvo a suspirar. Mi madre nunca trabajó. Papá no se lo permitió. De alguna manera lograron criar a una hija y tener una casita con un solo sueldo. Eso ya no era posible. Además, ¿cómo le explicas a una mujer que nunca ha trabajado que, aunque te quejes de tu trabajo, en el fondo a veces te gusta ir?

—¿Cómo tienes el brazo? —me pregunta.

Muevo el hombro en un pequeño círculo. —El fisioterapeuta me ayudó mucho. El otro día me hicieron una ecografía y el médico dice que está del todo bien. Ya puedo volver a levantar cincuenta kilos por encima de la cabeza. —Mamá sonríe ante mi broma.

—Me alegro, cariño. ¿Quieres un té?

Niego con la cabeza, pero mamá pone el hervidor para ella.

Por un momento, pienso en contarle que el médico también me recetó pastillas para la depresión. ¿Cómo le explico a una mujer que aguantó a mi padre durante décadas sin medicación que yo necesito algo que me ayude?

Aunque yo soy igual de terca. A veces pienso en lo que me dijo mi médica en nuestra última consulta. Parte de mí piensa en ir a la farmacia a recoger la receta. La mayor parte de mi cabeza está en contra. Me pregunto si es porque comparo mi vida con la de mi madre. Si ella no necesitó medicación para salir adelante, ¿por qué la necesito yo?

Echo un vistazo al salón, a papá mirando fijamente por la ventana, y luego miro a mamá. —¿Papá alguna vez se enfadó tanto que llegaste a tener miedo de verdad?

Mamá me miró con preocupación. —¿Ha pasado algo entre Roger y tú?

—Una pelea fuerte. Nada más. Tiró un plato. Estuvo a punto de darle a Gracie. —Mamá se queda boquiabierta. Antes de que pueda decir nada, intento aliviar su preocupación—. No intentó darle. Ella estaba en su camino sin querer.

—¿Por qué estaba tan enfadado?

Aún no lo entiendo del todo. Estábamos hablando de Gracie en la guardería. Me preocupaba que no hablara con otros niños. Me preocupaba que eso fuera culpa mía. En el pueblo tenemos un pequeño polideportivo con piscina. Tendría que haberla llevado más, en vez de a casa de mi madre. Tendría que haber intentado ir a más eventos locales donde pudiera haber conocido a otras madres. Organizar quedadas. Hacer cosas donde ella hubiera podido conocer a otros niños. En cambio, no hice prácticamente nada.

Roger pensaba que quizás Gracie podría ir a la guardería a tiempo parcial ya que yo no estaba trabajando. Le recordé que iba a buscar trabajo.

Mientras seguía hablando de lo mucho que me odiaba a mí misma por no haberle dado a Gracie más oportunidades de jugar con otros niños, Roger empezó a darme la razón.

—Sí, ¿por qué no hiciste más? —Y añadía otros comentarios. Dándome patadas cuando ya estaba en el suelo. Le grité. No debería haberlo hecho. Cogió su plato con los restos de comida y lo lanzó al otro lado de la habitación. Gracie, que debía de haber oído su nombre varias veces durante nuestra acalorada discusión, entró en la habitación y por poco le da.

Después lloró mucho rato del susto. Roger salió de su rabia de golpe e intentó consolarla, pero Gracie solo me quería a mí.

Nada de esto se lo iba a contar a mi madre.

—No fue nada —miento. Últimamente me he estado mintiendo mucho a mí misma. Aunque tampoco quería contárselo a mi madre. —No merece la pena entrar en detalles. Lo hablamos, Roger y yo. Quiere hacer terapia conmigo.

—¿Terapia? —dice mamá con una carcajada—. Vaya, cómo han cambiado los tiempos. —Se detiene un momento—. Quiero decir, que está muy bien, cariño, de verdad. Espero que los dos resolváis lo que sea que está pasando. —Vuelve a reírse—. Si yo hubiera intentado que tu padre hiciera terapia, bueno, no sé ni qué habría dicho. Que no, desde luego.

Eso es muy cierto.

El hervidor empieza a silbar y mamá apaga el fuego. —Pero hacéis buena pareja. Roger es un buen hombre. Estoy segura de que lo resolveréis.

Suspiro por última vez. Un buen hombre que lleva meses mintiéndome.

Capítulo 12

Roger

Entro en la zona de recogida de la guardería y pregunto por mi hija. Al cabo de unos instantes, Gracie sale de la habitación y me mira fijamente. Echa un vistazo alrededor y vuelve a entrar en la habitación.

Respiro hondo. Creía que ya habíamos superado lo que pasó. Creía que después de ayer, y de lo bien que nos llevamos cuando ella compró unas cuantas Barbies, todo estaba perdonado.

Agua pasada.

Nada más verme, por la mirada que me lanzó, supe que estaba equivocado. De verdad asusté a mi pequeña cuando el plato que tiré estuvo a punto de darle.

No tenía ni idea de que estaba allí. No pretendía golpearla. No la vi. Fue un error. Después de oír el plato hacerse añicos y escuchar llorar a Gracie, me levanté de inmediato e intenté arreglarlo.

Pero no hubo manera de consolarla. Solo quería a Sarah. Solo su madre podía hacer que las cosas fueran mejor. ¿Qué esperaba? Papá se había convertido en un monstruo esa noche, así que, por supuesto, mamá era todo lo que tenía en ese momento.

Aun así, cuando Sarah me pidió que recogiera a Gracie hoy, pensé que las cosas serían distintas. Debería haberle dicho que no podía. Normalmente no habría podido. Cuando trabajaba, nunca habría podido salir antes para recoger a Gracie a esta hora.

Claro que no tengo trabajo. Llevo meses en paro. Sarah no lo sabe, sin embargo. Debería haberle mentido diciéndole que no podía recoger a Gracie. ¿Por qué no añadir otra mentira al montón? ¿Qué más da una más?

Antes de venir aquí, una pequeña parte de mí temía esto. Recordé lo bien que fue anoche cuando la acosté. Pensé que íbamos a llevarnos mucho mejor.

Cuando Sarah me preguntó si podía recogerla, pensé que sería una ocasión estupenda para mejorar aún más las cosas.

En cuanto mi hija me vio sin su madre, salió corriendo. No puedo culpar a mi pequeña.

Gracie vuelve a salir de la habitación, esta vez con la cuidadora de la guardería Annie Meadows a su lado. Intenta, sin mucho disimulo, esconderse detrás del amplio vestido blanco de Annie, que lleva cochecitos de policía estampados.

—Gracie, soy papá —digo—. He venido a recogerte. ¿Estás lista para irnos?

Ella no responde y en cambio se asoma por detrás del vestido de Annie, volviendo a esconderse tras un cochecito de policía después de cruzar la mirada con la mía.

Estoy haciendo todo lo posible por no montar una escena. Lo último que quiero es que Gracie le cuente a todo el mundo lo que pasó. Lo último que quiero es tener que explicar por qué mi hija de cuatro años tiene miedo de su padre.

—Sarah no mencionó que fueras a recoger a Gracie hoy —dice Annie. Algo en su tono me molesta. Sé que no suelo ser yo quien lo hace, pero tampoco soy un completo desconocido.

—Lo siento —digo en cambio—. Sarah está en casa de su madre para cenar. Me pidió que recogiera a Gracie. No sabía que teníamos que avisaros.

—Son las normas —vuelve a decir—. La próxima vez, por favor, comunicadnos cualquier cambio. Lo entiendes, claro.

Casi me crujen los dientes. Por supuesto que entiendo que hay personas terribles ahí fuera que harían cosas terribles a los niños. Yo no soy una de ellas. Pienso en el plato haciéndose añicos y en las lágrimas de Gracie.

Yo no soy así, me recuerdo a mí mismo.

—Lo entiendo —digo. Rodeo a Annie y me pongo de rodillas frente a mi hija. —Gracie —digo, con la voz más suave que puedo—, mamá está con la

abuela ahora mismo. Me ha pedido que venga a recogerte. Quería pasar un rato contigo, solo papá y tú. ¿Te parece bien?

Gracie hace todo lo posible por no mirarme a los ojos. Los míos empiezan a humedecerse. Me seco las lágrimas rápidamente.

Mi propia hija, asustada de mí. ¿Qué he hecho?

Me levanto y miro a Annie. —Sarah y yo tuvimos una pelea muy fuerte —digo en voz aún más baja que la que usé con Gracie—. Creo que Gracie simplemente está asustada. Ya saben cómo son los matrimonios. —Me río.

—Yo soy soltera —dice Annie con voz neutra. Se pone de rodillas junto a mi hija. —Venga, cielo, papá está aquí. ¿Puedes irte a casa con él? Mamá también llegará pronto.

Como si le hubiera dicho algo diferente a lo que dije yo, Gracie asiente despacio con la cabeza. Annie abraza a mi hija antes de que Gracie se coloque a mi lado.

—Gracias —digo, asombrado por el cambio que ha dado.

—Que tenga un buen día, señor Bradshaw.

Cojo la mano de Gracie y salimos al coche. Mientras lo hacemos, ella me hace el silencio. Parece haberlo aprendido muy bien de su madre. Me imagino que el resto de mi vida tendré a dos mujeres haciéndome lo mismo.

Respiro hondo. Gracie debe de ser la única niña de la guardería que no quiere irse a casa. ¿Qué dice eso de mí?

Hay una manera de mejorar las cosas. Tiempo y confianza. La confianza la tenía de forma automática por ser su padre. Ahora está rota temporalmente. Solo necesito recuperarla.

Me imagino a mi hija, dentro de décadas, sentada en la consulta de un psicólogo, contándole al médico lo terrible que fui. Yo también tengo mis propias historias. Mi padre fue mucho peor. De haber sido él, me habría usado de diana con varios platos.

A diferencia de Gracie, yo tengo cicatrices reales que lo demuestran.

Pienso en el odio que le tengo al hombre que me trajo al mundo. Nunca quise que mi propia hija tuviera sentimientos parecidos hacia mí.

Me detengo y vuelvo a ponerme a la altura de mi hija. —Te asusté, ¿verdad? —le pregunto. Ella no me responde. Tampoco puedo culparla. —Papá no quería hacerte daño aquella noche. No quería hacerle daño a nadie. Papá es una persona muy enfadada, y a veces me altero demasiado. Hago cosas malas de las que luego me arrepiento mucho. Papá puede ser muy tonto. Como un tonto grande. —Por un momento Gracie sonríe, y noto que

el corazón se me alivia. —El tonto más grande del mundo —digo, subiendo el nivel.

—Mamá dice que estás triste —dice Gracie en voz baja. Respiro hondo antes de que continúe. —Triste, por el abuelo.

Asiento despacio con la cabeza. —Es verdad. Pero eso no lo justifica; aun así, papá está muy triste por el abuelo.

—¿Estás triste porque está en el cielo? —pregunta con inocencia.

Respiro hondo otra vez. Si supiera lo que mi padre me hizo, sabría que no está ni cerca de ese lugar. —Sí —miento—. Estoy triste porque está en el cielo. —Tras un momento de silencio, y con las rodillas temblándome, me levanto. —Mamá está con la abuela ahora mismo y no llegará a casa para cenar. ¿Qué te parece si te llevo al McDonald's? —digo con tono animado —. ¡Y después, un sundae de chocolate!

—¡Oh, sí! —dice Gracie con entusiasmo—. ¿Y, papá, podemos comprar otra Barbie?

Me río. ¿Me está extorsionando mi hija?

—Lo hablamos después de comer. Venga, vamos, cielo. —Abro la puerta del coche y Gracie salta dentro.

Mientras le abrocho el cinturón en su silla, me pregunto por qué la he llamado «cielo». Es algo que nunca le digo. Quizás una parte de mí tiene envidia de que Annie Meadows parezca tener una conexión mejor con mi propia hija que yo. Quizás quiero que mi hija me vea más como la ve a ella.

Me conformaría con que no me mirara como si fuera el monstruo.

Capítulo 13

Annie

He decidido no visitar a mi madre hoy después del trabajo. A diferencia de ayer, cuando sentí la necesidad de verla, hoy habría dado cualquier cosa por estar lo más lejos posible. No quería ni mirarla. A pesar de no querer pensar en ella, estoy en la cama con mi diario firmemente sujeto entre las manos.

Llevo aquí tumbada lo que me parece una eternidad, paralizada en el tiempo. He querido abrir mi diario, pero algo casi sobrenatural me lo ha impedido.

Por fin consigo abrir la primera página. Es una foto antigua que saqué con una cámara que mi madre me compró de pequeña. Mamá nos hizo una foto a las dos, después de recogernos el pelo en coletas. Las dos sonreímos. Es una foto preciosa, pero qué lástima que nadie entienda lo que ocurrió después de que se tomara. La realidad de lo que era vivir en aquella casa con mi madre.

Yo sí lo sé, en cambio.

Las páginas siguientes me recuerdan exactamente lo que hizo. Hay titulares de periódico grapados en ellas.

—La familia Borden sigue desaparecida. Se sospecha juego sucio.

—La familia pide ayuda para encontrar a una madre y su hijo, que siguen desaparecidos.

Me detengo en una página con otro titular. —Hallan el cadáver de una persona desaparecida. Paso la página rápidamente. Ese era uno que no

quería leer.

Recuerdo lo que ocurrió el día en que mi madre leyó ese artículo. Yo era bastante mayor por entonces. Fue poco después de que Madre dijera que lo iba a dejar. Tenía miedo de que la pillaran. Pero mintió. Continuó. Ni siquiera el miedo a que las autoridades encontraran el cadáver en descomposición de lo que ella había hecho pudo detenerla.

Luego llego a la última página de periódico de mi diario. Fue el último que se llevó. Yo tenía casi dieciséis años por entonces. Leo el titular y miro la foto del niño desaparecido. Solo tenía tres años. Apenas podía entender lo que estaba pasando. Un niño guapo, de ojos castaños claros, lleno de vida.

Incluso cuando estuvo encerrado en nuestro sótano, solo, casi no lloraba.

Pasé mucho tiempo con él. Pienso en los dos leyendo libros bajo el sol amarillo sonriente. Leímos muchísimos libros. Se quedó con nosotras muchas noches.

Madre al final sí lo dejó. Se negó a decirme por qué.

Gracias a Dios, aquello fue el fin de todo.

Ahora es distinto. Es como si los impulsos que Madre sentía hacia los niños me los hubiera traspasado a mí.

No soy mi madre, me recuerdo a mí misma.

Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en Gracie Bradshaw? ¿Por qué no puedo dejar de imaginarme leyendo con ella bajo el sol sonriente en mi sótano?

Me imagino arrancando otro recorte de periódico y añadiéndolo a mi diario, solo que esta vez es por algo que he hecho yo.

No podré seguir culpando a Madre por lo que ha hecho si yo hago lo mismo.

Madre nunca habría elegido a Gracie. Nunca se elige a un niño que conoces personalmente. Así es como te pillan.

Era una norma. Una de las muchas que tenía Madre. Antes de que lo dejara, intentó adiestrarme en sus métodos. Lo que ella no sabía es que yo nunca pensaba usarlos, hasta que conocí a Gracie.

Pienso en ella y en cómo juega sola. Es exactamente como era yo a su edad. Pienso en Sarah Bradshaw. Se parece a tantas otras madres. Le interesa más ella misma que su hija. No le importa lo que le ha pasado a su hija. No le importa que esté rota.

A mí sí.

Nunca elijas a un niño que conozcas.

Es como si pudiera oír las palabras de mi madre saliendo directamente de su boca.

Imposible, claro. Ahora apenas puede articular nada.

Bajo el diario que tengo en la mano.

—Si rompes las normas, te pillan —digo en voz alta.

Capítulo 14

Sarah

Termino de secar y guardar los platos, mirando de vez en cuando a mi marido, que está tumbado en el sofá con el móvil en la mano.

Oigo a Gracie jugando con sus juguetes en la otra habitación. Escucho nuevas voces imaginarias saliendo de ella y me doy cuenta de que está jugando con las Barbies que le compró Roger. También llegó a casa con unos juguetitos del happy meal.

Roger se ríe para sus adentros, mirando fijamente el móvil, mientras coloco el último plato en el armario. Me pregunto por qué ese hombre no puede ayudarme más con las tareas de casa, teniendo en cuenta que literalmente no hace nada en todo el día.

¿Está buscando trabajo siquiera? Varios meses es mucho tiempo sin empleo. Roger lleva las finanzas de casa. Por lo visto, no le cuesta nada ocultar su inactividad.

Aun así, ¿cómo es posible que yo no supiera que no estaba trabajando?

De haberlo sabido, le habría puesto una escoba en la mano y le habría pedido que ayudara en casa por una vez. Normalmente soy yo quien hace la mayor parte de la limpieza y la cocina, dado que mi marido «trabaja todo el día».

No le he dicho que sé que ha estado mintiendo. En realidad, apenas le he dicho nada desde que volví de casa de mamá. Me quedé a cenar allí. Lo último que quería era estar en mi propia casa. Tenía miedo de lo que pudiera decir. Tenía miedo de que volviéramos a pelearnos.

Antes de cerrar el armario de arriba, miro la pila de platos perfectamente apilados dentro. Lo último que quiero es que Roger y yo nos peleemos como lo hicimos hace unos días.

Sé que tengo que decirle algo. Solo que no sé cómo abordarlo de una manera con la que me sienta bien.

¿Le tengo miedo a mi propio marido? ¿He llegado a un punto en el que me da miedo decirle algo por temor a cómo va a reaccionar?

Nunca pensé que acabaría así.

Roger aceptó ir a terapia. Por lo que sé, la terapia tiene mucho que ver con la comunicación. Vamos a tener más oportunidades de aprender a hablar mejor el uno con el otro. Eso lo sé.

¿Y si no le digo nada ahora sobre el hecho de que sé que no está trabajando? Solo necesito más ayuda para aprender a hablar de nuevo con mi marido.

Roger vuelve a reírse, viendo algún vídeo de monólogos cómicos en el móvil. Su risa me irrita. ¿Qué puede tener tanta gracia?

Parte de mí quiere abalanzarme sobre él, cogerle el móvil y estrellarlo delante de sus narices. De repente, ese miedo que le tenía desaparece.

Me siento en el sofá de enfrente.

—No te he contado lo de mi reunión con mi antiguo jefe —digo.

—Ah, ¿cómo fue? —Roger no apaga el móvil ni siquiera lo baja de su cara. Eso me irrita aún más.

—Me han dado mi antiguo trabajo —digo con una sonrisa forzada. Al menos uno de los dos tendrá empleo.

Baja el móvil. —¿En serio? Qué bien.

Me pregunto cuánto tiempo más habríamos aguantado sin que Roger trabajara antes de perder la casa o de que nos cortaran la luz. Roger me dijo que habíamos ahorrado algo de dinero en el fondo de emergencia. ¿Cuánto quedaría en esa cuenta antes de que me lo dijera? Ahora que voy a empezar a trabajar de nuevo, ¿cuánto más va a alargar sus vacaciones del trabajo?

—Empiezo dentro de unas semanas —digo.

Pone mala cara. —¿Por qué tanto tiempo?

¿Por qué pone esa cara?, me pregunto. ¿Será porque no nos queda dinero? ¿Necesitamos ya el sueldo de un trabajo para llegar a fin de mes? Ha estado comprándole Barbies y McDonald's a Gracie aunque tengamos comida en la nevera y nuestra hija tenga juguetes de sobra.

—Pronto empieza un período de formación. Mi jefa quiere que me actualicen, ya que llevo tiempo sin estar allí. Muchas cosas han cambiado en los últimos años.

Muchas cosas han cambiado también en mi propia casa.

—Ya —dice Roger—. Aunque me pregunto si podrías empezar antes.

—¿Por qué? —pregunto con inocencia—. ¿Vamos bien económicamente?

Roger asiente con rapidez. —Sí, es que sé que tú querías volver a trabajar. Además, la guardería es cara.

Recuerdo cuando empecé en JJ Insurance, hace años: a Roger le fastidiaba. No quería que yo trabajara. Decía que podía mantenernos a mí y a nuestra familia. Yo, como una tonta, le hice caso. No me arrepiento del tiempo que dejé de trabajar estando con Gracie, aunque sí me arrepiento de no haber aprovechado más ese tiempo con mi hija.

—¿Qué tal tu día en el trabajo? —le pregunto, esperando su respuesta con paciencia.

—Bien. —Espero a que diga algo más, pero no lo hace. No va a sincerarse ahora. No lo ha hecho en meses. ¿Por qué iba a empezar ahora? ¿Sobre qué más me estará mintiendo?

—Gracias por ir a buscar a Gracie hoy —digo—. Debió de ser difícil pedir permiso para hacerlo.

Roger casi parece fruncir el ceño, y por un momento tengo la sensación de que va a decirme la verdad. —Bueno, sí, tuve que hablar con mi jefe y no le hizo mucha gracia, pero le dije que es mi hija. Él también tiene hijos, así que lo entiende.

Me dan ganas de levantarme y clavarle el índice en el pecho, diciéndole que sé la verdad. Quiero decírselo tal cual, como hace él conmigo cada vez que nos peleamos. Cuando está enfadado, casi se le puede ver el humo saliendo de la cabeza.

Echo un vistazo a la mesa de la cocina, donde ocurrió la última pelea que tuvimos. Donde levantó la voz, me metió un miedo espantoso y rompió el plato, que estuvo a punto de darle a nuestra hija.

Fue un error, dijo. ¿Cuántos errores ha cometido mi marido? ¿Cuánto más debería aguantar? Nunca pensé que sería de esas mujeres que toleran la mitad de lo que he tolerado de mi marido.

Pero le necesito.

Pienso en el sonido que hizo el plato al romperse contra la pared. En el llanto de Gracie. En el miedo que sentí de que le hubiera dado o estuviera sangrando.

Me levanto, pero en lugar de enfrentarme a él, hago lo más sensato: fingir que no sé nada.

Roger vuelve a su móvil y a sus risas.

Yo vuelvo a hacer más tareas de casa.

Quizá sea mejor así.

Capítulo 15

Sarah

Salgo pronto para llevar a Gracie a la guardería. Era una tarea casi imposible dejar a una niña pequeña lista para el día, pero con un poco de prisas suaves, lo logré. La vestí con un vestido rojo y até su pelo revuelto con una cinta a juego.

Tengo un plan en mente, y pasa por llevarla al preescolar lo antes posible.

Cuando llego, Annie Meadows luce una sonrisa muy abierta. Hay algo inquietante en su manera de sonreír, y lo hace constantemente. Parece una lunática de lo feliz que debe de estar.

Cada vez que la veo sonreír, me desasosiega. Son sus ojos. Por mucho que parezcan reflejar alegría, sus ojos no cambian. Encajarían mucho mejor en alguien a punto de echarse a llorar o de estallar de rabia.

Ignoro mis pensamientos y le devuelvo la sonrisa. —Hoy llego un poco antes. Espero que no haya problema.

—Ninguno —responde. Se acerca a mi hija y le coge la mano. —Buenos días, Gracie.

—¡Buenos días, Srta. Meadows! —dice mi hija con entusiasmo. Mira el vestido de la joven. Hoy lleva un estampado de mariquitas. Por alguna razón, sé que Annie tiene que coserlas ella misma en esos vestidos. O eso espero, al menos. No quiero ni imaginarme la tienda tan horrible en la que los compraría si no fuera así.

—¡Oh! Me encantan las mariquitas —dice Gracie—. Mamá, ¿puedo llevar un vestido como el de la Srta. Meadows? ¿Me compras este?

Me río. —Ya hablaremos de eso luego, pero mamá tiene que irse. —Le hago un gesto de despedida a Annie y le doy las gracias de nuevo antes de salir. De repente recuerdo que olvidé darle un beso a mi niña. Me doy la vuelta rápidamente y le beso la frente. —Te quiero.

—¡Mamá! —dice molesta—. Me has puesto la saliva en la cabeza.

Le froto la frente con la mano a toda prisa. Annie no deja de mirarnos, y su sonrisa se va haciendo cada vez más amplia.

—Gracias de nuevo —le digo.

—Sarah —dice de repente. Me vuelvo hacia ella, pensando que no me queda mucho tiempo.

—¿Sí?

—¿Recogerás a Gracie hoy tú, o tu marido?

—Mmm… —la cabeza me da vueltas pensando en todo lo que tengo que hacer, y me cuesta dar con la respuesta fácil—. Yo, como siempre —digo al fin.

Su sonrisa desaparece un instante y vuelve enseguida, aún más amplia e inquietante. —Estupendo. Que tengas un día precioso. —Vuelve a coger la mano de Gracie, y las observo un momento mientras entran en el aula.

Mi mente vuelve de inmediato a mi plan, y casi troto hasta el coche en el aparcamiento. En lugar de mi habitual parada en Starbucks, voy directa a casa. No tomo las calles de siempre. Doy un rodeo para evitarlas hasta llegar a mi calle por el lado contrario al que suelo venir.

Sonrío cuando veo el coche de Roger todavía aparcado en la entrada.

Sabe que tardo en volver a casa después de dejar a Gracie. Debía de creer que tenía mucho más tiempo para entretenerse en casa antes de salir y entretenerse en otro sitio.

Hoy voy a obtener respuestas. ¿Qué ha estado tramando mi marido estos últimos meses?

¿Qué otros secretos ha guardado?

Me encantaría aparcar en casa y encararlo para preguntarle por qué sigue ahí. A lo mejor así decidiría decir la verdad, por una vez.

Tenía demasiado miedo de decirle que sabía la verdad cuando me di cuenta de que en realidad no la sé. No sé qué hace durante el día.

Aparto el coche a más de una manzana de casa y espero con paciencia. Veo una figura salir y, de repente, el coche de Roger abandona la entrada. Arranco el mío pero no me muevo. Lo único que haría falta para dar al traste con mi plan sería que pasara por delante de mí. Por suerte, no lo hace.

Cuando veo que su coche tira por el lado contrario, pongo el coche en marcha y empiezo a seguirle.

Nunca he seguido a nadie antes. No es el tipo de vida que llevo, pero es curioso que uno descubra habilidades propias cuando las necesita. Al parecer, se me da bien seguir a la gente sin levantar sospechas, manteniéndome lo bastante lejos pero no tanto como para perderle la pista. En lugar de recuperar mi antiguo trabajo, me río pensando que podría haberme convertido en investigadora privada.

Roger hace un giro inesperado a la derecha desde el carril más alejado. Me incorporo rápidamente al otro carril y le sigo por una calle secundaria. ¿Me ha visto mientras estaba distraída con mis pensamientos?

Miro calle abajo pero no encuentro su coche rojo por ninguna parte. Aporreo el volante hasta que lo diviso en el aparcamiento al otro lado de la calle. Entro por la entrada y aparco en el lado opuesto. Espero unos instantes para asegurarme de que no está saliendo del coche, luego bajo y observo el edificio.

Esta Public Library.

¿Qué estará haciendo Roger aquí? Quizás ha encontrado su verdadera vocación como bibliotecario. Los dos podríamos emprender nuevas carreras juntos. Yo, de investigadora privada, y él, con la nariz metida en un libro en la biblioteca.

Aunque en el fondo sé que no es eso. Entro en el edificio, consciente de que esta es otra situación en la que mi marido podría verme fácilmente.

No tengo exactamente una excusa para estar aquí, pero él tampoco. También me siento más segura rodeada de gente. Sería menos probable que perdiera los estribos en público. Me da vergüenza incluso pensar esto de mi marido.

Miro a mi alrededor en el amplio edificio. También me da vergüenza no haber entrado nunca en la biblioteca local. A mi derecha hay una larga escalera que sube al segundo piso. Roger podría estar en cualquier sitio.

—¿La puedo ayudar? —me pregunta una mujer mayor desde detrás de un mostrador.

—No, estoy bien —le digo—. Solo estoy echando un vistazo. —Giro la cabeza buscando a mi marido, pero no le veo.

—¿Qué género?

—¿Cómo dice?

Se ríe. —Libros. ¿Qué género de libros busca?

Me encojo de hombros. —Hay tantos buenos —digo—. Si necesito ayuda, vuelvo, gracias. —Ella sonríe y asiente.

Empiezo a explorar el lugar. Comienzo por la parte de atrás, intentando ocultarme detrás de las estanterías por si le encuentro. Levanto la vista pensando que debería subir para ver si le localizo, cuando me fijo en una zona de ordenadores.

Sentado en una de las estaciones está Roger. Teclea con rapidez y mira la pantalla con atención.

Me escondo rápidamente detrás de una estantería y le observo de reojo.

—Crimen real —dice una voz femenina. Me giro y la bibliotecaria anciana de antes me está sonriendo. —No la había tomado por lectora de crimen real.

Cojo un libro de la estantería. Lo miro para ver el título. *The Night I Killed my Wife*. Lo devuelvo a su sitio rápidamente. —Bueno, todavía estoy mirando —digo. Pongo los ojos en blanco pensando lo estúpido que suena. —Gracias de nuevo.

Cuando la mujer se va, rodeo las estanterías con sigilo hasta poder ver la espalda de Roger. Necesito ver qué está haciendo en el ordenador. Un joven, que podría incluso ser un adolescente, está sentado en la fila delante de Roger jugando a algún juego. Solo de imaginar a Roger haciendo lo mismo... no sé si podría mantener la calma.

Me acerco, intentando no llamar la atención, lista para esconderme detrás de una estantería al menor movimiento de Roger. Cuando estoy lo bastante cerca, veo lo que está buscando y de repente me siento muy tonta.

Ofertas de trabajo.

Va haciendo clic en distintas búsquedas, mirando y leyendo cada anuncio. Suelto el aire y me pregunto por qué pensé que podría estar haciendo otra cosa.

¿Cuántos días lleva viniendo aquí a buscar trabajo? ¿Cuántas entrevistas sin éxito habrá tenido también?

Roger levanta los brazos por encima de la cabeza, y yo me escondo de un salto detrás de una estantería. Le veo darse palmaditas en la boca mientras bosteza.

—Romance ahora —dice una voz familiar. Me giro y la bibliotecaria se ríe mientras empuja su carro y coloca algunos libros en una estantería. Continúo por el pasillo e intento ignorar a la mujer, que parece estar en todas partes.

Sigo observando a Roger durante un rato, mientras evito a la bibliotecaria. En algún momento va a quedar claro que no he venido aquí a buscar libros. Roger sigue buscando trabajo, al parecer. Estoy a punto de rendirme, cuando se levanta de su estación de trabajo y recoge sus cosas.

Le observo mientras se va. Le sigo a distancia prudencial.

¿Adónde va ahora? Mis sospechas no me permiten volver a casa y olvidarme de todo. Necesito saber qué hace mi marido. ¿Es tan inocente como buscar trabajo sin contármelo?

¿Ha sido demasiado orgulloso como para decirme que no está trabajando pero que busca trabajo?

Cuando le sigo hacia la salida del edificio, la bibliotecaria está en su mostrador cerca de la entrada. —Que tenga un buen día —me dice. Le devuelvo una sonrisa tenue y me despido con la mano. Solo me puedo imaginar lo que estará pensando la mujer de mí, pero vuelvo a concentrarme en seguir a mi marido.

Corro hasta mi coche y vuelvo a seguirle.

Lo que descubro esta vez es demoledor.

Se ha parado en una cafetería. Solo. Sentado en una terraza disfrutando de su bebida. Le observo desde el coche y sigo esperando a que alguna mujer, quizás incluso Heather, se siente con él de repente.

Por supuesto, eso no ocurre.

Empiezo a sentirme aún más tonta por el enfado que he tenido con mi marido desde que me enteré, hasta lo que hace justo después de la cafetería.

Esta vez le sigo por carreteras conocidas. Estamos a las afueras de nuestra pequeña ciudad. Con un nudo en el estómago, de repente sé adónde va, pero necesito verlo con mis propios ojos.

Cuando pasa bajo el arco de la entrada al cementerio, se me cae el alma a los pies.

Está visitando a su padre.

Estaba tan obsesionada con lo que mi marido hace durante el día, que de repente me invade la culpa al descubrir la verdad. Ha estado buscando trabajo y visitando a su difunto padre.

Me seco una lágrima y detengo el coche justo a las puertas del cementerio.

Se acabó seguir a Roger. Abandono mi trabajo como investigadora privada para siempre.

Cuando vuelva a casa, le estaré esperando. Se acabaron las mentiras. El enfado que sentía hacia él ha desaparecido. Cuando me diga que ha estado trabajando todo el día, le hablaré de la conversación con Heather.

Se acabaron las mentiras.

Capítulo 16

Sarah

Nunca había dado tantas vueltas por mi casa. No consigo concentrarme. Al principio del día no quería nada más que gritarle a mi marido por mentirme.

Ahora solo siento tristeza por él.

La parte racional de mí sabe que no volverá pronto. Necesita mantener la mentira. No sabe que se le ha acabado el cuento. ¿Por qué iba a volver a casa de repente antes de lo habitual?

No va a hacerlo, pero eso no me impide seguir dando vueltas, intentando mantenerme ocupada mientras trato de pensar en cómo abordar la conversación que necesito tener con Roger.

Quiero que se sienta apoyado. Pase lo que pase con su trabajo, tiene que recordar que somos un equipo en esto. Aun así, necesito saber qué ha ocurrido.

No hay tiempo que perder esperando a que un psicólogo nos ayude a comunicarnos mejor. Necesito hablar con mi marido ahora. Me preocupaba su reacción, pero eso era antes, cuando estaba enfadada y a la defensiva. Ahora me siento más comprensiva.

Ver su coche entrar en el cementerio me golpeó con fuerza. Casi quise seguirle dentro, pero esta vez para revelar mi presencia. Me imaginé de pie a su lado mientras él estaba junto a la lápida de su padre, cogiéndole la mano.

No lo hice. En cambio, volví a casa e intenté mantenerme ocupada como pude viendo la televisión de tarde. Hay tanto drama en los programas que veo durante el día, pero por una vez tengo más en mi propia vida.

Cuando Roger llegue a casa, hablaremos de todo. Le diré la verdad sin más. Le contaré cómo me enteré. Le preguntaré qué pasó y no me alteraré.

No me voy a alterar, me recuerdo a mí misma.

Roger puede ponerse a la defensiva cuando hablemos, pero yo no haré lo mismo. Estaré tranquila y le apoyaré. Le recordaré los votos que hicimos el día que nos casamos. Mi marido lleva tiempo sin ser él mismo.

Sé que ya es hora de demostrárselo.

No me voy a alterar, me recuerdo a mí misma por tercera vez.

Miro el reloj del horno y me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado. De algún modo el tiempo se acelera cuando no quieres que lo haga.

De repente me asalta el pensamiento de que tengo que recoger a Gracie; esta vez llego más que tarde. Cobran por minuto de retraso y lo último que necesitamos ahora es pagar de más por la guardería.

Cojo el bolso rápidamente y salgo por la puerta. Hago todo lo posible por llegar a la guardería antes de que cierre la recogida, pero es inútil. Vivir en una ciudad pequeña no me va a ayudar hoy. Llevo casi veinte minutos de retraso. Mientras conduzco frenéticamente entre el tráfico, la mente se me va pensando en cómo irá la conversación con Roger.

Hay muchas posibilidades de que esté en casa cuando regrese. Me echa para atrás. Solo quiero que vaya bien. No quiero que nos peleemos. No quiero que Roger pierda los nervios. No quiero que ocurran más accidentes. Lo último que necesita ver Gracie es a su padre enfadado otra vez.

Aparco en el aparcamiento y entro. Para variar, me recibe la supervisora del centro. Mabel arquea las cejas al verme.

—Ya sé, llego tarde —digo—. Lo siento muchísimo. Si me cobra, está bien. Es que ha sido un día de esos.

Mabel asiente con la cabeza. —De acuerdo. Yo creía que Gracie ya se había ido.

La miro, sorprendida. —¿Qué quieres decir?

—Solo queda un niño pequeño cuyos padres están por llegar. Estaba bastante segura de que Gracie ya se había ido.

Respiro hondo. Saco el móvil, pero no veo ningún mensaje de Roger. Él nunca la recoge. Lo de ayer fue una situación excepcional.

—¿Entonces la recogió Roger? —le pregunto.

Se le queda la boca abierta un momento. —Eso debe de ser.

Marco su número y espero impaciente a que mi marido responda. —¿No sabe si mi marido ha recogido a mi hija? —le pregunto a Mabel, algo molesta.

—No, lo siento. Normalmente la Srta. Meadows se encarga de la recogida y entrega de niños. Me temo que ya se ha marchado por hoy.

Como Roger no contesta, cuelgo y miro a Mabel. —Bueno, ¿dónde está?

La sigo por el pasillo. Un niño pequeño está sentado en un banco hurgándose la nariz.

—James —dice Mabel—, no te muevas de este banco hasta que veas a tu mamá, ¿de acuerdo? —El niño asiente con la cabeza y hunde el dedo más adentro.

Entramos en el aula vacía. Miro por todas partes e incluso abro la puerta de un armario.

—No lo entiendo —digo. Intento calmarme. Quiero decir, debe de estar con mi marido entonces, ¿no?

Mabel asiente. —Seguro que sí. La Srta. Meadows es muy cuidadosa con la recogida y entrega de niños. Es muy estricta con nuestras normas.

Recuerdo la conversación que tuve con ella esta mañana cuando me preguntó quién vendría a recoger a Gracie. Recuerdo su extraña sonrisa cuando le dije que sería yo.

—¿Puede llamar a Annie? —le pregunto—. Perdone, quiero decir, a la Srta. Meadows.

A Mabel se le vuelve a quedar la boca abierta. —Por supuesto. Voy al despacho y la llamo.

El niño pequeño del pasillo entra en la habitación. —¡Ha llegado mi mamá!

Mabel me mira. —Deje que resuelva esto en un momento y luego llamo a la Srta. Meadows, ¿de acuerdo?

Asiento agradecida mientras intento calmarme. Cuando la supervisora sale de la habitación, el móvil me vibra en la mano. Siento alivio al ver el nombre de Roger en la pantalla.

Cojo la llamada de inmediato. —Hola —le digo a mi marido—. ¿Está Gracie contigo?

Capítulo 17

Roger

—No —digo—. ¿Se suponía que tenía que recogerla yo?

—La guardería dice que la recogiste hoy —dice Sarah, con la voz tensa.

—No —repito—. He estado trabajando todo el día. Acabo de salir. Voy conduciendo a casa ahora mismo. No fui a la guardería en ningún momento.

—No está aquí —dice Sarah, frenética.

—¿Qué quieres decir?

—¡Gracie no está aquí! Gracie no está en la guardería. Creían que la habías recogido tú.

—Voy para allá —digo. Doy la vuelta al coche. Sarah me mantiene al teléfono mientras la oigo hablar con otra mujer.

—Mi marido no la tiene —dice.

—La Srta. Meadows dice que cuando se fue, Gracie seguía aquí —dice la mujer—. ¿A lo mejor sigue aquí?

—¿Quién es esa? —pregunto, sintiendo cómo empieza a hervir la rabia dentro de mí.

—Mabel —dice Sarah—. La supervisora de la guardería. Quiere echar un vistazo por las otras habitaciones.

Colgamos y acelero aún más hasta que por fin llego. Empujo la puerta de la guardería, pero está cerrada con llave. Aporreo las ventanas hasta que una mujer mayor me abre.

—¿La habéis encontrado? —pregunto de inmediato—. ¿Está aquí?

Sarah baja por el pasillo despacio, con las lágrimas cayéndole por la cara. —No está aquí, Roger.

—¿Qué? ¿Cómo puede haber pasado esto? —miro a la supervisora con los ojos encendidos de furia, exigiendo respuestas. La mujer mayor parece a punto de encogerse y desvanecerse ante nosotros.

Por suerte, la puerta vuelve a abrirse y entra Annie Meadows.

—Menos mal que estás aquí —dice Sarah.

Mabel toma la palabra primero. —No encontramos a Gracie en el edificio. ¿Estás segura de que no la viste marcharse antes de que te fueras tú?

Annie me mira a mí y a mi mujer. Su aura habitual, tan animada y peculiar, ha desaparecido. —Seguía aquí cuando me fui.

—No lo entiendo —exclama Sarah—. Vosotros tenéis todo un protocolo para recoger y dejar a los niños. Annie, me lo dijiste tú misma esta mañana. ¿Cómo ha podido marcharse sin que nadie se diera cuenta?

Annie mira a mi mujer con la boca cerrada, como si no encontrara palabras para explicar lo sucedido. Al final logra dar con algunas, mirando a su jefa. —Cuando te avisé de que me marchaba, te dije que aún quedaban niños, ¿recuerdas?

—Sí —dice Mabel—. Mencionaste a Gracie y al otro niño.

—Entonces, ¿qué pasó después? —exijo saber.

—Entró una llamada en el despacho —dice Mabel—. Solo me ausenté un momento.

—Claro —dice Annie—. Fue entonces cuando me fui yo. Pero vi su coche, señor Bradshaw. Normalmente, los niños saben que no deben salir sin que estemos presentes. Aunque parece que ella sí lo hizo.

—¿De qué demonios estás hablando? —digo—. Yo no estaba aquí.

—Voy a mirar en el patio de recreo —dice Sarah—. Puede que siga fuera. —Casi me derriba al salir.

Miro a la mujer mayor y a la Srta. Meadows con incredulidad. —¿Dónde está mi hija?

Mi peor pesadilla se confirma cuando Annie responde a la pregunta con sinceridad. —No lo sabemos.

Capítulo 18

Sarah

Roger y yo hablamos con los agentes juntos y por separado. Nos sentamos en los bancos donde estaba el niño hace una hora, esperando a que su madre viniera a buscarlo. Aquí también debería haber estado Gracie.

Mi niña ha desaparecido y nadie tiene la menor idea de dónde puede estar.

La policía está revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad del recinto, intentando descubrir adónde pudo ir. Nos dicen lo que han encontrado.

Nada.

Las imágenes muestran a Gracie en la habitación durante todo el día y fuera durante el recreo. Cuando revisaron la hora de recogida, no la vieron salir. En algún momento dejó de aparecer en cámara. Ninguna grabación recoge su salida.

La policía también interroga a Annie Meadows. Ella se queda todo el tiempo, sentada en un banco al otro lado del pasillo. De vez en cuando nos mira, pero enseguida aparta los ojos.

Con razón. Podría matarla. Mi niña ha desaparecido, y esta idiota la perdió. Si no se hubiera ido y hubiera vigilado a mi hija como es debido hasta que yo fuera a buscarla, nada de esto habría pasado.

Tuvo que irse antes, explicó. Su supervisora se hizo cargo y vigiló a los niños de pena.

Annie dice que creyó ver el coche de Roger en el aparcamiento. La policía sigue revisando distintos ángulos de cámara para entender lo que ocurrió mientras nosotros esperamos, con los nervios a flor de piel.

Roger mira a Annie sin poder cerrar la boca.

—¿Por qué demonios te fuiste antes del trabajo? ¿No podías haber vigilado a nuestra hija hasta que viniéramos? No, tenías que irte sin más. ¿Qué podía ser tan importante?

Annie respira hondo.

—Mi madre está en un centro de cuidados paliativos y está a punto de morir.

La mirada fría de Roger se suaviza un instante y baja la cabeza.

—Esto no lleva a ningún sitio —dice, expresando lo que yo solo pienso —. Tenemos que salir a buscarla. Basta de hablar con la policía. Así no llegamos a ningún lado. Llevamos aquí más de una hora.

—No estaba en el parque —digo. Busqué allí y por los alrededores hasta que llegó la policía. Me quedé en el parque esperando que en cualquier momento viera a mi niña bajar por el tobogán riéndose.

No apareció. No la han encontrado. Sigue desaparecida. Esta pesadilla continúa.

—¿Señor Bradshaw? —pregunta una mujer con traje gris. Lleva una placa policial dorada colgada del cuello con una cadena—. ¿Señora Bradshaw? —No espera a que respondamos. Está claro que ninguno de los dos estamos del todo aquí ahora mismo—. Soy la Detective Falls. —Tiende la mano, pero mi marido no se la estrecha.

Yo sí.

—¿Tiene más información? —pregunto.

—Ahora mismo no. Me han asignado al caso de su hija. Estoy aquí para hacer todo lo posible por encontrarla, pero necesito su ayuda.

—¿Qué necesita? —dice Roger por fin.

—Para empezar, una foto reciente de cómo es. Voy a hablar con mi superior para emitir un Amber Alert de inmediato. Queremos difundir toda la información posible sobre Grace hoy mismo.

—Gracie —la corrige Roger. Baja la cabeza.

Saco el móvil y le doy los detalles del vestido rojo que llevó a la guardería hoy. El lazo del pelo rojo que llevaba. La Detective Falls me pide que le envíe varias fotos por correo. Me sorprende encontrar una con el vestido rojo también. Le mando casi una docena. Se necesita mucha fuerza

de voluntad para no mirar la carita de mi pequeña mientras repaso las fotos buscando las que creo que ayudarán en la búsqueda.

Respirar hondo, me recuerdo a mí misma.

La detective saca un bloc de notas.

—Sé que ya han hablado con la policía, pero quería repasar algunos detalles. Sarah —dice, mirándome—. Ibas a recoger a Gracie hoy, pero Annie... —Se vuelve ahora hacia la profesora— ...dice que vio el vehículo del señor Bradshaw en el aparcamiento.

Ella asiente.

—Estaba segura de haberlo visto antes de irme. Tuve que marcharme por motivos personales.

Me quedo un momento en silencio cuando Annie dice esas palabras.

—¡Yo no estuve aquí hoy! —grita Roger, frustrado—. ¡Ese no era mi coche! No fui yo.

Annie tiembla visiblemente ante la agresividad de mi marido. La detective mira a la joven y le pide que entre en su aula mientras seguimos hablando. Cuando sale del pasillo, la Detective Falls mira a mi marido.

—¿Y dónde estaba usted hoy, señor Bradshaw?

Él suspira profundamente.

—En el trabajo, todo el día. —Me quedo mirando a mi marido y sus descaradas mentiras. ¿Por qué está dispuesto a mentirle a una detective incluso ahora?—. Normalmente no recojo a mi hija de la guardería.

—Pero ayer sí lo hizo —dice Falls.

—Así es. Fue solo esa vez. A decir verdad, fue la primera vez que la recogía aquí.

—De acuerdo, ¿y qué hay de...?

Mi marido interrumpe a la detective y se pone en pie.

—Ya he tenido suficiente, de verdad. Mi hija ha desaparecido y mi mujer y yo estamos aquí respondiendo a sus preguntas, ayudándoles a rellenar papeleo, pero nada de eso ayudará a mi niña. Nos vamos —dice, mirándome. Le miro con frialdad y, como no me muevo, suelta el aire—. Bien, me voy yo. Voy a recorrer el barrio. Alguien tiene que haber visto a mi hija.

La Detective Falls se vuelve hacia él e intenta usar el tono más comprensivo que puede.

—Lo entiendo. Este no es mi primer caso de menor desaparecido, ni será el último. Ya he enviado agentes para ayudar. Hay otras personas revisando

las grabaciones. Le aseguro que ahora mismo esto es la máxima prioridad. Es mejor que se queden aquí mientras establecemos la cronología y entendemos lo que ocurrió hoy.

Roger señala el aula donde está Annie.

—Esa mujer estúpida perdió a mi hija. No prestó atención. Y esa otra mujer estúpida —dice, señalando hacia el despacho de la supervisora donde Mabel está mostrando las grabaciones a los agentes— es igual de mala. Son responsables de esto. ¿Adónde pudo ir? ¡Solo tiene cuatro años! Parece que no se fue con nadie, así que tiene que haber salido de la guardería. Tiene que estar fuera, en algún sitio. Quizás se perdió. No sé.

—¿Cree que se escapó? —pregunta la detective, apartándose el pelo rubio hacia un lado—. ¿Habría alguna razón para que quisiera hacerlo?

Roger golpea la pared del pasillo de la guardería, dejando un agujero en el yeso.

—Me voy. Voy a buscar a mi hija. Sarah puede ayudarla a usted. Yo necesito hacer algo de verdad al respecto. —Sale hecho una furia y empieza a recorrer la calle.

La detective se vuelve hacia mí.

—Tengo que hacerle una pregunta difícil, señora Bradshaw. Mis agentes me dicen que durante una de las entrevistas con ellos mencionó que usted y su marido habían tenido una discusión recientemente. ¿Gracie presenció esa pelea?

Exhalo despacio.

—Sí.

—¿Hubo alguna situación de violencia doméstica, o algo por el estilo?

Bajo la cabeza y se me abre la boca. Me siento paralizada. ¿Cuánto debo decir?

Como no respondo, Falls continúa.

—Y Annie Meadows mencionó que vio el coche de su marido antes de irse. Él dice que estaba en el trabajo, pero ¿se le ocurre alguna razón por la que eso pudiera no ser cierto? ¿Hay alguna razón por la que su marido podría haber recogido a su hija sin decírselo?

Miro a la detective.

—Mi marido es un hombre complicado, pero nunca haría nada para hacerle daño a Gracie. —Pienso en mi hija llorando cuando casi le dio con el plato. Pienso en nuestras peleas. Pienso en todo a la vez, lo que me hace difícil respirar o pensar con claridad.

Niego con la cabeza.
—Pero mi marido le está mintiendo. Lleva mintiéndome a mí un tiempo.

Capítulo 19

Annie

Detective Falls entra en mi aula. Echa un vistazo a algunas de las obras de arte que los niños han colgado en las paredes, deteniéndose en una donde los pequeños pegaron pasta para intentar dar forma a algo que se asemeja a una persona.

—¿Alguno de estos lo hizo Grace Bradshaw? —pregunta.

Aprieto el labio inferior y miro alrededor. Al final consigo localizar uno de los suyos. —Ese —digo. Figuras de palitos de distintos colores sin brazos y un montón de círculos.

No le menciono los regalos que Gracie me hizo antes. Los que guardo en casa. Eso lo echaría todo a perder.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Bien. Gracie es una niña muy especial. Espero que pronto averigüemos qué ha pasado y que la encuentren sana y salva. No le echo la culpa a los Bradshaw por estar enfadados conmigo. Es culpa mía.

Detective Falls me mira con el labio inferior también apretado. —¿Cómo está tu madre? —pregunta—. Algunos de nosotros en la comisaría teníamos pensado ir a visitarla. Probablemente no me recuerdas muy bien, pero yo sí te recuerdo de cuando eras adolescente y tu madre te llevaba a las fiestas de Navidad de la comisaría.

—Las recuerdo con cariño —digo, y es verdad. Cassie Falls era una mujer fascinante. En un mundo de detectives mayoritariamente hombres, ocupaba en solitario su puesto como la mujer mejor pagada del personal. Mi

madre decía que podría llegar a ser jefa algún día, si quisiera el cargo. De algún modo, yo lo veía de otra manera. Amaba lo que hacía, igual que mi madre.

Madre no lo admitiría nunca, pero una mujer como Cassie Falls le daba miedo. Era el tipo de mujer capaz de atar cabos. De descubrir lo que Madre había hecho. No lo había pensado bien.

Eso no significa que pueda tomarla a la ligera.

—Mamá está… mal —contesto al fin—. Ahora está en la unidad de cuidados paliativos. No le queda mucho tiempo.

—Ya me había enterado —dice—. Lo siento. Mira, tu madre fue la mejor tramitadora de informes que tuvimos nunca en nuestra comisaría. La gente todavía habla de ella. Nos llevamos un disgusto enorme cuando decidió jubilarse antes de tiempo. Muchos agentes tuvieron que mejorar sus informes después de que se fuera, porque nadie más pudo asumir todo lo que ella hacía por todos nosotros, yo incluida.

—Es muy amable de tu parte decir eso. —Me aliso el vestido y me siento en una silla—. Supongo que querrás hablar más conmigo.

—Sé que los otros agentes ya hablaron contigo, Annie. Solo te pedí que entraras en La habitación para que el señor Bradshaw se calmara. Parece que se acalora un poco. Lo entiendo, y estoy segura de que tú también, pero me tenía preocupada. ¿Cómo es él?

—No lo conozco bien —respondo con sinceridad—. Vino a recoger a Gracie ayer. Creo que fue la segunda vez que lo veía. La primera fue cuando vino con su mujer a conocer la guardería.

—¿Estás segura de que viste su coche hoy antes de marcharte?

Me tomo un momento antes de responder. —Eso es lo que creí ver. Aunque conduce un Toyota Camry rojo. No es raro. Puede que me equivocara. No estoy pensando con claridad. Lo siento.

Cassie asiente. —Claro. Sé que tienes muchas cosas en la cabeza. Querías salir antes para ir a ver a tu madre, eso es lo que me dijeron.

—Como te digo, no le queda mucho tiempo.

—De acuerdo, bueno, creo que ya tenemos todo lo que necesitamos de tu parte. Si se te ocurre algo más, avísame. —Me entrega una tarjeta con su nombre y su número—. Llama cuando quieras si se te ocurre algo. Los primeros días de estos casos son importantes.

Asiento, y cuando la Detective Falls se dispone a salir de La habitación, la llamo. Se vuelve hacia mí y espera a que hable. Me pregunto si debería

mencionarlo, hasta que siento que es el momento adecuado. —Ayer pasó algo extraño. El señor Bradshaw vino a recoger a Gracie, y ella le tenía miedo. Era como si no quisiera abandonar la guardería. —Me río—. La pobrecilla estaba pegada a mí como una lapa.

—¿Dijo por qué le tenía miedo?

—El señor Bradshaw dijo que él y su mujer habían tenido una discusión el otro día y que eso debió de asustar a Gracie.

Cassie asiente. —Gracias por la información.

Bajo la cabeza. —Solo espero que encuentren pronto a Gracie. Por favor, dime algo cuando averigüéis cualquier cosa. No me puedo creer que haya pasado esto. —Se me empiezan a formar lágrimas en los ojos y las dejo caer libremente por mi cara—. Todo esto es culpa mía.

Cassie mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca un pañuelo. Me lo tiende, y me seco la cara. —Esto no es culpa tuya. La culpa es de quien tenga a Gracie Bradshaw. Eso es, si es que alguien se la llevó. Todavía no sabemos nada. Es difícil creer que se haya alejado sola de la guardería sin que nadie se diera cuenta.

Más lágrimas me ruedan por la cara.

Detective Falls me mira con preocupación. —Annie, todo el mundo sabe lo buenas personas que sois tu madre y tú. No te preocupes. Al final, esto no va a caer sobre ti. Te avisaré cuando la encontremos, ¿de acuerdo?

Asiento y me doy toquecitos en las mejillas, incapaz de mantenerlas secas. Intento devolverle el pañuelo, pero Cassie me hace un gesto para que me lo quede. Me dice que no sea tan dura conmigo misma antes de abandonar mi aula y el edificio. Desde mi ventana la observo mientras sube a su coche policial sin distintivos.

De repente, mi cara recupera su expresión neutra. Mis ojos dejan de llorar y me seco la cara con calma mientras contemplo impasible cómo la Detective Falls se aleja.

Capítulo 20

Sarah

Recorremos el barrio que rodea la guardería, saliendo del coche de vez en cuando para mirar alrededor y llamar a Gracie. Ya casi no se ve nada. Sé que estamos empezando a poner nerviosa a la gente, y en un momento dado alguien abrió su ventana para gritarnos que nos calláramos. Roger le respondió con una palabrota de cuatro letras que empezaba por «j» seguida de «a tu madre». Por suerte, esa persona cerró la ventana antes de que la cosa fuera a más.

Lo último que necesitamos es que Roger acabe en la cárcel. Necesito su ayuda. Tenemos que trabajar juntos para encontrar a nuestra niña.

Nos encontramos con un agente que también está entrevistando a vecinos y dueños de negocios, llevando a cabo su propia investigación. Roger asiente y le da las gracias por la ayuda. El agente se dirige hacia un colmado y Roger le hace saber que ya habló con el dueño e incluso revisó las imágenes de la cámara del exterior.

El agente le da las gracias a Roger y se va.

Han pasado varias horas desde que alguien ha visto a nuestra hija. Si no estuviera tan centrada en encontrar a alguien que la haya visto, estaría hecha un ovillo llorando.

—Quizá deberíamos dejarlo por esta noche —dice Roger—. Han pasado horas y no hemos llegado a ninguna parte. Podemos madrugar, imprimir fotos suyas. Ponerlas por toda la ciudad. No sé.

—Yo me quedo aquí fuera —digo—. No voy a dejar que mi niña se congele esta noche. Eso. No. Va. A. Pasar.

Roger baja la cabeza. —No está aquí fuera.

—¿Y cómo lo sabes?

Se encoge de hombros. —No lo sé, la verdad. Pero hemos mirado en todos lados.

—Voy a revisar los callejones otra vez.

—Ya hemos pasado por allí un montón de veces.

—¿Ya te estás rindiendo? Hoy en la guardería pensé que te importaba encontrar a nuestra hija. Ahora, cuando las cosas no van como queremos, quieres irte. ¿Qué pasa, tienes miedo? ¿Crees que yo no lo tengo? Tenemos que encontrarla.

Se aparta de mí un momento, luego me mira de nuevo con los ojos llenos de rabia. —¿Por qué llegaste tarde? ¿No podías haber llegado pronto para variar?

—¡Llegar pronto!

—Ya he recibido un par de avisos de la guardería que demuestran lo tarde que llegas a veces.

—Claro —digo—. Qué lástima que estuvieras en el «trabajo» y no pudieras haber ido a recoger a Gracie tú mismo. O eso parece que hiciste.

—¿De qué demonios estás hablando? Yo no la recogí hoy. No estaba aquí. Estaba en—

—¡En el trabajo! —le corto—. ¡Sí, el trabajo del que te echaron hace meses! ¿Verdad? ¿Ese?

Roger se queda sin palabras. —¿Cuánto tiempo llevas sabiéndolo?

—Desde ayer —digo con sinceridad—. Me encontré con esa cualquiera, Heather, y me lo contó todo. ¿Cuántos días llevas mintiéndome?

Roger se queda junto al coche y mira la calle vacía. —¡Gracie! ¿Dónde estás? Sus gritos tienen un leve eco y me entristecen mientras intenta de nuevo invocar a nuestra hija desaparecida pronunciando su nombre tres veces.

No va a ser tan fácil.

—¡Me has estado mintiendo! —le digo a mi marido.

—Estaba intentando encontrar trabajo. Estaba—

—Ahora mismo eso me da igual. ¡Solo quiero encontrar a Gracie!

—¿Y yo no? —Mira su móvil—. La Detective Falls me ha enviado un mensaje. Quiere quedar en casa. Tiene más preguntas.

—Preguntas más bien para ti, Roger.

—¿Qué quieres decir?

—Le conté tus mentiras. No me puedo creer que nuestra hija haya desaparecido y tú le estés mintiendo a una detective sobre dónde has estado todo el día. ¿Por qué? ¿Solo para que yo no me enterara? ¿Creías que no me iba a enterar?

Suspira. —Bien, ya lo sabes. La detective también lo sabe. Eso no cambia nada. Aún tenemos que averiguar qué pasó.

—¡Ya lo sé! —grito señalando calle abajo—. Por eso voy a volver a los callejones.

Roger levanta el móvil. —La detective. Deberíamos ir a hablar con ella.

—Eso puedes hacerlo tú —digo—. Yo me quedo aquí hasta que la encuentre. Cogeré un taxi para volver a casa. —Empiezo a caminar hacia el callejón y noto que Roger me está mirando—. ¡Vete ya! —grito.

Oigo el ruido de la puerta del coche abriéndose y cerrándose, y el motor en marcha. Giro la cabeza un momento solo para ver alejarse a mi mentiroso marido.

No es culpa suya, pero no puedo dejar de pensar que si no hubiera estado siguiéndole todo el día a causa de sus mentiras, habría llegado a la guardería a tiempo a recoger a Gracie. Nada de esto habría pasado.

Si él nunca me hubiera mentido, nuestra hija estaría conmigo ahora mismo, y yo no estaría deambulando sola por un callejón de noche.

Esta no es muy grande y no es conocida por su criminalidad, pero en circunstancias normales jamás estaría aquí así, sola de noche. Al pasar por la parte trasera de un bar, dos hombres están fumando. Uno de ellos exhala el humo y me grita que me acerque a charlar con él.

Le ignoro.

Meto la mano en el bolso y cojo un manojo de llaves de casa, poniendo la más grande entre el índice y el corazón. Si alguien intenta acercárseme esta noche, no voy a tener tanta paciencia. Necesito encontrar a mi hija.

En el callejón apenas iluminado, cada vez resulta más difícil ver algo. Saco el móvil y enciendo la linterna intentando ver lo que puedo. Llamo a mi hija varias veces por su nombre pero no obtengo respuesta, salvo las carcajadas de uno de los dos hombres que están fuera de la parte trasera del bar, a mis espaldas.

Miro el móvil y me doy cuenta con angustia de que me queda menos de un quince por ciento de batería. Han pasado casi treinta minutos desde que

Roger se fue, y sigo deambulando sin rumbo por los callejones, sin encontrar señal de vida salvo borrachos.

Me doy cuenta de que Roger tenía razón. Debería dormir algo, si es que eso es posible. Podemos pensar en algún tipo de plan sobre qué hacer.

Mientras el móvil ilumina parte del oscuro callejón, distingo algo entre un montón de basura. Al darme cuenta de lo que es, abro rápidamente las bolsas de basura que hay alrededor y lo tiro todo.

Mi hija no está aquí. Recojo el lazo rojo que usé esta mañana para atarle el pelo. Mi hija no está aquí ahora, pero en algún momento estuvo.

Capítulo 21

Roger

Cuando aparco en la entrada de casa, Detective Falls ya me está esperando en el porche delantero.

—¿Algo nuevo? —pregunto de inmediato.

—¿Viene Sarah?

Niego con la cabeza. —Solo yo.

—No hay grandes novedades, pero hablemos dentro.

Abro la puerta principal y la hago pasar. Se sienta en el sofá y me hace un gesto para que haga lo mismo, lo cual me parece extraño, ya que es mi salón.

—Creo que tenemos que hablar, señor Bradshaw —dice. Cuando me siento, la miro desconcertado. —Esto no va a ir bien para ninguno de los dos si usted no dice la verdad.

Asiento. —Tiene razón, hoy no fui al trabajo.

—¿Por qué no me lo dijo? —pregunta, ladeando la cabeza.

Suspiro. Estoy harto de estas acusaciones. —Yo no he hecho nada malo, ¿de acuerdo? Me están mirando como si estuviera implicado en esto de algún modo. Tienen que parar y salir a buscar a quien tiene a mi hija.

—Eso es exactamente lo que estamos haciendo. Pero sus mentiras dificultan nuestra investigación. —Abre su libreta. —Tiene que ser honesto, y no hemos empezado con buen pie. No solo no fue al trabajo, sino que lleva sin empleo desde... —Repasa la libreta. —Junio. Es mucho tiempo para no decírselo a nadie, aunque luego veo en sus antecedentes el motivo.

Agresión. ¿Cuándo pensaba decirle a su mujer que atacó a su antiguo jefe? —Como no respondo, continúa: —¿Estaba esperando al juicio?

Agacho la cabeza. —He estado bajo mucha presión.

Ella cierra la libreta. —Su padre falleció, lo entiendo. —Asiento. —Las cosas han estado tensas en casa con Sarah. Y también con su hija.

Vuelvo a asentir a regañadientes. —Sí —respondo. Breve y conciso, pero, por una vez, la verdad.

—Sarah también me contó lo del plato.

Exhalo. —No fue mi mejor momento. Sé que no voy a ganar el premio al padre del año. ¿Adónde quiere llegar con todo esto? Mentí en ese momento. Sé que no debería haberlo hecho, y no volverá a ocurrir.

—¿Ha habido alguna otra situación de maltrato en su hogar? —pregunta, yendo al grano. —¿Algún motivo por el que Gracie pudiera querer escaparse?

—¿Cree que se escapó? Sarah y yo, y media docena de policías, hemos estado buscando toda la noche. Alguien la habría encontrado si se hubiera ido por su propio pie.

—¿Hay algún otro problema en su casa del que debamos saber?

Suspiro. —No. El plato asustó a Gracie. La asustó mucho. ¿De verdad cree que se escapó de casa por eso?

—Seguimos valorando todas las posibilidades, pero sin descartar el secuestro.

—Entiendo. Bien, me ha quedado claro. Se acabaron las mentiras. Soy un libro abierto. Lo que necesite de mí, pídamelo. —Aunque estoy siendo sincero, hay cierto tono en mis palabras. No sé por qué.

Ella asiente. —Esperaba que Sarah también estuviera aquí para esto, pero tengo una carpeta con unas fotos que me gustaría que mirara.

Yo también asiento, y ella coge la carpeta que tiene a su lado en el sofá y coloca varias fotos de hombres sobre la mesa frente a mí.

—¿Reconoce a alguna de estas personas?

Las observo. La mayoría tienen un aspecto duro, a excepción de un hombre con un jersey gris y una camisa de botones debajo.

—Creo que no —digo—. ¿Quiénes son?

—Delincuentes conocidos de la zona que tienen como objetivo a menores.

Me tapo la boca y vuelvo a mirar los rostros. Hay al menos una docena de fotos sobre la mesa. Nunca habría imaginado que Esta albergara a tantos

individuos de esa calaña.

—¿Todos estos hombres son del pueblo?

Ella niega con la cabeza. —No, son solo los que viven lo bastante cerca de la guardería. Con frecuencia observamos que los depredadores tienden a vigilar.

—¿A vigilar?

Detective Falls aprieta el labio inferior. —Planifican con antelación. Observan a los niños mientras trazan sus planes. Solo quería asegurarme de que usted no hubiera visto a ninguno de ellos antes. Probablemente no sea nada, pero vale la pena que los mire por si acaso. De todas formas, mis agentes tienen previsto hablar con todos ellos.

Cojo un puñado de fotos y las examino una a una. Una en particular llama mi atención por encima de las demás. Jeremy Timmons. Son sus rasgos faciales lo que recuerdo específicamente. Le doy la vuelta a la foto hacia la detective.

—Creo que he visto a este hombre —digo—. El otro día quedé con Sarah y Gracie en el patio de recreo que hay enfrente de la guardería. Antes de irnos, vi a un hombre sentado en un banco. No recuerdo mucho de él, salvo que estaba solo. No vi a ningún niño cerca. Eso sí, recuerdo aquella nariz de forma tan peculiar. ¿Cree que este hombre tuvo algo que ver con Gracie?

La detective mira la foto y anota algo en su libreta. —No lo sé, señor Bradshaw, pero vamos a averiguarlo. Dejaré estas fotos para que Sarah también las vea.

—¿Dónde vive ese hombre exactamente? ¿A qué distancia de la guardería?

—Voy a hablar con él personalmente, así que no se preocupe.

—¡Voy a preocuparme! —grito—. ¡Si tiene a mi hija, tiene que investigarlo de inmediato! —Agacho la cabeza e intento calmarme. —Algún monstruo tiene a Gracie. Quién sabe lo que le está haciendo.

Capítulo 22

Annie

Levanto el gran cuchillo de cocina e inspecciono la hoja. Paso el dedo por el filo para comprobar su afilado.

O su falta de afilado.

La hoja está desafilada, y ya es hora de comprar una nueva.

Clavo el cuchillo en un manojo de apio, lo corto en trozos pequeños y los añado a un plato. Cojo del frigorífico unas zanahorias pequeñas para unirlas a la creciente colección de verduras. En el centro hay un montón de salsa ranch. Pongo el plato y un vaso alto de agua en una bandeja.

Esto me trae recuerdos.

Es algo que hice muchas veces, llevar comida a los niños al sótano. Aunque normalmente era Madre quien la preparaba.

Ahora soy yo quien lo hace todo.

Mientras me dirijo hacia el sótano, pienso en lo bien que ha ido todo hoy. También pienso en todas las mentiras que he dicho.

Madre odiaba mentir, pero era necesario.

Bajo las escaleras con calma y pierdo el equilibrio, derramando parte de la bebida sobre las verduras del plato. Supongo que no soy tan hábil ahora.

Mentí cuando dije que quería salir antes para visitar a mi madre.

Le indiqué a Gracie cómo salir de la guardería. Sé dónde están las cámaras. He revisado las grabaciones antes. Cuando Mabel está fuera o enferma, a veces hago yo de supervisora.

Le dije a Gracie que íbamos a jugar a un juego especial.

Gracie siguió mis instrucciones a la perfección. Esperó con paciencia a verme después de que yo saliera por la puerta principal.

El juego era sencillo.

Escóndete en el callejón de enfrente hasta que la Srta. Meadows te encuentre.

Cuando lo hice, Gracie se rió, pero me llevé un dedo a los labios recordándole que teníamos que estar muy calladas, tal como le había indicado antes.

Gracie es muy buena siguiendo instrucciones. Escuchó bien. Hizo lo que se le dijo. Me siguió hasta mi casa, a cierta distancia. Tomé un camino especial para volver a casa, evitando por completo la comisaría.

En ese momento jugamos a otro juego especial. Sigue a la Srta. Meadows sin que te pille. Gracie me siguió mientras yo caminaba rápido hacia mi casa. De vez en cuando miraba atrás y Gracie intentaba, con poco éxito, esconderse.

Era arriesgado, por supuesto. Algo de lo que Madre no habría aprobado, pero llegué a casa con Gracie no muy lejos de mí. Entró y me siguió hasta el sótano. Ahora me espera mientras le llevo el tentempié.

Me dije a mí misma que si alguien me veía y lo denunciaba, significaría que lo que estaba haciendo estaba mal, y aceptaría mi destino. Sin embargo, han pasado horas y la policía no se ha presentado en mi puerta.

Lo que había hecho era lo correcto. Gracie estaba destinada a estar conmigo.

Intento limpiar el agua de las verduras mientras paso junto a la estantería que he apartado a un lado. Me quedo fuera de la puerta cerrada con llave de habitación uno. Coloco la bandeja en una mesilla de noche y retiro el trozo de madera que la bloquea desde fuera. Llamo a la puerta antes de entrar, porque sigo teniendo modales.

Sonrío al abrir la puerta y la niña tiene una sonrisa tan contagiosa que no puedo evitar imitarla. Con cuidado coloco la bandeja sobre la mesa que hay dentro, junto a la puerta, y la cierro a mis espaldas.

Gracie se baja del sofá, donde he estado leyéndole durante horas. Se sienta a la mesa y yo me uno a ella.

—Siento haber tenido que irme, cielo. Te he traído un tentempié nocturno —le digo—. Después podrás ponerte el pijama y será hora de irse a dormir.

Gracie coge una zanahoria y la moja en la salsa ranch, haciendo un sonido de satisfacción mientras mastica. —Eh, no tengo pijama aquí.

Sonrío. —No seas tonta, claro que no trajiste ninguno. Esta fue una fiesta de pijamas de última hora. Te he comprado uno. Hay una cómoda junto a la cama.

Gracie mira alrededor de la tenuemente iluminada habitación. —Srta. Meadows, me da un poco de miedo dormir aquí. Ese sol me asusta. —Señala el sol amarillo con una amplia sonrisa en el cielo azul.

Sonrío con ironía. No es la primera niña que dice algo parecido. —No pasa nada, cielo —le digo—. Me quedaré aquí todo el tiempo que me necesites.

Gracie coge ahora un trozo de apio. —¿Por qué tienes que seguir cerrando la puerta? —pregunta, con la voz casi inaudible por la comida que tiene en la boca.

—Termina de masticar antes de hacer una pregunta, Gracie —le recuerdo —. ¿Recuerdas que te lo digo en la guardería?

—Sí —dice en tono burlón.

—Bueno, cierro la puerta por tu seguridad. No quiero que te pase nada malo, por eso la cierro con llave.

—¿Iré a la guardería mañana? —pregunta.

Niego con la cabeza. —Estamos teniendo una fiesta de pijamas especial —le recuerdo—. ¡Solo nosotras dos! Vamos a pasarlo genial. ¡Y! —digo con entusiasmo—, tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo?

—Cierra los ojos, cielo. —Gracie hace lo que se le pide. Me acerco a la cómoda junto a su cama y saco el vestido especial que le hice. Se lo llevo y le pido que abra los ojos.

—¡Mariquitas! —grita Gracie—. Un vestido con mariquitas como el tuyo.

Me río. —Ahora podemos ir a juego. Mañana me pondré yo mi vestido de bichos.

—Gracias, Srta. Meadows.

Le doy un toquecito en la nariz. —Un placer, cielo. —Ella se ríe.

La sonrisa de Gracie desaparece un momento. —¿Cuándo puedo ver a mi mamá?

Es una pregunta que me han hecho muchísimas veces en esta habitación. Cada vez me duele el corazón tener que mentir. —Pronto, cielo, pronto. Venga, come, que se está haciendo tarde.

—¿Podemos ver otra película?

Niego con la cabeza. —No, ese fue un momento de película especial porque tuve que ausentarme un ratito. Ahora acaba tu comida y también te leeré un cuento de buenas noches.

Gracie levanta cuatro dedos. —Tres libros, ¿vale? —pregunta.

Me río. —Hasta cuatro te leeré, cielo.

—¿Puedo tomar algo de chocolate? Mi mamá siempre me da algo antes de dormir cuando me he portado bien.

Niego con la cabeza. —Hoy te has portado muy bien, pero como solía decir mi madre, el azúcar te pudre los dientes y la mente.

Capítulo 23

Sarah

A los pocos minutos de llamar a la policía, varios coches patrulla llegan al lugar. El agente que responde me pide que le muestre exactamente dónde encontré el lazo del pelo de mi hija. Lo hago y le describo cómo lo encontré. Inmediatamente me pide que abandone la zona para que un equipo forense pueda examinar todo con más detenimiento.

Llegan más agentes y, poco después, también llega la detective Falls. Me saluda y le explico de nuevo cómo encontré el lazo.

—¡Tenemos que buscar a mi hija por aquí! —suplico.

Falls asiente. —Así es, vamos a ampliar nuestros esfuerzos de rastreo a esta zona también. Ahora bien, necesito preguntarle: ¿está segura de que el lazo es de su hija?

—¡Completamente! Tengo más tela igual en casa que coincide con esta. ¡Es de mi hija!

Miro a mi alrededor en el oscuro callejón. ¿Qué hacía ella aquí? Las lágrimas vuelven a aflorar. Es algo a lo que me estoy acostumbrando esta noche. Me sorprende que me quede algo de agua en el cuerpo.

—Es un buen hallazgo —me dice la detective. —Bien hecho.

—¿La habéis encontrado? —me doy la vuelta y mi marido irrumpe en el callejón a zancadas, apartando a varios agentes de su camino. —Soy el padre de la niña. ¡Apartaos! —Lo hacen, y él viene directo hacia nosotras. —¿No me digáis que la habéis encontrado en este callejón? Dios mío.

—No —responde Falls. —Su mujer ha encontrado aquí el lazo del pelo de su hija.

—¿Dónde está? ¿Dónde lo han encontrado?

Las lágrimas corren libremente mientras señalo el montón de basura. —En ese rincón —le digo.

Roger está a punto de ir a verlo él mismo cuando la detective le pone una mano en el pecho. —Estamos trayendo a un equipo forense para que haga pruebas ahora mismo. Si hay alguna prueba más en este callejón, la vamos a encontrar, pero usted no puede comprometer eso. Eso perjudicaría la investigación.

Roger intenta calmarse. De repente empieza a respirar de forma entrecortada. —Esa escoria, el depredador infantil. Jeremy, ¿vive por aquí?

La detective Falls asiente despacio. —Sí.

—Entonces, ¿qué demonios hacemos aquí? —exige saber. —Tenemos que ir ahora mismo y hablar con él. Echar su puerta abajo. Mi hija está con él, ¿verdad? Dios mío.

La detective Falls intenta razonar con él. —No, señor Bradshaw, usted no puede hablar con él directamente. Eso es lo que vamos a hacer nosotros, de inmediato. Pero no puedo permitir que venga. Si las cosas se descontrolan, podríamos perjudicar la investigación. Usted no quiere que se escapen, ¿verdad? Así que déjeme hacer mi trabajo.

—¡Dejadnos hacer algo, al menos!

—¿Qué depredador infantil? —digo yo, confundida.

—Le mostré a su marido una serie de fotos de delincuentes conocidos que tienen como objetivo a niños, y él cree haber visto a uno hace unos días en un parque cerca de la guardería. —Se vuelve hacia mi marido. —Ahora bien, eso no significa necesariamente nada. No significa que esa persona esté implicada en lo que ha ocurrido aquí. Si quiere ayudar a mis agentes con el rastreo de esta nueva zona, le diré que hable con ellos y le explicarán cómo puede colaborar. Por favor, señor Bradshaw, lo mejor es que se mantenga tranquilo.

Roger da vueltas por el callejón sin poder hablar.

—Depredador infantil —repito. Mi imaginación se desboca. Me desplomo de rodillas y rompo a llorar sin poder contenerme. La detective Falls corre hacia mí e intenta consolarme. Roger sigue andando de un lado a otro, tratando de ordenar sus propios pensamientos.

Cuando por fin consigo parar y calmarme un momento, llamo a mi marido. —Roger, por favor, llévame a casa. Ya no puedo más esta noche.

—Es una buena idea —dice la detective Falls. —Les llamaré si hay alguna novedad.

Roger señala con el dedo. —¿Por qué sigue aquí todavía? ¡Tiene que ir ahora mismo a casa de ese individuo!

—Estoy tramitando una orden de registro en este momento —dice la detective. Levanta la mano. —Estoy haciendo todo lo que puedo.

—Roger, llévame a casa —le digo de nuevo.

Roger me rodea con el brazo y me guía fuera del callejón hasta donde ha aparcado. Me abre la puerta y me siento dentro. Cierra la puerta con más brusquedad de la necesaria antes de ocupar el asiento del conductor. Golpea el volante varias veces.

—Roger —digo, intentando calmar a mi marido.

Se detiene y pone el contacto. La radio del coche se enciende y al instante oigo unos pitidos procedentes de la emisora.

—Se ha activado un Amber Alert. Esto es una emergencia por sustracción de menores. Gracie Brad—

Roger apaga la radio rápidamente y se vuelve hacia mí, con sus propias lágrimas resbalándole ya por la cara.

Capítulo 24

Sarah

Desde el dormitorio, oigo gritos amortiguados en el exterior. De algún modo he conseguido dormirme a pesar del caos que me rodea. Roger ya no está en la cama a mi lado.

Entonces le oigo maldecir fuera del dormitorio.

Me levanto de la cama y abro la puerta con sigilo. Camino despacio hacia la cocina mientras absorbo cada palabra que oigo de mi marido. Me aterra que cualquier novedad sea mala.

Lo que sea que esté pasando ahora no pinta bien.

—¿Qué quieres decir? —grita al móvil—. ¿Cómo puede pasar eso? —Me mira, y su cara furiosa se suaviza al verme. Aprieta el labio inferior y se gira —. ¿Cómo es posible que nadie en esa zona haya visto a una niña de cuatro años caminando sola por un callejón? —Se detiene y escucha un momento antes de sacudir la cabeza—. Dime la dirección de ese tipo. ¡Yo mismo lo registro! —Vuelve a hacer una pausa y entonces su cara estalla de rabia. Cuelga la llamada y lanza el móvil contra el sofá.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, desconcertada.

—Han hablado con ese cerdo. Jeremy Timmons. La Detective Falls dice que no han podido conseguir una orden para registrar su casa, y el muy cabrón dice que no hablará con la policía. No les ha dejado registrar sin una orden judicial. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué ha dicho la Detective Falls? ¿Cómo van a encontrar a Gracie?

—Seguirán recogiendo pruebas en el callejón. Si aparece algo nuevo que apunte hacia ese pedazo de basura enfermo, podrá conseguir una orden para registrar su propiedad. Dice que no ha podido lograr que ningún juez firme una orden porque el lazo estaba demasiado lejos de su domicilio. Mientras tanto, tienen vigilada su propiedad y están hablando con sus vecinos. Nadie ha visto a Gracie, eso sí.

Pienso en la entrada trasera del bar cuando estaba en el callejón. —¿Y las grabaciones de las cámaras del callejón? Tienen que haber grabado algo de ella, ¿no?

Mi marido sacude la cabeza. —Falls ya ha hablado con el bar. Esa cámara no funciona. Solo tiene valor disuasorio. Así que no tenemos nada.

Pasa junto a la mesa y de un manotazo tira el salero. Sale volando por la habitación, lo que me recuerda al plato que corrió una suerte similar no hace mucho.

Roger respira hondo. —¿Cómo demonios desaparece así una niña pequeña? —Se apoya demasiado en la mesa y esta se desplaza por el suelo. Roger se incorpora intentando recuperar el equilibrio.

De repente Roger me mira y va al salón, coge varias fotos de la mesita de centro. Vuelve y las deja caer sobre la mesa de la cocina, haciéndome señas para que me acerque. —Echa un vistazo —dice. Las revuelve y coge una. —Él. Este es el tipo. Jeremy Timmons. ¿Te acuerdas de él? No me estoy volviendo loco, ¿verdad? Vi a este hombre en el parque el día que te traje las flores. ¿Lo recuerdas?

Miro la foto. Me fijo en su cara dura y en su nariz. De inmediato siento una incomodidad hacia él, pero no lo recuerdo.

Niego con la cabeza a regañadientes. —No creo. No estoy segura.

El labio inferior de Roger se endurece de nuevo. —Pues yo sí. Lo vi. Estaba allí. Sentado en el banco como el perturbado que es.

—¿A esta clase de personas no se les prohíbe estar cerca de parques o colegios?

Roger asiente. —La Detective Falls dice que vive justo lo bastante lejos como para quedar fuera de las zonas en las que se supone que no puede estar. También niega haber estado en el parque, pero yo lo vi. —Me señala con un dedo firme.

Le cojo la mano e intento consolarlo. —Te creo. ¿Qué hacemos?

—Voy a averiguar dónde vive esa escoria. Le echo la puerta abajo si hace falta. Me da igual lo que me haga la policía después. Me da igual lo que

cueste. —Me mira, con la cara llena de rabia y los ojos húmedos—. Cueste lo que cueste, vamos a encontrar a Gracie.

Capítulo 25

Annie

Pongo el hervidor en el fogón para preparar una infusión nocturna. Siempre me ayuda a calmarme antes de acostarme. Soy una persona ansiosa y el sueño no llega con facilidad. Aplicaciones para dormir, melatonina... he probado muchas cosas. Da igual lo que haga: solo consigo descansar unas pocas horas por noche.

Ha sido así desde que era niña.

Madre me preparaba té cuando no podía dormir. Intentaba consolarme cuando lo necesitaba.

Igual que he hecho yo con Gracie esta noche. Le ha costado dormirse en la habitación. El sol sonriente la inquietaba hasta que por fin ha logrado quedarse traspuesta. Me he sentado junto a su cama y he leído más de los cuatro libros que le había prometido.

Incluso le he cantado algunas canciones de cuna que Madre me cantaba a mí de pequeña. Eso ha ayudado.

Cuando me ha preguntado si podía llamar a Sarah para darle las buenas noches a su madre, he vuelto a mentir. Le he dicho que mamá había salido con su padre. Era su noche de cita. Al fin y al cabo, por eso estamos haciendo nuestra pequeña fiesta de pijamas.

Mañana tendré que mentir de nuevo cuando me pregunte cuándo va a venir su madre a recogerla. Al día siguiente habrá otra mentira, y así sucesivamente.

Me doy cuenta de que no tengo ningún plan final sobre qué hacer. Actué por impulso y no planifiqué nada.

Esa era otra de las reglas de Madre. Planificar.

Ella tenía un objetivo final, pero es algo que me niego a hacer. No lo haré. No soy ella.

Gracie me necesita para salvarla, no para empeorar las cosas.

Por mucho bien que las buenas madres hayan hecho por los demás, no estoy segura de que la vida de sus hijos haya mejorado por ello. Sé que la mía no ha mejorado después de lo que mi madre hizo por mí.

No puedo dormir. Nunca podré dormir.

El hervidor empieza a silbar y lo retiro del fuego, vertiendo el agua caliente en mi taza.

Gracie está contenta ahora mismo, pero con el tiempo se pondrá triste, como los demás. Los niños siempre se alteran, sobre todo cuando comprenden que no van a volver a ver a sus madres.

Respiro hondo.

Me recuerdo a mí misma que estos son los buenos momentos. Gracie todavía confía plenamente en todo lo que le digo.

Aun así, me preocupa lo angustiada que está en la habitación. No pensaba que odiaría tanto el mural del sol que pinté. Cuando lo pinté con Madre, la intención era alegrar a los niños.

Pero ella tiene miedo.

Si supiera los horrores que han ocurrido en la habitación que tiene al lado, se consideraría afortunada de estar en la que está.

Un golpe en la puerta principal me sobresalta. Sacudo la mano y el té me cae sobre los dedos. Me quema la piel y los meto bajo el agua a toda prisa. La persona al otro lado de la puerta vuelve a llamar, con más fuerza esta vez.

Por un momento me preocupa que despierte a Gracie, pero recuerdo lo insonorizada que está la habitación. Madre se aseguró hace mucho tiempo de que cualquiera que estuviera en la puerta principal lo tuviera muy difícil para oír a alguien en el sótano. Sobre todo con la estantería colocada en su sitio.

Claro que la estantería no está en su sitio.

La persona al otro lado de la puerta vuelve a llamar.

Voy rápidamente hasta la puerta y la abro apenas un poco. Un hombre alto con uniforme de policía me saluda con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señorita —me dice—. Estoy hablando con los vecinos de la zona sobre una niña desaparecida. —Me mira fijamente un momento y de repente cae en la cuenta de quién soy—. —Espere, usted es la profesora, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. —Educadora infantil, como nos gusta llamarnos. Gracie es alumna mía. —Casi espero que el agente cruce mi puerta de un empujón y me exija que le diga dónde está la niña. En cambio, me dirige una mirada preocupada.

—¿Se encuentra bien? —pregunta.

—Lo mejor que puedo. ¿Ha habido alguna novedad?

—Sí —responde—. Hemos encontrado un lazo del pelo rojo en un callejón no muy lejos de aquí. Esperamos dar con alguien que pueda haberla visto.

Da un paso hacia delante y por un momento me preocupa que pida registrar mi casa. La estantería no ha sido movida. No le costaría nada a nadie encontrar las habitaciones secretas. No le costaría nada encontrar a Gracie durmiendo.

¿Cómo he podido olvidar las reglas de Madre? Volver a poner la estantería en su sitio cada vez que salgas de las habitaciones. No dar nunca la oportunidad de que nadie descubra lo que has hecho.

He sido de lo más descuidada con sus reglas desde que me llevé a Gracie. Había una razón por la que a Madre nunca la pillaron, y esa razón eran sus reglas. Puede que no quiera ser como ella ni hacer lo que ella hacía, pero, como ella, jamás quiero que me pillen.

—Solo quería decirle —comenta el agente en un tono más suave— que lamento saber que su madre no está bien. Solo la conocí una vez. Se jubiló poco después de que yo empezara en el cuerpo.

Esbocé una sonrisa tenue. —Gracias. Parece que mi madre gozaba de mucho respeto.

—Organizó nuestra comisaría tan bien que seguimos usando todos sus sistemas hoy en día. —Baja la vista hacia mi vestido y los estampados de pájaros que lleva—. —¿Le gusta trabajar con niños?

Sonrío. —Mucho.

Capítulo 26

Sarah

Por la mañana, Roger y yo volvemos a la guardería y nos sentamos a una mesa pequeña. Mabel está apoyada contra la pared más cercana a la puerta. La Detective Falls lleva casi una hora mostrándonos grabaciones de vídeo y repasando los detalles con nosotros.

Roger apenas puede mirar la pantalla. Visible y tembloroso de rabia en algunos momentos, le está costando asimilar que algo así pueda siquiera ocurrir. Yo soy todo lo contrario. No pierdo ni un solo detalle. Gracie ha desaparecido y alguien se la ha llevado. En algún punto de este vídeo puede haber algo que nos diga qué pasó.

Por ahora, sin embargo, no es el caso. Lo único que veo son imágenes de mi niña, que debería estar hoy en la guardería pero no está. Ha desaparecido y es culpa del personal de aquí.

Me sereno e intento concentrarme en las palabras de la detective.

—Podemos ver en las grabaciones de vídeo que el señor Bradshaw no estuvo aparcado en el parking en ningún momento —dice.

—Estupendo —dice Roger—. Mi hija lleva desaparecida desde ayer por la tarde y lo único que tenemos es lo que les conté… ayer por la tarde. Perfecto. —Me mira, y yo hago todo lo posible por mantener la compostura.

La detective continúa. —Bien, la última vez que vemos a Gracie en las grabaciones de vídeo es a las tres y cuarto. Esto es aproximadamente cinco

minutos antes de que la Srta. Meadows se marchara y Mabel se hiciera cargo.

Me tomo un momento para mirar a la supervisora, que me devuelve la mirada. Puedo leerle el pensamiento. Se está odiando a sí misma tanto como debería. Mi niña ha desaparecido, y algo terrible ha ocurrido.

—Ahora bien —dice la detective—, no vemos a Gracie en ningún momento después de esto. Sabemos que no estaba en el edificio cuando la señora Bradshaw vino a recogerla. Mabel y ella registraron el edificio. Mis propios agentes hicieron lo mismo. Así que podemos descartar que esté en algún lugar de aquí. Tampoco vemos ningún indicio de que alguien se la llevara. Mi opinión es que se fue por su propio pie.

—Tonterías —murmura Roger entre dientes.

La Detective Falls hace caso omiso de su comentario y continúa. —Debió de salir por alguna zona que no tiene cobertura de las cámaras.

—¡Tiene cuatro años! —grita Roger—. ¡No es ninguna artista del escapismo que se fuga de la guardería ella sola! Esto es ridículo.

La Detective Falls asiente con comprensión. —Sabemos que las cosas no han ido bien en casa estos últimos días. Gracie estaba asustada. —Mira a mi marido—. No parece que nadie la ayudara a salir. Lo que no sabemos es qué pasó después. Las grabaciones de vídeo de la zona no muestran ningún rastro de Gracie. Nadie con quien hablamos la vio. Aunque sí sabemos que en algún momento Gracie estuvo en el callejón detrás del bar local. Usted encontró el lazo del pelo. —Me mira a mí. Bajo la cabeza en respuesta. —Ahora bien, ¿hay alguien en esta zona que ella conozca? ¿Algún sitio al que hayan ido ustedes dos? ¿Amigos? ¿Tíos o tías?

—No —respondo. No me molesto en decirle que no tengo círculo social aparte de mi marido y mi madre.

—Esto no tiene ningún sentido —dice Roger—. El sinvergüenza. El depredador ese. ¿Qué hay de él?

—No tenemos nuevas pruebas, pero si las hubiera, lo investigaríamos. Nuestros esfuerzos de rastreo tampoco han dado fruto.

—O sea, que lo que estás diciendo es que no tenéis nada, ¿verdad? —resopla Roger—. ¡Ridículo! —le señala con el dedo a Mabel—. ¡Voy a demandar a este sitio hasta cerrarlo, para proteger a todos los demás niños de esta ciudad!

La supervisora no responde. En su cara se ve que ha sentido cada palabra. Un golpe discreto en la puerta interrumpe la diatriba de Roger y Annie

Meadows la abre despacio.

—¿Puedo hablar con usted? —le pregunta a la supervisora.

—¡Y usted también! —grita Roger—. ¡No he terminado con nadie de esta guardería! *¡Guardería!* ¡Parece que ninguno de ustedes se preocupa de nada! ¡Mi niña ha desaparecido, y ¿qué han hecho ustedes?

La Detective Falls mira a mi marido. —Todos estamos aquí, ahora mismo, intentando encontrarla. —Eso le hace callar.

—¿Qué ocurre, Annie? —pregunta Mabel.

Cuando entra tímidamente en la habitación, recuerdo una de las últimas imágenes que tengo de Gracie. Mi niña alejándose con Annie. Recuerdo la sonrisa amenazante de Annie cuando le dije que yo vendría a recogerla.

—Es que… hoy no puedo estar aquí —dice Annie—. Con lo de Gracie y lo de mi madre.

—Estupendo —continúa Roger—, menuda muestra de que todos estamos aquí trabajando juntos para encontrar a mi hija. —La Detective Falls mira a mi marido con severidad. Por un momento veo la mirada de una agente curtida y no la de la empática detective que ha estado trabajando con nosotros.

—Srta. Meadows —dice Falls—, adelante. Puede marcharse. Hoy ya no necesito hablar más con usted sobre esto. Si necesito algo, iré a verla a su casa. Dele recuerdos a su madre.

Annie mira a Mabel, que asiente. Annie cierra la puerta al salir, y yo miro a la detective.

—¿Se conocen? —pregunto, sorprendida por el comentario de Falls a Annie.

La detective me mira un momento, y luego mira a la supervisora. —Trabajé con su madre en la comisaría.

—Ah, estupendo —murmuro—. Usted siente simpatía por una de las posibles personas que hicieron esto.

La Detective Falls niega con la cabeza. —Todo el mundo en la comisaría conoce a los Meadows. Eso no significa que sea parcial. Si las pruebas la señalaran a ella, estaría esposada, ¿de acuerdo? Ahora centrémonos en lo que realmente tenemos.

—Que es nada —dice Roger de nuevo—. Sabemos que Jeremy vive cerca del callejón donde encontraron el lazo. ¡Echen la puerta abajo ahora mismo! ¡Está ahí! ¡Lo sé!

—No podemos. En cuanto consiga una orden de registro, lo haremos. Lo prometo.

—¿Y Annie? —pregunto. La Detective Falls casi pone los ojos en blanco ante mi pregunta. —¿Vive cerca del callejón donde encontramos el lazo?

Eso parece dejar momentáneamente sin respuesta a la detective. —Lo investigaré.

—Hágalo, por favor —digo con sorna—. Veamos ahora adónde apuntan las pruebas.

Capítulo 27

Annie

Termino de leer otro libro y lo cierro. Gracie me sonríe mientras acaba su sándwich de queso a la plancha. No es el almuerzo que me gustaría haberle preparado, pero he tardado más de lo esperado en volver de la guardería y sabía que tendría hambre.

—¿Otro cuento? —le pregunto a Gracie.

Ella niega con la cabeza. —¿Podemos hacer más manualidades?

Le dedico una sonrisa amplia. —Qué idea tan estupenda, cielo. ¡Sí! Vamos a hacer eso.

—Quiero hacerle un regalo a mi mamá —dice.

Le devuelvo una sonrisa tenue. Gracie estaba obsesionada con darme sus regalos de manualidades solo a mí. Ahora quiere hacerle uno a su madre. La razón por la que está aquí es precisamente su madre.

Saco una caja con papel y lápices de colores, y cada una empieza a hacer sus propios dibujos. Le digo que yo estoy dibujando uno para que ella se lo quede. Ella me repite que el suyo es para su mamá.

Mientras dibujamos, pienso en el intercambio que tuve con sus padres en la guardería. Concretamente con su padre. Es difícil no pensar en ello, ya que fue el regalo que Gracie me hizo lo que me impulsó a querer que se quedara conmigo.

Cuanto más descubrí sobre Roger Bradshaw, más me preocupé por Gracie. La observo mientras hace un montón de círculos con el lápiz rojo y

empieza a dibujar una figura de palitos encima. Junto a la figura alta hay otra más pequeña.

—¿Sois tú y tu mamá? —pregunto. Gracie asiente. —Cielo —le digo con suavidad, y le pido que baje el lápiz—. El dibujo que me hiciste, el que tiene a tu papá, ¿lo recuerdas?

—¿Es el dibujo de Papá Monstruo? —pregunta con inocencia.

—Sí —digo—, ese. Ahora que estamos solas aquí, necesito preguntarte otra vez: ¿alguna vez te pegó papá?

Ella me mira un momento y baja la cabeza.

—Gracie, no pasa nada. Puedes contárselo a la Srta. Meadows. Puede que no lo parezca, pero soy muy fuerte. —Levanto el brazo e intento marcar bíceps—. ¿Ves? Así que ya no tienes que tenerle miedo a Papá Monstruo.

—Él no me pega —dice de nuevo. Es la misma respuesta que me dio antes. Entonces no me lo creí y ahora tampoco me lo creo.

—¿Te ha dado alguna vez en el trasero?

—A veces —dice.

Bien, ahora está abriéndose. —¿Y en la cara? —pregunto, frunciendo los labios—. ¿Te ha pegado alguna vez en la cara?

Gracie sonríe ante mi mueca graciosa, pero niega con la cabeza. —Grita. Me da miedo. Le da miedo a mamá.

Suspiro. Empiezo a cuestionarme lo que he hecho. Madre tenía una serie de normas para los niños que quería salvar, pero parece que incluso esa norma la estoy incumpliendo. Madre tenía que saber que los padres estaban pegando al niño antes de llevárselo.

Desde el momento en que Gracie me dio su dibujo, supe que algo iba mal. Intenté preguntarle, pero no quiso responder. La parte razonable de mí me decía que llamara a Protección de Menores. Un agente de protección podría investigarlo.

Madre me contaba historias de terror sobre padres dentro del sistema. Incluso con agentes de protección de menores implicados, podían ocurrirles cosas terribles a los niños.

No llamé a Protección de Menores. Hice todo lo posible por controlar mis impulsos de ayudar.

Entonces fue cuando vi a Gracie en el parque después de la guardería, hace unos días. Se estremeció cuando su padre la abrazó. Tenía miedo. Se notaba en la expresión de su cara.

Miedo de que la volvieran a golpear. No tendría que tener miedo estando yo aquí para protegerla.

Al día siguiente, cuando Gracie estaba aterrorizada de salir de la guardería con su padre, tomé una decisión.

Sarah Bradshaw no era mejor que Roger.

O era cómplice de lo que hacía su marido, o participaba en ello. De cualquier manera, Gracie no podía seguir con sus padres.

Protección de Menores no era suficiente.

Necesitaba ayuda de verdad.

Me necesitaba a mí.

Le pregunto a Gracie otra vez: —¿Pero papá nunca te pega?

—No —dice—. ¿Puedo colorear otra vez?

Asiento. —¿Y mamá? ¿Mamá te ha pegado alguna vez?

Gracie niega con la cabeza.

—¿Mamá te da miedo como papá?

Gracie vuelve a negar con la cabeza mientras da la vuelta al papel y empieza a hacer de nuevo círculos grandes, esta vez con un lápiz azul.

Suelto el aire, empezando a sentirme tonta. —¿Papá le ha pegado alguna vez a mamá?

Gracie deja de colorear por fin y me mira. Tarda un momento antes de negar con la cabeza, pero esta vez no tiene la misma actitud despreocupada que con las otras respuestas.

Sonrío, convencida de que estoy dando con algo. —Bueno, voy a subir tu plato vacío —digo, cogiendo su sándwich de queso a medio comer y el vaso—. ¿Sigues teniendo hambre? ¿Quieres algo de picar?

Gracie niega con la cabeza. —No, gracias —responde educadamente.

—Ahora vuelvo —le digo. Cuando salgo de la habitación, vuelvo a colocar el trozo de madera que bloquea la puerta y subo las escaleras. Una vez en la cocina, abro un cajón y miro el dibujo que Gracie me dio hace varios días. El que lo desencadenó todo. La imagen que no he podido quitarme de la cabeza desde que la vi.

En lo alto de una escalera hay una figura de palitos dibujada en negro. Las líneas están trazadas gruesas y el personaje parece estar gritando con la boca abierta. Al pie de la escalera hay dos figuras de palitos de color rosa. La más alta está de rodillas y la figura de palitos más pequeña tiene el brazo de palitos sobre la otra, como si la consolara. Ambas figuras de palitos rosas tienen caras tristes.

Capítulo 28

Annie

Antes de salir de la habitación, echo un último vistazo a la niña que duerme plácidamente en la cama, su dulce rostro iluminado por la luz nocturna.

Hoy se ha dormido sin dificultad para su siesta.

Sin miedos obsesivos por el sol sonriente de la pared que tiene cerca. Unos cuantos libros mientras se acurrucaba bajo las sábanas y se quedó dormida.

Hacía tiempo que no había un niño en esta habitación. Cuántos avances ha habido en el cuidado infantil desde la última vez que alguien descansó en una cama tan cómodamente como Gracie. Me acerco a la mesilla de noche que hay junto a la puerta y compruebo que el vigilabebés sigue encendido. El receptor ya está sobre mi mesa de la cocina. Solo tiene audio. Tengo pensado comprar uno más moderno pronto.

Por ahora servirá. Cuando se despierte, podré oírla desde arriba. Prepararé un tentempié y volveré.

No tengo intención de dejarla sola hoy. No me gusta salir de casa con Gracie aquí. La habitación es completamente segura para ella, pero la supervisión de un adulto es siempre necesaria. La seguridad de Gracie es lo primero. Para eso está aquí, al fin y al cabo.

No estaba segura con sus padres.

Gracie se ha abierto conmigo. He ido descubriendo más cosas de lo que ocurre en casa de los Bradshaw. Al principio me preocupaba haber elegido a

la niña equivocada para estar en esta habitación, hasta que ella me contó la verdad.

Llevó su tiempo y confianza, pero me lo contó.

Los niños que crecen en hogares donde están expuestos a un trauma saben que algo no va bien. Simplemente no saben cómo explicarlo. Necesitan tiempo para procesarlo y para explicar lo que han llegado a considerar normal.

Gracie pertenece aquí, conmigo.

Madre estaría orgullosa.

Incluso estaría orgullosa de que, por una vez, esté siguiendo sus normas.

Abro la puerta y echo un último vistazo a Gracie descansando tranquilamente. Estará mucho más feliz aquí. Más segura. Ya no tiene que tener miedo.

Cierro la puerta con llave.

Entonces oigo unos golpes. El corazón se me detiene un momento y me doy cuenta de que vienen de la puerta principal. Se me abren los ojos de par en par.

Me apresuro a mover la estantería para ocultar la entrada a las habitaciones del sótano. Intento mantener la calma, pero los golpes en la puerta se hacen más fuertes. Me coloco junto a una ventana pequeña que da al jardín delantero. Madre pegó cartón encima hace décadas, pero con el tiempo han quedado huecos por donde se puede ver.

Desde el lateral del porche delantero, veo exactamente quién está fuera y se me cae el alma a los pies.

La Detective Cassie Falls está aporreando mi puerta principal. Con la camisa metida por dentro de los vaqueros, apoya la mano en el cinturón de servicio. El corazón me empieza a latir más deprisa y comienzo a entrar en pánico.

¿Cuánto tiempo lleva fuera?

Madre también tendría que haber puesto un vigilabebés cerca de la puerta principal. ¿Si no, cómo íbamos a saber si alguien llamaba? Claro que tampoco es que recibiéramos visitas precisamente.

Voy rápidamente a la secadora y la enciendo. El ruido de la máquina desequilibrada es fuerte y seguro que llama la atención. Si Cassie no sabía que estaba en casa, ahora ya lo sabe. Subo corriendo las escaleras y abro la puerta principal.

—¿Detective Falls? —digo con una sonrisa amplia.

—Hola, Annie —responde con frialdad. Su actitud neutra ya me preocupa. Sin sonrisa. Sin saludo cálido. ¿Qué hace aquí?

—Perdone, estaba en el baño —me río.

—Siento molestarla en casa —dice.

Nos miramos un momento y la tensión es palpable.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunto, apoyada en la puerta, bloqueando el interior de mi casa con mi pequeño cuerpo.

—Esperaba que pudiéramos hablar —dice.

Asiento con rapidez. —Por supuesto.

Esboza una sonrisa tenue. —Bueno, ¿podemos hablar dentro?

—Claro, qué tonta soy. Pase. —Abro la puerta de par en par y la detective entra al salón y mira a su alrededor.

Si tuviera el poder de leer mentes, vería lo frenéticamente que corre la mía. Ya estaría esposada. Se sienta en el sofá.

Desde la cocina llega el sonido de una tos. El corazón se me para al darme cuenta de que es el vigilabebés.

¿Cómo podría explicar algo así si la detective lo encuentra? Mejor que extienda las manos directamente y le diga que me ponga las esposas.

—¿Hay alguien más aquí? —pregunta—. ¿Tiene compañía?

La amplia sonrisa con la que he estado disimulando mis peores miedos desaparece, dejando ver mi verdadera expresión. Rápidamente vuelvo a plasmar una sonrisa en el rostro. —No, solo la radio. A veces me gusta ponerla cuando hago las tareas. ¿Un té? —digo a toda prisa. Ella niega con la cabeza, pero le digo que le traeré uno igualmente.

Me doy la vuelta y rezo para que Gracie no se despierte en los próximos segundos. Bastaría con otra tos fuerte, con que dijera una sola palabra, para que todo se acabara.

Por suerte, mi casa no es de planta abierta. Una vez en la cocina, la detective no puede verme, y apago rápidamente el vigilabebés y lo escondo en un cajón. Una ola de alivio me recorre.

Aunque ahora Gracie llame, es probable que la detective no pueda oírla. La habitación está insonorizada. La secadora tan fuerte también ayudará a disimular cualquier ruido. Las precauciones que tomó Madre para no ser descubierta me están salvando a mí.

—¿Cómo está su madre? —pregunta la detective.

—No muy bien —respondo desde la cocina. Intento recomponerme antes de volver a mostrar mi cara en el salón.

La Detective Falls entra en la cocina y me mira fijamente. —Perdí a mi padre hace más de un año —dice—. Fue la época más dura de mi vida. Sé que ahora está sola en casa, pero si alguna vez necesita hablar con alguien, aquí estoy.

Sonrío. —Y sé dónde encontrarla. —Señalo hacia fuera—. A unas dos manzanas por ahí.

—Su madre siempre tuvo un trayecto fácil al trabajo. Mire, sé que habló con uno de mis agentes la otra noche cuando estaban llamando a las puertas, pero esperaba que pudiéramos hablar de nuevo.

—Sin problema. ¿Qué le ronda por la cabeza?

—Bueno, tenemos una pista sobre la desaparición de Gracie. Encontraron su goma del pelo en un callejón cercano. La única persona que Gracie conoce en esta zona es usted.

—De acuerdo —digo nerviosa. Miro por encima del hombro de la detective hacia la mesa de la cocina. Esta vez el corazón está a punto de salírseme del pecho cuando veo un montón de dibujos de Gracie sobre la mesa.

Estúpida. Estúpida.

¿Cuántos errores puedo cometer? Tenía pensado guardarlos. Los hizo para mí, al fin y al cabo. Los que dibujó para su madre ya los tiré.

—Dada la proximidad de su domicilio al lugar donde se encontró la goma y que usted fue la última persona en hablar con ella, hay ciertas preocupaciones —dice la Detective Falls.

La miro atónita, como si me hubiera dicho que sabía que fui yo.

Suspira. —Siento hablarle así, de verdad, pero usted es la última persona que vio a Gracie Bradshaw. Necesito descartarla formalmente como sospechosa.

—De acuerdo —repito—. Lo entiendo. ¿Qué quiere preguntarme?

Esboza una sonrisa tenue. —En realidad no tengo preguntas nuevas para usted. Ya las ha respondido todas varias veces. Lo que necesito es confirmar que Gracie no está en esta casa. —Señala hacia el suelo al decirlo, sin saber que aproximadamente donde está señalando es donde está Gracie—. ¿Puedo registrar su casa?

—Mmm.

—Lo entiendo. No me gustaría tener que hacer esto con usted —dice—. Un registro rápido y la dejo tranquila. No tendré que molestarla más así. ¿Le parece bien?

La miro como una estatua. A lo mejor si no me muevo ni respiro, creerá que lo soy y se irá sin más. Al darme cuenta de que estoy tardando demasiado en responder, por fin logro decir algo. —Por supuesto —digo con una sonrisa amplia—. Entiendo perfectamente su posición.

Ella también sonríe. —Estupendo. Supongo que podemos empezar por la cocina. —Se ríe—. Evidentemente Gracie no está aquí. —Echa un vistazo rápido y repara en el montón de dibujos sobre la mesa. Coge uno y lo examina detenidamente.

Mi expresión se desvanece y espero a que caiga en la cuenta de quién los hizo.

—¿Cómo puede fingir que le gustan los dibujos que le hacen estos niños? —pregunta con una carcajada—. Y tiene tantísimos.

Vuelvo a sonreír nerviosamente y me encojo de hombros. —Cosas del trabajo.

Coge otro y contempla los dos dibujos. —Aquí tiene usted a toda una artista.

—A los niños les encanta hacerme regalos —digo en voz baja. Todos esos regalos eran de Gracie en concreto. Respiro hondo cuando la detective examina un tercer dibujo con dos figuras de palitos de color rosa. Se toma su tiempo mirándolos y de repente los deja caer de nuevo sobre la mesa.

—¿Podemos ver el piso de arriba? —pregunta.

Me recompongo y salgo de la cocina y subo las escaleras con la detective justo detrás. Después de asomarse a los dos dormitorios, cierra las puertas y volvemos a bajar.

Me dirijo hacia la puerta principal. —Si tiene más preguntas, no dude en decírmelo —digo.

La detective me sonríe. —También tiene sótano, ¿verdad? —El ruido fuerte de la secadora se oye desde la planta principal, así que la respuesta ya está dada.

—Sí —digo—. Supongo que también querrá ver la parte de abajo. Por aquí. —Señalo hacia la cocina. Abro una puerta pequeña al fondo y bajo despacio las escaleras. Cada paso es reticente, sabiendo que una vez que estemos en el sótano, quedaré expuesta.

Descubrirán las habitaciones. Verán a Gracie.

Se verá obligada a volver con sus padres. Obligada a tener miedo. Le harán daño.

Al poner el pie en el frío hormigón, la Detective Falls mira a su alrededor. La secadora golpea de forma irregular contra el suelo. Aunque las habitaciones están insonorizadas, si Gracie empezara a dar patadas contra la puerta, la detective podría oírla.

La Detective Falls recorre el amplio sótano sin terminar, dedicando más tiempo a examinar el entorno que en cualquier otra habitación de la casa. Es como si oliera que algo no va bien aquí abajo.

Se acerca a la estantería.

Detrás están las habitaciones. Detrás está Gracie.

Todo lo que puedo hacer es observar mientras estoy a punto de ser descubierta. En cambio, la detective coge uno de los libros. —Este me lo he leído —dice. Lo vuelve a colocar en la estantería y se gira hacia mí—. Gracias de nuevo, Annie. Le agradezco que me haya dejado echar un vistazo por su casa. Eso facilita mucho las cosas. No tenía por qué dejarme entrar.

¿Que no tenía por qué? No sabía que esa era una opción. Supongo que tampoco podía gritarle que se fuera y me dejara en paz.

—Pero —dice—, claro que no esperaba que dijera que no. No tiene nada que ocultar.

La secadora deja de repente de funcionar y el sótano entero queda en silencio. Por dentro, mi mente vuelve a desbocarse.

—Bueno, tenía pensado ir a visitar a mi madre ahora —digo rápidamente.

—Por supuesto —dice, empezando a subir las escaleras.

Capítulo 29

Sarah

Estoy sentada en el coche, esperando. Llevo horas esperando.

A veces uno sabe que algo no encaja, y mis tripas me gritan que Annie Meadows es mucho más que una maestra de la guardería rara.

Siempre hubo algo en ella que me molestó. En parte era lo bien que se llevaba Gracie con ella. Era como si me diera envidia que Annie fuera mejor madre que yo.

Sacudo esos sentimientos. Algo no cuadra. Fue la última persona en ver a Gracie. Aunque no encuentro manera de explicar por qué Annie seguía apareciendo en las grabaciones de las cámaras de la guardería incluso después de que Gracie fuera vista por última vez. Si Annie ayudó a Gracie a salir del edificio, ¿no habrían salido al mismo tiempo?

Luego encontré el lazo del pelo en el callejón. Annie vive cerca de allí.

Le supliqué a la Detective Falls que investigara esto con más profundidad. Me explicó que un agente ya habló con Annie anoche. Eso no es suficiente. La detective dijo que lo investigaría más; llamadme loca, pero no me fío de que lo haga.

La Detective Falls y Annie se conocen.

Roger cree que estoy obsesionada. Annie Meadows es una joven extraña, lo reconoce, pero no ve lo que yo veo. Él no tiene el mismo instinto que yo. El suyo lo lleva por un camino distinto.

Lo mismo que estoy yo con Annie Meadows, lo está él con ese ex convicto. Aunque es difícil rebatir su lógica. Un depredador infantil tiene

más sentido que una maestra de la guardería.

Mientras estoy sentada en el coche mirando fijamente el edificio, sé que me estoy pasando de la raya. He vuelto a mis recursos de investigador privado de siempre.

Annie Meadows tiene algo que ver con la desaparición de Gracie. Lo sé. Sencillamente no tengo ninguna prueba. No sé nada de esa joven. No sé dónde vive. Solo sé que tiene una sonrisa inquietante, que lleva vestidos con estampados infantiles ridículos todos los días y que está obsesionada con mi hija.

Aunque sí sé algo de su madre. Está enferma, agonizando en realidad. En un centro de cuidados paliativos, esperando exhalar su último aliento.

Solo hay un centro así en la ciudad. Llamé y pregunté si había una Srta. Meadows ingresada allí. Me confirmaron que sí, y rápidamente pregunté cuál era el horario de visitas y colgué. Por suerte, la recepcionista no me pidió el nombre de pila de la madre de Annie.

Desde esa llamada, llevo sentada en el coche aparcado cerca del hospital. Han pasado más de dos horas. Tengo hambre, sed y ganas de hacer pis. Nada de eso importa hasta que vea a esa mujer tan torpe pasar en bicicleta.

En cuanto la vea, la seguiré hasta su casa. Sabré dónde vive. Entonces podré hacer mi propia investigación.

Me suena el teléfono y lo cojo enseguida.

—¿Dígame? —digo, sin apartar la vista de la calle.

—Soy la Detective Falls.

—¿Ha vuelto a hablar con Annie? —pregunto.

—Sí —dice—. Incluso registré su casa. Gracie no está allí.

—¿Le dejó registrar su casa? —digo, desconcertada.

—Así es —dice la detective—. Sé que tiene sus reservas sobre la Srta. Meadows, pero espero que esto las disipe.

Me doy cuenta de que he dejado de respirar y tomo una gran bocanada de aire. —Bueno, eso no significa nada. Podría tenerla retenida en otro sitio.

Casi puedo oír suspirar a la detective al otro lado del teléfono. —De verdad que no creo que Annie Meadows tenga nada que ver con lo que ha pasado, Sarah.

—Claro que no —digo—. Es íntima amiga de su madre, ¿verdad?

—He hecho lo que me pediste —dice—. Lo he investigado más. Es un callejón sin salida. Creo que tenemos que centrarnos en otras cosas.

Una amplia sonrisa se me dibuja en la cara cuando diviso a una mujer en bicicleta que viene por la calle. Annie Meadows aparca la bici en un soporte a las puertas del edificio.

—Céntrese en esas cosas —le digo a la detective—. Yo haré mi propia investigación. —Corto la llamada antes de que pueda decir una palabra más.

Capítulo 30

Roger

—Sarah, llámame cuando escuches esto. —Cuelgo el móvil y lo lanzo al asiento del copiloto. ¿Dónde está? No ha contestado ninguna llamada ni mensaje mío en las últimas dos horas. Se suponía que teníamos que quedar en el parque frente a la guardería hace una hora. Los dos queríamos hacer nuestras cosas por separado hoy mientras buscábamos a Gracie.

Creo que en parte los dos necesitábamos nuestro espacio. Las tensiones están disparadas, igual que las emociones. Siento que estoy al borde de derrumbarme a llorar o de querer destrozar algo.

Ahora mismo me inclino más por lo segundo.

Sarah tenía que encontrarse conmigo en el parque y no aparece por ningún lado. ¿Cree que lo que está haciendo es más importante que lo que acordamos hacer juntos?

Tengo un montón de carteles de persona desaparecida que imprimí y íbamos a pegarlos por todo lo que pudiéramos en el barrio. Decidimos empezar por los alrededores de la guardería e ir avanzando hasta el callejón donde encontraron el lazo. Después, si nos daba tiempo, nos extenderíamos por la ciudad todo lo que pudiéramos.

Al principio era yo el escéptico. Esta no es tan grande. Probablemente la mayoría de la gente ya se ha enterado de la niña desaparecida. Sarah señaló que muchos puede que no sepan cómo es ella.

Incluso puse una recompensa en efectivo en el cartel. Diez mil dólares para quien aporte información que lleve a su regreso sano y salvo.

No tengo diez mil. Los padres de Sarah tampoco tienen ese dinero. Ya me ocuparé de ese problema si surge alguien. En parte, de todos modos, me preguntaría si cualquier reclamante estaría implicado.

A pesar de que esto no fue idea mía, accedí a crear e imprimir los carteles. Sarah, que lleva todo el día hablando sin parar de Annie Meadows, ahora no aparece por ningún lado.

Ella tiene su persona de interés y yo tengo la mía. El sospechoso más lógico. Jeremy Timmons. Un depredador infantil que va a por niñas pequeñas.

Empiezo a toser y me cuesta recobrar el aliento. Bajo la ventanilla del coche, temiendo que vaya a devolver el almuerzo. Respiro hondo y me siento mejor.

No puedo dejar de pensar en dónde estará Gracie y quién puede tenerla. Lo que podrían estarle haciendo.

Esto es una pesadilla.

Por suerte, tengo una idea clara de quién está detrás de todo. Estoy esperando una llamada que confirmará lo que necesito saber para averiguarlo por mí mismo.

Llevo horas dando vueltas por los barrios cercanos al callejón y a la guardería. De vez en cuando llamo a la detective Falls para pedirle novedades. Nunca tiene ninguna.

No hay esperanza.

Aprieto el volante y maldigo para mis adentros. —¿Dónde demonios está Sarah? —grito en voz alta. Empiezo a golpear el volante. Intento calmarme apoyando la cabeza en él. El coche pita, y un matrimonio mayor da un respingo mientras camina por la acera a mi lado. Les hago un gesto con la mano para disculparme.

Jeremy Timmons.

Nunca me he sentido tan seguro de algo en toda mi vida. Es una situación extraña. Quiero tener razón, pero rezo para estar equivocado. Si tuvo algo que ver con lo que le pasó a mi hija, puede que ella no esté viva.

Hice todo lo posible por averiguar todo lo que pude sobre Jeremy, pero no encontré nada en internet. La detective Falls me contó los cargos por los que fue a la cárcel. El solo pensar en las imágenes que tenía en su portátil me revolvió el estómago.

De alguna manera sé que eso no es todo. Probablemente hizo cosas peores que por las que fue a la cárcel.

Y aun así esta basura de persona puede «rehabilitarse» y caminar por las calles entre la gente. No debería estar cerca de ningún niño, jamás. Y sin embargo lo encontré cerca de un patio de recreo. Uno que estaba al otro lado de la calle de la guardería de mi hija.

Solo de pensarlo me estremezco.

La Detective Falls no quiso decirme dónde vivía, así que tomé la iniciativa de averiguarlo.

Como si el universo hubiera escuchado mi súplica, suena el teléfono y, cuando miro la pantalla, por primera vez en mucho tiempo se me dibuja una sonrisa auténtica en la cara.

—Hola —digo—. Soy Roger. —Me alegra enormemente que el investigador privado haya llamado por fin. —Dime que tienes una dirección.

—Lamento que haya tardado tanto, pero tuve que verificar algunas cosas para estar seguro. La casa no está a su nombre, pero tengo una dirección.

—Gracias a Dios —digo. Anoto la dirección y compruebo que es correcta antes de colgar. Puede que contratar a un investigador privado haya costado mucho dinero, pero valdrá cada céntimo si encuentro a mi niña.

Introduzco la dirección en el GPS del coche de inmediato. Estoy a pocos minutos. Llamo a Sarah otra vez, pero esta vez salta directamente al buzón de voz. —¡Sarah! Llámame en cuanto puedas. —Cuelgo mientras me voy acercando.

Pura adrenalina me recorre el cuerpo y sigo sin tener ni idea de lo que voy a hacer cuando llegue a casa del pervertido. Me imagino echando la puerta abajo, partiéndole la cara y registrando la casa.

¿Y si llama a la policía?

Eso daría igual. Lo único que tendría que hacer es encontrar a Gracie. Si encuentro a mi niña, bien, que venga la policía. Aunque si no está, tendré mucho que explicar.

Intento imaginar varias formas de manejar esto, pero todas acaban con la cara del pervertido destrozada a puñetazos.

Avanzo muy despacio mirando los números de las casas hasta que localizo la que me dieron. La vivienda de una sola planta está claramente abandonada.

Una ventana delantera está tapiada con tablones. Hay un agujero grande en uno de los escalones de madera que llevan al porche. El tejado tiene tejas rotas. Los paneles de vinilo exteriores de color amarillo apagado están manchados de múltiples colores. Sería el sueño de cualquier limpiador a presión. La propia casa tiene pinta de pertenecer a un depredador infantil.

Después de todas las formas en que imaginé que esto ocurriría, nunca pensé que optaría por la más sencilla.

Llamo a la puerta y espero con impaciencia a que alguien abra.

Solo espero unos instantes antes de llamar más fuerte. Nadie viene. Aprieto el puño.

Increíble.

Después de todo esto, el pervertido no está en casa.

Miro alrededor del barrio y no veo a nadie cerca. Agarro el pomo de la puerta e intento abrirla.

Cerrada con llave. Por supuesto. ¿Qué esperaba?

Me acerco a la ventana delantera y echo un vistazo al interior. Las persianas están bajadas, pero puedo ver la luz de una lámpara. Al lado hay una butaca reclinable y una cerveza en la mesita.

Respiro hondo. Gracie podría estar dentro de esta casa ahora mismo.

O podría estar con Jeremy en algún otro lugar. Intento no dejar que esos pensamientos me afecten. En cambio, me concentro de nuevo en entrar.

Podría estar en una de estas habitaciones, muerta de miedo. Si no está aquí, podría haber alguna prueba de su implicación en algún lugar.

Intento abrir la ventana delantera, pero también está cerrada con llave. Miro calle desierta arriba y abajo antes de rodear la casa comprobando las ventanas. Todo está bien cerrado.

Cuando llego al jardín trasero me horroriza el estado del césped. Parece que no lo han cortado en meses. El jardín entero es un desastre. Un montón de piedras y madera está apilado contra un lado de la decrépita valla que rodea la propiedad.

Me acerco a la puerta trasera e intento de nuevo entrar, pero está cerrada. Miro por una pequeña ventana de la puerta, pero no veo movimiento alguno.

Está claro que Jeremy no está en casa.

Eso solo me anima más a forzar la entrada.

Uso el codo para golpear el cristal de la ventana. Oigo un pequeño crujido al hacerlo y siento un pinchazo de dolor. Me miro el brazo y veo un

corte.

Me doy cuenta de que lo estoy haciendo fatal, pero me perdono rápidamente, ya que no soy de los que entran por la fuerza en las casas de la gente. Me acerco al montón de piedras. Esta vez rompo el cristal sin más daños. Uso la piedra y la arrastro por los bordes de la ventana antes de meter el brazo e intentar abrir la puerta por dentro.

Al cabo de unos momentos me siento vulnerable. Bastaría con que un vecino sensato se preguntara qué está pasando en la casa de al lado y llamara a la policía. Mis preocupaciones se disipan cuando noto el cierre y abro la puerta. Entro rápidamente en la casa y respiro hondo.

Parte de mí quiere gritar el nombre de mi hija. En cambio, empiezo a mirar alrededor. Hay platos sucios apilados en el fregadero y en la encimera a su lado. Ollas y sartenes usadas encima del fogón. Cajas de pizza amontonadas sobre un pequeño cubo de reciclaje. Entonces es cuando huelo el aroma combinado del estilo de vida de un soltero empedernido.

Me siento sucio solo de estar aquí dentro.

Empiezo a registrar la cocina, revisando armarios y cajones. Aparto las cajas de pizza del cubo y miro dentro, y luego en la basura. Después paso al salón, pero tampoco encuentro nada. No hay piso de arriba y solo hay dos dormitorios. Tampoco parece haber sótano.

Miro en una de las habitaciones. Las paredes están empapeladas con pósteres de personajes de dibujos animados asiáticos de aspecto juvenil. La ropa está apilada en un rincón. Al otro lado hay un ordenador y un escritorio. Hay un olor a orines.

Sé de inmediato que este es el cuarto de Jeremy. De nuevo, el estómago se me revuelve y me entran ganas de destrozar su casa. Me calmo e intento registrar los cajones de la cómoda y el armario. No encuentro nada, y afortunadamente tampoco nada de lo que sospechaba que podría haber en casa de un depredador infantil.

Estoy a punto de abrir la puerta del siguiente dormitorio cuando oigo una voz apagada desde dentro.

—¿Jeremy? —grita una voz débil.

Me detengo antes de entrar.

—¿Eres tú, hijo? —pregunta el anciano. Doy unos pasos atrás, intentando hacer el menor ruido posible.

—¿Quién hay ahí? —pregunta la voz débil.

Me tapo la boca e intento contener la respiración.

Una voz interior me dice que abra la puerta. Esta persona puede ser el padre de Jeremy, pero mi hija podría estar dentro. ¿Los pervertidos actúan en grupo?

Respiro hondo y me tapo la cara con el jersey lo mejor que puedo. Cuando entro en la habitación, un anciano está tumbado en una cama pequeña. Su rostro arrugado refleja miedo al verme. Hay un bastón apoyado contra la cama.

Recorro la habitación rápidamente con la mirada y no veo ningún indicio de que haya habido una niña pequeña allí. Localizo el armario y me acerco.

—¡No me haga daño! —suplica el anciano— ¡Por favor!

Le ignoro y abro la puerta del armario. Nada.

—Por favor —dice el anciano, con los ojos llorosos.

Le miro con frialdad. —¿Dónde está la niña?

—¿Qué? —dice, confundido. Se lleva una mano al centro del pecho. —Por favor, déjeme en paz. Llévese lo que quiera. No tenemos gran cosa.

—¿Dónde está la niña pequeña que te llevaste?

El hombre parece asustado y confundido, y vuelve a ponerse a toser. Se hace un ovillo en la cama y parece que le duele algo.

—¿Qué? —pregunto, desconcertado yo también—. No está teniendo un infarto. Dios mío. —Me recuerdo a mí mismo por qué estoy aquí y me concentro de nuevo—. ¿Dónde está la niña que se llevó Jeremy?

El anciano sigue tosiendo y gimiendo de dolor. Empiezo a darme cuenta del error que he cometido.

Capítulo 31

Annie

Después de que Detective Falls se marche de mi casa, decido llevar a cabo lo que dije que iba a hacer.

Tengo que visitar a mi madre.

Ahora no es el momento de hacer algo que pueda malinterpretarse. Si no salgo de casa y la Detective Falls sigue fuera en su coche, podría sospechar algo.

Eso si es que no sospecha ya algo.

Se fijó en el montón de dibujos que Gracie me hizo. Todos eran iguales. Círculos espantosos y monigotes aún peores con pies pero sin manos.

Yo misma le había señalado a Cassie las obras de arte de Gracie en la guardería.

Podría haberlo atado fácilmente.

Recuerdo que Gracie duerme mucho la siesta. En la guardería siempre era la última en despertar, y era porque teníamos que obligarla. Podría haber seguido durmiendo perfectamente.

Ahora que sé cómo son las cosas en casa de los Bradshaw, entiendo por qué está cansada. La pobre niña no duerme nada. Probablemente vive con miedo a todas horas.

Bajo los escalones del porche y cojo mi bicicleta. Mientras lo hago, miro alrededor del barrio, pero por suerte no veo a la Detective Falls.

Llevo la bicicleta hasta la acera y me dirijo rápidamente hacia la unidad de cuidados paliativos Rosewood. Normalmente tardo quince minutos en

llegar.

Iré a ver a Madre y volveré enseguida. Una visita rápida.

Parte de mí quiere verla hoy. No solo porque le queda poco tiempo en este mundo, sino porque tras mi tiempo con Gracie, entiendo mejor a mi madre.

Entiendo por qué hizo las cosas que hizo.

Por fin entendí las normas que se imponía en su conducta.

Una de ellas, que yo me negaba a seguir, era que ella no se llevaba solo al niño, sino a toda la familia. Madre, padre e hijo o hijos.

Por lo general, dejaba que la madre se quedase con su hijo, a menos que sospechase que la madre también maltrataba al niño.

El padre se quedaba en la otra habitación.

Es mucho más pequeña que la habitación en la que está Gracie. Sin cama. Suelo de hormigón frío. Sin ningún cielo pintado en la pared con un sol sonriente.

Madre solía dejarlos sentados en la oscuridad, controlando la única luz desde fuera de la habitación.

El maltratador solo veía oscuridad, donde se quedaba a pensar en lo que había hecho.

Madre ya conocía las cosas terribles que habían hecho. Leía los informes cuando trabajaba en la comisaría. Veía a los padres que se salían con la suya en los casos de maltrato. Leía sobre las lesiones que sufrían los niños, muchos de los cuales cargaban con secuelas mucho más allá de la recuperación física que necesitaban.

Fue entonces cuando mi madre ya no pudo quedarse de brazos cruzados. Había que hacer algo. Y ella era quien debía hacerlo.

Al fin y al cabo, ella sabía muy bien lo que era crecer en un hogar así siendo niña. Nunca quiso que yo sufriera eso.

Hizo lo que tenía que hacer.

Madre solo escogía familias en las que podía confirmar que se producían malos tratos a través de los informes policiales.

Regla número uno. No perseguir a nadie que pueda relacionarse contigo. Madre rompió esa regla una vez y entendió por qué no debía volver a hacerlo. Era demasiado arriesgado.

Regla número dos. Solo elegir niños para salvarlos cuando confirmas que necesitan ser salvados. Para ella era fácil con su trabajo.

En mi oficio, a veces lo sospechaba. Fue solo cuando Gracie me dio su dibujo de su padre cuando supe que había que hacer algo.

Regla número tres. Solo niños pequeños. Así era mejor.

Regla número cuatro. Conoce tus propios límites. Soy una mujer menuda y mi madre no era mucho más fuerte. Un hombre podría dominarla fácilmente. Una vez que el padre está encerrado en la habitación pequeña y oscura, nunca abras la puerta, jamás.

Podrían hacerte daño y escapar fácilmente.

Abre solo la ranura del fondo de la puerta para darles comida. Nunca les hables, jamás.

Los maltratadores saben engatusar. Pueden abrirse camino hasta tu corazón solo para destruirlo. Una vez que te tienen en su poder, harán contigo lo que quieran. Eso puede pasarte si les prestas atención.

Cada vez que mi madre dudaba de lo que estaba haciendo, miraba los informes de lo que aquellos hombres, en su mayoría, habían hecho.

Madre también disfrutaba recordándoles a los hombres encerrados en la habitación por qué estaban allí. De vez en cuando, encendía la luz en la habitación, abría la ranura del fondo y les metía los informes policiales por debajo. Los hombres tenían tiempo suficiente para leer lo que habían hecho.

Para recordarse a sí mismos por qué merecían estar donde estaban. Ella apagaba las luces enseguida después.

Nunca les abría la puerta. Una vez dentro, allí se quedaban.

La única vez que abres la puerta es después de que hayan muerto de inanición y sea el momento de deshacerse de sus cuerpos.

Regla número cinco. Quebrar a la otra progenitora.

Cuando una madre vive en un hogar con malos tratos, en algún momento pierde el sentido de lo que está bien y mal y lo sustituye por lo que quiere el maltratador. Vive en su mundo, donde los malos tratos que recibe son normales.

No lo son. Nunca lo son. Necesitan reaprender esto.

Regla seis. Una vez que lo entienden, pueden ser libres.

Siempre me asombró que Madre nunca fuera pillada una vez que la madre y el hijo podían marcharse. Lo único que tenían que hacer era denunciarla.

Nunca lo hicieron.

A la madre y a la hija las vendaban cuando se iban. Madre las llevaba en coche a otro lugar y las dejaba sanas y salvas.

Los niños solían ser demasiado pequeños para entender lo que había pasado, que era justo lo que Madre quería, y por eso solo escogía niños pequeños.

Las madres sí lo recordaban, en cambio. Siempre me pregunté por qué no se lo contaban a la policía. Algunas mujeres, una vez libres, incluso le daban las gracias a mi madre por lo que había hecho.

Podían volver a ser ellas mismas.

Personas.

No objetos que eran poseídos y atormentados y controlados fácilmente por sus maltratadores.

No solo se salvaba a los niños, sino también a ellas.

Cuando me hice mayor, Madre empezó a contarme detalles, leyéndome los informes policiales de lo que el padre le había hecho no solo a la mujer, sino también al niño.

Aun así, me parecía que matar era demasiado.

Con el último hombre al que Madre dejó morir de inanición en La habitación, me dejó ayudarla a deshacerse del cuerpo. Mi reacción ante lo que estábamos haciendo fue suficiente para que ella se detuviera. Nunca quiso volver a hacerme pasar por eso.

Por muchos niños y madres que pudiera salvar si continuaba, no valía la pena hacerle pasar más cosas a su hija.

Yo sospechaba que ella también quería parar. Especialmente después de que encontraran el cuerpo de uno de los hombres que murió en nuestro sótano.

Era solo cuestión de tiempo que nos descubrieran. Era solo cuestión de tiempo que la policía llamara a nuestra puerta.

Ya me había pasado dos veces en dos días.

Era porque yo no había seguido las normas.

Creía que podría salirme con la mía sin matar. No quería tener a Sarah ni a Roger en mi sótano. Solo quería salvar a Gracie.

Llego al edificio médico y aparco la bicicleta en el soporte de fuera de la entrada. Me dirijo rápidamente a la habitación de Madre.

Dentro, su enfermera, Melanie, le está tomando la tensión. Madre tiene mucho peor aspecto que antes. Cuando Melanie termina, anota unos números en su bloc.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

La enfermera me lanza una mirada de preocupación. —Podría irse esta noche. Lo siento mucho.

Le hago un gesto con la cabeza antes de que salga de la habitación. Miro lo que queda de mi madre en la cama y contengo las lágrimas. Me arrodillo en el suelo a su lado y le cojo la mano con suavidad. Tiene la piel fría. Siento una lágrima que me resbala por la mejilla. Le beso la frente y me sorprende lo mucho más fría que está su cabeza comparada con su mano.

—Madre —le digo en voz baja—. Espero que puedas oírme. Necesito que sepas que ahora lo entiendo. —La miro fijamente a la cara. No se mueve. Probablemente no puede oír nada de lo que le digo. Aunque espero que sí pueda. —Lo siento, Madre. Estuve equivocada. Te odié durante mucho tiempo por matarlos. Pensaba que estaba mal. —Exhalo profundamente. —Pensé que podía hacer esto sin hacerle daño a nadie. Debería haber seguido tus normas desde el principio. Estaba equivocada… Tenías razón.

Su mano se mueve entre la mía y sonrío. —Puedes oírme, ¿verdad? —Respiro hondo. —Estarías orgullosa de mí. He salvado a una niña. Te encantaría. Se llama Gracie. Tiene cuatro años. —Espero con impaciencia a que abra los ojos y me hable, pero no lo hace. —No puedo quedarme. Lo siento. Si pudieras hablar conmigo, sé que lo entenderías. No debería haber dejado a Gracie, pero tenía que verte. —Le beso la mano. —Te quiero, Madre. Adiós.

Me levanto y salgo de su habitación manteniendo la compostura y reprimiendo el impulso de mirar atrás hacia ella. Si lo hago, me quedaré mucho más tiempo del que debo. Gracie me necesita. Cuando salgo del edificio, vuelvo a coger la bicicleta y pedaleo más rápido de regreso a casa.

Me preocupa que Gracie pueda haberse despertado. Si es así, estará asustada en el sótano ella sola. Pedaleo más rápido. Solo estoy a unas pocas manzanas de mi casa, pero tengo que parar en un cruce.

Mientras espero con impaciencia, veo a un hombre con un jersey gris al otro lado. Lo miro fijamente y me doy cuenta de que he visto su cara antes.

He visto la foto de este hombre muchas veces. El hombre de la nariz torcida en el tablón de anuncios.

Era uno de los hombres malos que también hacía daño a niños.

Aprieto los dientes hasta sentir dolor en la mandíbula.

El semáforo se pone en verde y el hombre empieza a cruzar la calle hacia mí. Lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente.

Cómo me gustaría tenerlo en mi sótano. No desearía nada más que meterlo en la habitación pequeña y oscura y echar el cerrojo. Sería un placer deshacerme de su cuerpo.

Al pasar a mi lado, me lanza una mirada fría. —¿Qué? —dice con tono brusco. Me pongo de pie, con la bicicleta entre las piernas, e imagino embestiéndolo con ella. Pero él sigue caminando y se aleja.

Giro la cabeza para verlo marcharse. Cuando lo hago, me fijo en otra cosa. En un coche justo detrás de mí hay alguien más a quien reconozco. Una mujer que conozco bien.

Capítulo 32

Sarah

Apenas puedo contenerme mientras continúo siguiendo a Annie Meadows en su bicicleta. Conozco bien estas calles ahora que las he estado recorriendo sin rumbo en busca de cualquier señal de Gracie. Sé que el callejón donde encontré el lazo del pelo está cerca.

Lo que significa que la casa de Annie Meadows está cerca.

Cuando se detiene en un cruce, aparco rápidamente a un lado de la carretera. Por un momento me preocupa que me haya visto. Ya no se mueve.

¿Cuándo me ha visto? El móvil me vibra en el asiento del copiloto. Le echo un vistazo rápido y veo que es Roger. Antes de que pueda contestar, Annie reanuda el pedaleo y cruza la calle. Ignoro la llamada de mi marido para seguir siguiéndola.

Después de lo que parece una eternidad, Annie empieza a aminorar la marcha y se detiene del todo frente a una casa. Sube la bicicleta por unos escalones y la deja en el porche. Saca las llaves y abre la puerta. La observo mientras la joven entra en la casa y cierra la puerta tras de sí.

Casi tiemblo de adrenalina. ¿Y ahora qué?

La Detective Falls me dijo que registró la casa de Annie; ¿qué más puedo descubrir yo? No soy ningún detective. Solo soy una madre. Pienso en llamar a Roger, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Antes de coger el móvil, Annie vuelve a salir de su casa y agarra la bicicleta a toda prisa. Casi baja corriendo los escalones con ella y vuelve a

montarse, pedaleando furiosamente calle abajo.

¿Adónde va ahora?

Con las prisas, me doy cuenta de que ha dejado la puerta entreabierta. No la ha cerrado con llave.

Miro por el retrovisor y veo a Annie pedaleando calle abajo, su figura haciéndose cada vez más pequeña.

Dirijo la mirada hacia la puerta principal y siento de inmediato el impulso de entrar.

Este es el momento perfecto para hacerlo. Annie se ha ido. Está sin llave.

Claro que la Detective Falls registró la casa, pero podría haberse dejado algo. Los agentes de policía dijeron que habían registrado los callejones, y sin embargo fui yo quien encontró el lazo del pelo de Gracie.

La detective además tiene debilidad por Annie. Eso está claro. Puede que haya permitido que su relación con la madre de Annie comprometiera su criterio.

Salgo rápidamente del coche y echo un vistazo al vecindario. Es de día y todavía en horario laboral. La calle está prácticamente desierta, salvo por una pareja de ancianos que la recorre a pie.

Subo los escalones hasta la puerta de entrada de Annie y entro en la casa con cierta reticencia.

Oteo el salón. Hay una taza con una bolsita de té en la mesita auxiliar junto a un libro. En la pared cuelga un gran retrato de Annie. Aparenta tener más o menos la misma edad que ahora. Tiene las manos apoyadas en el respaldo de un sillón grande donde está sentada una mujer mayor. Ambas sonríen.

Su madre. La que está enferma.

Annie acaba de volver del centro de cuidados paliativos. Quizás su madre no está bien y ha tenido que volver.

De repente me invade la culpa por estar en esta casa. Mientras una hija corre a estar junto a su madre moribunda, yo hurgo por su hogar.

Oigo un crujido en otra habitación. Me giro y me doy cuenta de que viene de la cocina.

—¿Hola? —oigo una voz tenue. La voz suena cansada, pero la reconozco de inmediato.

—¿Gracie? —llamo. —¡Gracie!

Corro hacia la cocina y sobre la mesa hay un vigilabebés. El aparato se ilumina en rojo y vuelvo a oír su voz. —¿Hola? —llama. —¿Señora

Meadows?

—¡Gracie! —grito. —¿Dónde estás? —Subo corriendo las escaleras y reviso los dos dormitorios, pero no encuentro nada. Bajo corriendo y vuelvo a oír la dulce voz de mi ángel desde el vigilabebés de la cocina.

—¿Me oyes? —llama Gracie.

Claro que te oigo. Gracias a Dios, te oigo. Vuelvo a la cocina y veo otra puerta. La abro y veo que da al sótano. Bajo las escaleras corriendo, casi tropezando con mis propios pies. Al llegar al pie de la escalera, veo una gran estantería y, junto a ella, una abertura.

Me adentro en ese espacio y veo dos puertas. Una está cerrada con llave desde fuera. La otra está abierta y dentro hay una luz encendida.

—¡Gracie! —grito. Entro en la habitación. Es pequeña, y dentro hay un dibujo en el suelo. Reconozco al instante quién es la artista.

Dos figuras de palitos de color rosa están de pie sobre varios círculos. Entro y lo recojo, con las lágrimas rodándome por la cara.

La otra habitación. Gracie está ahí. Estoy a punto de llamar a la policía, pero me doy cuenta de que con las prisas he dejado el móvil en el coche.

Eso da igual. Tengo que salvar a mi hija de las atrocidades que Annie le ha hecho pasar.

Estoy a punto de salir corriendo de la habitación cuando encuentro algo que me bloquea la salida.

Annie Meadows, con su espeluznante sonrisa, me mira fijamente. En la mano tiene un gran cuchillo de cocina que golpetea contra su vestido blanco bordado con mariquitas.

—No puedes irte —dice con frialdad mientras da un portazo. Intento abrirla, pero está cerrada con llave.

—¡Annie! —grito. —¡Abre esta puerta! ¡Gracie! ¡Mamá está aquí!

De repente, la luz que tengo encima se apaga.

Capítulo 33

Roger

Pego un cartel en un poste de madera. Me detengo un momento a contemplar la hermosa cara de mi pequeña antes de seguir con el siguiente.

Tengo que dejar de hacer eso. De vez en cuando me pillo a mí mismo. Va a ser un día muy largo si me echo a llorar ante cada cartel de persona desaparecida que cuelgo.

Sarah debería estar aquí ayudándome; no es justo que me haga hacerlo solo. La he llamado varias veces más, pero sigue saltando directamente al buzón de voz.

Eso normalmente me tendría preocupado, pero ahora mismo no. La última vez que estuvo sola, encontró el lazo del pelo.

Esta vez, con un poco de suerte, encontrará otra cosa.

Lo único que sé es que estoy dudando de Jeremy Timmons.

Mientras sigo recorriendo el barrio y reflexiono sobre lo que he hecho hoy, es difícil no pensar en el anciano, el padre de Jeremy.

Parecía demasiado frágil para valerse por sí mismo y probablemente depende de Jeremy por completo para todo.

Qué vida tan terrible tener que depender de una persona así para sobrevivir.

Aun así, la expresión de miedo que tenía cuando entré en su habitación me persigue. La cara que puso cuando le hablé. Pensé que iba a morir de un ataque al corazón delante de mí.

No encontré nada que confirmara que Jeremy tiene a Gracie. Eso no significa que no lo hiciera. Solo significa que no se la llevó a su casa. Quizás no lo haría por miedo a lo que pensaría su padre.

No lo sé.

Ya no sé nada. Solo quiero que Gracie vuelva.

Saco el móvil e intento llamar a Sarah otra vez. Me quedan varios cientos de carteles y que me parta un rayo si los pongo todos yo solo.

Buzón de voz otra vez, que además está lleno. Seguramente todos los mensajes son míos, quejándome de que no está aquí.

Llamo a su madre, y por suerte descuelga. Por desgracia, ella tampoco tiene ni idea de dónde está su hija.

No sé dónde está mi mujer, pero al menos ya me podría haber mandado un mensaje. Probablemente anda por ahí registrando callejones o haciendo lo que sea que esté haciendo y ni se ha dado cuenta de que se le ha agotado la batería del móvil.

El móvil me vibra en la mano y, por un momento, tengo la esperanza de que sea Sarah. Lo cojo de inmediato.

—Hola —digo.

—Soy la Detective Falls.

—¿Hay alguna novedad? —pregunto de inmediato. Cada vez que esa mujer llama, el corazón se me para y me preparo para recibir malas noticias.

—Sobre Gracie, no.

Agacho la cabeza y respiro hondo. —¿Ha tenido noticias de Sarah? Lleva un buen rato sin devolverme las llamadas.

—No la he visto desde esta mañana en la guardería —dice. Hay algo en su tono que no me gusta. Normalmente tiene una voz más suave cuando habla. Tiene la habilidad de calmarme incluso cuando lo que me apetece es explotar cada dos por tres.

—Bueno, si la llama, ¿puede decirle que me llame? —le pido. Pienso en Annie Meadows. —Su móvil salta directamente al buzón de voz. No me ha dicho ni a mí ni a su madre dónde está. Supongo que estoy empezando a preocuparme.

—¿Dónde cree usted que está? —pregunta la detective, recuperando por fin su tono habitual.

Respiro hondo. —Ha estado obsesionada con Annie Meadows desde esta mañana. O sea, usted la escuchó hoy en la guardería.

—La llamé hace unas horas para informarle de que yo misma registré la casa de Annie Meadows. Ella me dejó entrar voluntariamente a mirar.

Asiento. —Bien, supongo. Aun así, sigo preocupado.

—¿Dónde está usted ahora mismo? —pregunta, con un tono más frío.

—Por los alrededores de la guardería. Poniendo carteles. Ya le dije que haríamos eso hoy. Ese es otro motivo por el que estoy preocupado. Se suponía que Sarah iba a ayudarme con esto.

—Eso está bien —dice—, pero lo que no está bien es que lleve a cabo por su cuenta una investigación tan agresiva.

Me quedo sin respiración un momento. Si me dijera esto en persona, no habría forma de ocultar la culpa en mi cara.

—Ha habido un allanamiento en casa de Jeremy Timmons. Su padre lo denunció a la policía.

—Vaya —digo. Me doy cuenta de que tengo que hablar lo menos posible, si es que tengo que hablar.

—Me parece más interesante que el intruso no se llevara nada y amenazara al anciano para que le dijera dónde estaba la niña.

—Ya veo.

—El hombre es mayor y no se encontraba en buen estado cuando llegó la policía.

Vuelvo a agachar la cabeza. —¿Está bien?

—Tuvieron que llevarlo a urgencias y de momento no tengo más información sobre su estado. Por desgracia, no fue capaz de dar una descripción del intruso. Al menos, no en el estado en que se encontraba cuando lo hallaron.

Noto que el pulso se me acelera y el corazón me late más deprisa. —Es terrible.

La detective suelta un suspiro audible. —Nada de investigaciones por su cuenta. No de esa manera, señor Bradshaw.

Siento una oleada de rabia. —¡Necesito encontrar a Gracie! ¡Alguien tiene que hacer algo!

—Está empeorando las cosas —dice con frialdad—. Si el anciano nos da una descripción, no será difícil atar cabos. Este es el único aviso que va a recibir.

—No, este es mi aviso. ¡Encuentre. A. Mi. Hija!

Capítulo 34

Sarah

—¡Gracie! —Aporreo la puerta y las paredes sin dejar de gritar el nombre de mi hija.

La habitación está oscura y en silencio, salvo por mis gritos y súplicas para que Annie abra la puerta. No sé cuánto tiempo llevo aquí dentro.

Entre grito y grito me deshago en llanto. Cuando el miedo me devora, me recuerdo a mí misma que encontré a Gracie. Está aquí. La otra habitación que estaba cerrada con llave. Tiene que estar ahí dentro. No parecía asustada cuando oí su voz.

He visto a mi hija asustada antes. ¿Cuántas noches me he quedado dormida con ella después de una pesadilla? ¿Cuántos llantos he consolado?

Está viva y está en una habitación justo al lado de la mía.

Solo que no puedo hablar con ella.

—¡Gracie! ¡Gracie! ¡Gracie!

Sigo gritando como si alguno de mis intentos anteriores hubiera servido de algo.

—Por favor, Annie, déjame salir. Déjame ver a mi hija. —Camino de un lado a otro por la pequeña habitación con las manos extendidas, intentando no chocar con las paredes.

¿Qué tiene pensado hacerme esa mujer?

No está completamente oscuro. La única luz es el filo de la ranura en la parte inferior de la puerta. Intenté abrirla y pedir ayuda a gritos, pero también está cerrada desde fuera.

—¡Annie! —grito—. ¡Abre esta puerta! No le diré a nadie lo que has hecho. Deja que Gracie y yo nos marchemos y no diré ni una palabra.

Como nadie responde, vuelvo a romper en llanto. —¡Abre la puerta!

De repente, la bombilla que tengo encima vuelve a encenderse. Cierro los ojos, incapaz de ver con claridad.

La ranura en la parte inferior de la puerta se abre y oigo su voz. —Las llaves —dice con frialdad.

—¿Qué?

—Pasa las llaves por la ranura. —Como no respondo, eleva la voz.

—Déjame salir —digo.

—¡Las llaves ahora! Si no lo haces, pasarán cosas malas.

Rebusco rápidamente en mis vaqueros y tiro las llaves por la ranura. —Bien. Por favor, no hagas nada. ¿Puedo ver a Gracie?

—Se supone que no debo hablar contigo —dice Annie.

Me arrodillo y miro al exterior de la habitación. Veo las piernas de Annie y la parte inferior de su vestido, y mis llaves en el suelo.

—Annie, por favor —le suplico—. Déjame verla. Déjame ver a Gracie. Solo necesito ver a mi hija.

—Se supone que no debo hablar contigo —repite—. Son las normas. Yo no las he hecho. Así que no te hablaré más.

—¡Annie! Déjame—

Un papel vuela por la ranura. Lo recojo y veo que es uno que hizo Gracie.

Una figura de palitos oscura grita en lo alto de una escalera. En la parte de abajo hay dos figuras de palitos rosas con caras tristes.

—No te la mereces —dice Annie antes de cerrar la ranura.

—¡Espera! ¡Annie! —Miro hacia la bombilla, pero esta vez sigue encendida. Intento calmarme y me reconforta que al cabo de unos minutos la luz siga encendida.

Estar tanto tiempo en la oscuridad ha sido algo más que aterrador. Es insoportable.

Miro el dibujo que hizo Gracie. Comprendo al instante lo que representa.

Creía que no lo sabía. Creía que estaba en su habitación cuando ocurrió.

La noche que me caí por las escaleras. Me rompí el brazo. Tardé meses en curarme. Sé que afectó negativamente a Gracie, pero no creía que ella supiera lo que había pasado. Incluso puso tiritas en sus Barbies donde a mí se me dislocó el hombro.

No creía que supiera lo que había pasado. Fue la noche en que Roger perdió algo más que los nervios.

Fue la primera vez que sentí terror ante el hombre con quien me había casado.

De repente, la luz que tengo encima se apaga de nuevo.

Capítulo 35

Roger

Estoy sentado en el coche bebiendo café y mirando fijamente la casa. Tengo la radio puesta, pero me cuesta relajarme.

No sé si Jeremy Timmons está en casa esta vez. Tampoco sé si su padre ha vuelto del hospital.

Sé que Gracie no está allí, pero Jeremy podría tenerla en otro lugar. Cuando lo localice, lo seguiré adonde vaya.

A medida que pasa el tiempo, me doy cuenta de que quizá debería aparcar un poco más lejos del edificio. No sería difícil verme.

Aunque, pensándolo bien, Jeremy no sabe qué aspecto tengo.

Su padre, en cambio, sí. Lo último que quiero es provocarle al hombre otro infarto.

No quiero hacerle daño a nadie.

Solo quiero que Gracie vuelva.

Antes de arrancar el coche, un vehículo se detiene a mi lado y me bloquea la vista de la casa de Jeremy. Reconozco al instante a la conductora.

La Detective Falls baja su ventanilla, y yo hago lo mismo a regañadientes. —Señor Bradshaw, ¿qué está haciendo aquí?

—Solo dando una vuelta por el barrio —miento—. Ya sabe, buscando a mi hija.

—Busque en otro sitio —dice con frialdad—. Si tengo que poner un retén en esta casa para que no haya más problemas, lo haré.

Me río. —Ridículo. La policía protegiendo a depredadores infantiles ahora.

—Váyase a otro sitio —repite—. No voy a pedírselo otra vez. Voy a hablar con mis agentes de la zona. Si le ven por aquí de nuevo, le detendrán.

—Ridículo —repito.

—El padre va a vivir, por cierto —dice la detective antes de subir la ventanilla.

Respiro hondo. Gracias a Dios.

La Detective Falls me mira fijamente sin mover el vehículo. Finalmente caigo en la cuenta de que no se irá hasta que yo lo haga. Arranco el motor y comienzo a alejarme. Miro por el retrovisor y veo que la detective sigue sin moverse; estoy seguro de que también me está observando ahora mismo.

Conduzco hasta casa y, al entrar, la madre de Sarah está barriendo en la cocina. Su padre está sentado en su silla de ruedas delante del televisor del salón, viendo deporte.

—Gracias de nuevo —le digo a mi suegra.

—¿Hay algo nuevo?

Niego con la cabeza. Noto que se me forma una lágrima en el ojo y aparto la vista rápidamente. —Deberíais iros a casa ya por esta noche.

Ella recoge sus cosas y vuelve a buscar a su marido. Cuando empieza a empujarlo hacia la salida, la llamo. —¿Has sabido algo de Sarah?

Esta vez es ella quien niega con la cabeza. Le agradezco de nuevo que haya estado en mi casa todo el día y me recuerda que si necesito cualquier cosa, que se lo diga.

Después de que se marchen, me siento a la mesa de la cocina e intento recobrar la compostura. Han pasado casi veinticuatro horas desde que Gracie desapareció. Todo lo que hemos encontrado es su lazo del pelo.

Desde entonces, las cosas solo han ido a peor. Cuando un niño está desaparecido, la falta de noticias es una mala noticia. Empiezo a llorar y agacho la cabeza.

Golpeo la mesa de la cocina.

Lo que le hice a ese anciano estuvo mal. ¿Y si hubiera muerto? La rabia me está dominando y, aun así, me siento impotente.

Llamo a Sarah otra vez.

No me sorprende obtener el mismo resultado que antes.

Mi hija sigue desaparecida y ahora tampoco sé dónde está mi mujer.

Capítulo 36

Annie

Abro la puerta de la habitación de Gracie. Se me cae el alma a los pies cuando la encuentro en un rincón, hecha un ovillo, llorando.

—Gracie —digo en voz baja—. ¿Qué te pasa? —No contesta, y me aseguro de cerrar la puerta tras de mí.

—Tenía miedo —dice entre sollozos—. Te pedí que vinieras. No viniste. Me dijiste que vendrías.

—Cielo —digo—, lo siento muchísimo. No te oí. ¿Llevas un rato despierta desde la siesta? ¿Qué tal si te preparo algo rico para merendar?

Sigue llorando. Me arrodillo a su lado y la rodeo con el brazo. —Está bien, cielo. No te preocupes. Ya no tienes que tener miedo.

—Quiero a Mamá —dice.

¿Cómo puede querer a su mamá? Después de lo que me contó, no debería querer volver jamás a su casa.

Pienso en mi propia madre. Ella nunca dejaba que un niño pasara demasiado tiempo sin que la madre estuviera en la habitación con él.

Yo creía que Sarah era lo último que Gracie necesitaba.

Una mujer que permitió que su hija estuviera en peligro por culpa de su marido. Una niña maltratada psicológicamente. Con objetos lanzados contra ella. La pobrecilla estaba traumatizada. Y eso sin mencionar lo que el marido le hizo a Sarah.

Tendría que estar en esa habitación pequeña junto a su mujer. No desearía nada más.

Ahora mismo tengo algo más importante de lo que ocuparme: una niña que llora.

—Quiero a mi mamá —repite.

—Bueno, tu madre todavía está fuera y vamos a alargar un poco nuestra fiesta de pijamas, ¿de acuerdo? ¡Mira! —digo. Saco mi pulgar con hiperlaxitud y lo doblo cómicamente fuera de su sitio. Pongo la mano detrás de la espalda, lo coloco en su lugar de nuevo y se lo enseño. —¡Magia!

Mi entretenimiento habitual no surte el mismo efecto ahora. Gracie sigue llorando.

—¿Puedes llamar a mi mamá? Quiero hablar con ella.

Respiro hondo. —Intentaré llamarla, y si contesta, te traeré el teléfono para que hables con ella. —Mi mentira parece calmar a Gracie y deja de sollozar un momento. —Y nunca más te voy a dejar así. Me quedaré más en la habitación y no me iré. Cuando lo haga, será para traerte la comida, ¿de acuerdo? ¿Tienes hambre?

Asiente con la cabeza. —Sí.

—Pues déjame ver qué puedo prepararnos. Pero, ay, ¿cómo voy a cocinar sin mi pulgar? —Doblo mi pulgar con hiperlaxitud hacia fuera y lo encajo a un lado. Gracie se ríe. Sus carcajadas me llenan el corazón de alegría. —¿Cómo voy a hacer la comida sin pulgar? ¿Qué hago ahora?

—Aún tienes ese —dice, señalando mi pulgar izquierdo.

—¡Sí! ¡Claro! —digo con gran entusiasmo—. Todavía tengo este pulgar… Ay, no. —Lo coloco en una posición extraña—. Esto va a ser difícil ahora. ¡Ahora no tengo ningún pulgar! —Gracie se ríe a carcajadas y yo me uno a ella. Pongo las manos detrás de la espalda y coloco ambos pulgares en su sitio. —¡Magia! —exclamo cuando se los enseño.

Vuelve a reírse y le doy una palmadita en la cabeza, diciéndole que enseguida vuelvo. —¿Qué tal si ves una película mientras merendamos? —Asiente. —Bien, cielo. —Pongo los dibujos animados antes de salir de la habitación y cerrar la puerta con llave. Ya en el pequeño pasillo, sonrío al mirar la otra habitación cerrada con llave.

Como si lo hubiera convocado, oigo el débil sonido de gritos seguido de patadas huecas contra la puerta. No debería darle comida, pienso. No se lo merece. No se merece nada. No después de lo que le hizo pasar a Gracie.

Pienso en mi propia madre. Ella nunca haría esto con una mujer de la que no pudiera confirmar que era una maltratadora.

Pero yo no soy mi madre.

Subo las escaleras y saco un cuchillo afilado del cajón. Paso la mano por la hoja antes de coger unas verduras de la nevera. Preparo un plato para Gracie y para mí. El vigilabebés está en rojo y puedo oír los dibujos animados que está viendo Gracie.

Al cabo de un momento oigo su dulce voz. Reconozco bien su tono. Está jugando con algunos juguetes, dándoles sus voces particulares. Sonrío cuando la oigo pronunciar mi nombre.

—Hola, soy yo, la Srta. Meadows —dice Gracie con una voz graciosa.

—¡Hola, Srta. Meadows! —dice, con un tono más agudo.

—Hola, Mamá —dice la voz de la Srta. Meadows—. ¿Puede venir Gracie a jugar?

—¡Oh, sí! Le encantaría. Pero yo también quiero ir.

—¡Sí! —dice la voz de la Srta. Meadows—. Podemos divertirnos juntas.

—Echo de menos a Gracie —dice con la voz de su madre imaginaria—. Nunca quiero separarme de ella.

Me acerco al vigilabebés y lo apago despacio, metiéndolo en el cajón. Agacho la cabeza y me tomo un momento para mí antes de bajar las escaleras lentamente, llevando el tentempié que he preparado para Gracie y para mí.

Ya en el sótano, vacilo antes de entrar en la habitación de Gracie. Dejo uno de los platos de plástico en el suelo y abro la ranura de la de Sarah. No digo nada mientras meto la comida dentro.

—¡Annie! —me llama Sarah.

No hables con ellas, me recuerdo a mí misma. Era la regla de Madre. Aunque hasta ahora no he sido muy fiel a muchas de ellas por mi cuenta.

—Annie, entiendo por qué has hecho esto —dice, esta vez sin gritar—. Crees que he hecho daño a mi hija. ¿Crees que yo le haría daño a Gracie? Jamás. Nunca la he tocado de esa manera. Sí, le he gritado, pero a veces, como madre, hay que hacerlo.

—¡Y Roger! —le grito a través de la ranura abierta—. ¿Y tu marido?

—No pretendía asustarla —dice Sarah—. Nunca le hizo daño, nunca.

—¿Y a ti? ¿Cuántas veces te ha hecho daño tu marido?

Sarah no contesta.

—Crees que tu marido nunca tocará a Gracie, pero seguramente pensabas lo mismo hasta que te tocó a ti.

—Eso fue…

—¿Otro accidente? —grito—. Todo lo terrible que te ha hecho siempre fue uno de esos, ¿verdad? ¿Cuántas excusas vas a ponerle a tu marido antes de darte cuenta de que es simplemente así?

Sarah guarda silencio un momento. —Se le murió su padre. No es él mismo.

—¡A mi madre se le está muriendo! —grito.

Vuelve a callarse. —Lo siento… Todo el mundo necesita a su madre. Tú lo entiendes. Gracie necesita la suya.

—Tu marido debería estar en esta habitación —digo con frialdad—. Os merecéis el uno al otro. Él te hace daño y tú lo consientes. Mi madre fue una estúpida una vez. Dejó que mi padre le pegara. Se decía las mismas excusas que tú te dices. Decía que era un buen hombre. Que la quería. Que era buena persona.

—Él es buena per…

—¡Cállate! —grito—. No lo es. Él debería ser el que se pudre en esta habitación. ¡Te rompió el brazo, adrede! Te tiró por las escaleras. Gracie me lo contó todo. —Sarah se queda callada ahora—. Así es. Él es el malo aquí, no yo… Mi padre también era el malo. Una noche, después de que me portara mal, dirigió su rabia hacia mí. Fue entonces cuando a Madre le bastó. Lo atrajo a la habitación en la que estás ahora. Dicen que se puede vivir sin comida ni agua hasta ocho días. Mi padre murió al cabo de tres… Se lo merecía.

—¿Me vas a matar? —pregunta Sarah, con la voz temblorosa.

Suspiro. —No debería estar hablando contigo. —Cierro la ranura y la cierro con llave. Estoy a punto de darme la vuelta y dirigirme a La habitación de Gracie cuando me detengo. Con reluctancia, enciendo la luz de La habitación de Sarah.

Capítulo 37

Roger

Ya está empezando a oscurecer y Sarah no ha vuelto a casa. Estoy más que preocupado. He llamado a la Detective Falls y me ha dicho que avisaría por radio a sus agentes para que estén atentos.

¿Cómo puede pasar esto? No solo falta mi hija, sino también mi mujer.

Pienso en poner más carteles de persona desaparecida, pero siento que estoy a punto de rendirme. Me siento en el sofá con una cerveza en la mano. Es la cuarta. No tengo intención de parar en breve. Me digo a mí mismo, en broma, que en cuanto Sarah cruce la puerta dejaré de beber.

Hasta entonces, la culpa es suya. ¿Por qué no ha vuelto a casa? ¿Cómo puede estar fuera tanto tiempo sin decirme dónde está?

Pienso en la obsesión que tenía con Annie Meadows. Se lo he contado a la Detective Falls. Saco el teléfono y, presa de la desesperación, hago una llamada. Esta vez alguien contesta.

—¿El señor Bradshaw? —pregunta el investigador privado.

Me río. —Vaya. Me sorprende que hayas cogido el teléfono.

—Los detectives privados trabajamos a horas raras —dice él con una carcajada—. ¿Qué ocurre?

—Necesito otra dirección. Y la necesito ahora mismo.

—Ahora mismo estoy ocupado con algo. Estoy fuera. Te lo puedo conseguir por la mañana.

Doy un largo trago de cerveza. —No, no lo entiendes. Creo que... estoy preocupado.

Se hace una pausa al teléfono. —Sé quién eres —dice el investigador privado—. ¿Crees que esa persona tiene a tu hija?

—Mi mujer lo cree —digo—. Y ahora ella también ha desaparecido. —Se hace una pausa al teléfono—. Mira, te pago el triple que la última vez, ¿de acuerdo? Es que de verdad lo necesito.

—¿Cómo se llama?

Capítulo 38

Sarah

Doy vueltas por La habitación. Aunque ya puedo ver, soy incapaz de comer lo que Annie ha preparado. Lo último que me apetece es comer. Tengo el estómago vacío, pero el corazón también lo está.

Gracie está a apenas un metro de mí, y sin embargo no puedo verla. Sé que está a salvo, y eso supone una diferencia enorme.

Pero no sé qué tiene en mente Annie Meadows para mí.

Parece que ella y su Madre han hecho cosas terribles, muchas de ellas en esta habitación.

El padre de Annie fue asesinado aquí.

Su madre lo encerró en la habitación hasta que murió de inanición o deshidratación. Eso fue lo que dijo Annie.

Annie dijo muchas cosas, y algunas de esas palabras me hirieron. Roger es un buen hombre. Haría cualquier cosa por su familia. Es divertido. Es cariñoso. Nos mantiene.

Empiezo a pensar en las otras cosas que ha hecho o me ha exigido.

No quería que yo trabajara, me recuerdo. No quería que saliera con amigas. Cada vez que lo hacía, me hacía sentir culpable para que me quedara en casa. A veces incluso me enfrentaba a ellas. Recuerdo preguntarme por qué todas mis amigas odiaban a Roger. No veían lo gran hombre que era. No lo veían como yo lo veía.

Sí oyeron hablar de las peleas que teníamos cuando yo se las contaba en el trabajo. Les conté los insultos con los que me llamaba. Les conté las

cosas que lanzaba por La habitación cuando estaba furioso conmigo. Aunque les dije que solo pasaba cuando estaba muy alterado. Nunca me hizo daño físicamente.

Me asustó, sí, pero nunca me hizo daño.

Hasta que lo hizo.

Le dije a Roger que quería volver al trabajo. Me faltaba estar rodeada de gente. En mi vida solo tenía a mi marido, a mi madre y a Gracie. Necesitaba algo más. Él me dijo que no tenía que preocuparme por el dinero. Que él se encargaría.

Le dije que iba a llamar a mi antiguo jefe. Podríamos pagar fácilmente la guardería si yo trabajaba. Gracie necesitaba pasar más tiempo con otros niños. Sentía que se estaba volviendo demasiado tímida, como yo.

Me preocupaba que la depresión que yo tenía se la estuviera contagiando, y que, como resultado de mi infelicidad, mi niña se sintiera igual.

Necesitaba un cambio.

Roger no lo entendía. Golpeó la mesa con el puño, pero esta vez yo no iba a dejar que se saliera con la suya. Me levanté desafiante y pasé junto a las escaleras. Al hacerlo, Roger también se levantó. Lo siguiente que supe fue que noté un empujón fuerte y caí por los escalones al sótano.

Grité de dolor y Roger corrió hacia mí de inmediato. Vi a Gracie en lo alto de las escaleras mirándome. Esperaba que hubiera oído mis gritos y que por eso estuviera allí. Ahora sé, gracias a Annie, que vio lo que ocurrió.

Vio lo que hizo Roger.

Durante toda mi recuperación, Roger me trató bien. Con el tiempo dijo que estaría bien si quería volver al trabajo. Incluso aceptó llevar a Gracie a la guardería. Aceptó la terapia. Aceptó muchas cosas.

Le tenía miedo a mi marido, pero me decía a mí misma que había sido un error. Estaba acalorado en ese momento. Yo le grité; no debería haberlo hecho.

No sé muy bien por qué lo hice, con el miedo que tenía. Quizá porque sentía que en mi vida no estaba pasando nada.

Mi brazo se curó con el tiempo, pero mi alma nunca lo hizo.

¿Cuántas mentiras he dicho para proteger a mi marido y lo que me hizo? En cada visita al médico después de la dislocación de hombro, mentí. Guardé mi secreto. Todo para protegerle.

Cada vez que me sentaba en la consulta y miraba el cartel de la sala de espera: *Denuncie el maltrato doméstico*.

Cada vez leía ese cartel, pero nunca le dije nada a nadie. ¿Para qué? ¿Qué pasaría si lo hiciera? ¿Haría algo la policía? ¿Qué haría Roger si lo hiciera?

Roger me dejaría. Me quedaría sola para cuidar de una niña pequeña. No estoy segura de poder hacerlo sola.

Quizá Annie tenga razón sobre mi marido.

Lo que hizo Roger estuvo mal. Después de que casi le diera a Gracie con el plato, empecé a buscarle más excusas. No intentaba hacerle daño a mi niña.

¿Cuánto tiempo falta para que el genio de Roger estalle con suficiente fuerza como para que haya otro «accidente» y le haga daño a Gracie?

La ranura de la parte inferior de la puerta se abre. —Voy a abrir la puerta ahora —dice Annie—. Por favor, aléjate. Por favor, no intentes nada.

—De acuerdo —digo sin aliento—. Te lo prometo.

Hace lo que dice y abre la puerta despacio, del todo. Baja la vista hacia mi plato de verduras. —No has comido. Deberías hacerlo.

—¿Puedo ver a Gracie? —pregunto.

Mantiene una mano fuera de la puerta y de repente la pone a su espalda. Por un breve instante, veo cómo la luz se refleja en el cuchillo que está escondiendo.

—¿Vas a hacerme daño? —pregunto.

Niega con la cabeza. —Mi madre tenía una norma. Nunca hacerle daño a alguien que no sea un maltratador. Sé que tú no lo eres. Aunque tu marido sí lo sea, tú no. —Respira hondo—. Se supone que debo enseñarte que tu marido no va a cambiar. Se supone que debes darte cuenta de eso.

Agacho la cabeza. —Ha hecho cosas terribles. Tienes razón. —Me agacho y cojo el dibujo que hizo Gracie.

Annie se acerca a mí y me lo quita rápidamente, dejando el dibujo sobre una mesita del pasillo. —Y sin embargo no quieres hacer nada al respecto, ¿verdad? Si dejo que Gracie y tú os marchéis de aquí, volveréis directamente con él, ¿a que sí?

No respondo, y por un momento veo a Annie cambiar el cuchillo de mano a su espalda, cambiando el agarre en el mango.

—Vamos —dice.

—¿Adónde? —digo, confusa. Casi desearía que volviera a cerrar la puerta.

—Gracie no para de pedirte —susurra—. Quiere a su madre. Puedes salir. No te haré daño a menos que tú intentes hacérmelo a mí.

—No lo haré —prometo—. Solo necesito verla. —Annie se aparta y me hace un gesto para que salga de la habitación. Avanzo despacio hasta que por fin estoy fuera de la habitación. Espero a que Annie deje de esconder el cuchillo y lo use conmigo, pero no lo hace.

—Quita el trozo de madera de la puerta y entra. Tu hija te está esperando.

Sonrío y las lágrimas empiezan a llenarme los ojos. Antes de abrir la puerta, Annie apoya una mano en ella para detenerme. —Quiero que sepas que hice esto para salvarla. Para hacerla pura de nuevo.

—¿Pura?

A Annie también se le llenan los ojos de lágrimas. —Lo que nos hacen duele. Duele toda la vida. Nunca desaparece. Por mucho que llores, por mucho que reces, el dolor siempre permanece. Lo que hizo mi madre ayudó. Lo que hizo por otras mujeres y niños ayudó. La gente mala fue destruida. Vencidos. Derrotados. El mal sería vencido por el bien. —Annie coge el cuchillo y lo baja a un lado, golpeándoselo contra la parte superior del muslo.

—Lo siento —digo. Por un momento me quedo mirando a la joven que tengo delante. El trauma que ha estado ocultando tras sus amplias sonrisas ahora es visible. No puedo evitar pensar en Gracie cuando la miro.

Nunca querré que lo que hace Roger la convierta en esto.

—Gracias —le digo. No sé muy bien por qué lo digo. No tiene ningún sentido. Al principio creo que es porque me está dejando salir de La habitación y ver a Gracie, pero me pregunto si es por otra cosa.

Annie me sonríe y abre la puerta. —La cerraré con llave cuando entres.

Capítulo 39

Annie

Cojo el cuchillo y lo clavo con fuerza sobre la mesa de la cocina, observando con asombro cómo se queda hincado en la madera. Hundo la cabeza entre las manos.

Haga lo que haga, Gracie quiere a su madre. Por mucho que juegue con ella, por muchos juegos que hagamos, por muchas carcajadas que le arranque, quiere ver a Sarah.

Yo no soy su madre.

Me la llevé para protegerla del mal, y ese mal no es Sarah. Es su marido. Solo de pensar en él me rechinan los dientes. Nunca debería haberme llevado a Gracie.

Fue un impulso. No estaba planeado. Iba en contra de todas las normas de Madre. Estos últimos días no he sido yo misma. Sé que es porque Madre se está muriendo.

En cierta manera, puedo entender a Roger Bradshaw por esto.

Me acerco al cajón y saco el vigilabebés, encendiéndolo. Un piloto del aparato se pone en rojo y puedo oírlos desde abajo.

—¡Mamá! —dice Gracie entre risas—. ¡Para de darme besos!

—¡No puedo parar! —de repente la oigo besarla como si estuviera en la habitación con ellas—. Ay, es que te he echado muchísimo de menos.

—Solo he tenido una fiesta de pijamas con la Srta. Meadows. Igual que con la abuela. Solo fue una noche, y ya está.

Sarah ríe. —Sí, supongo que tienes razón. Es que yo…

—Mamá. Me estás apretando demasiado. —Vuelvo a oír los besos sonoros—. Mamá, me has llenado de babas.

Sonrío un momento escuchándolas. Pienso en mi propia madre.

¿Qué hago con Sarah? ¿Qué debería hacer con Gracie? Nunca tuve un plan. Solo quería ayudar a la niña. Actué por impulso.

—¿Estás bien, Gracie? ¿La Srta. Meadows te hizo algo malo?

—No, mamá. Lo pasamos bien. Leímos libros e hicimos manualidades. Aunque no me dejó comer chocolate.

Sarah ríe. —¿Es un vestido nuevo?

—¡Sí! —dice Gracie—. Me lo hizo la Srta. Meadows. Tiene mariquitas. ¿Ves?

El teléfono de la pared de la cocina suena con estrépito. Escucho a Gracie y a Sarah un momento antes de bajar el volumen del vigilabebés.

—Dígame —digo cogiendo el teléfono—. Casa de los Meadows. Soy Annie. —No sé muy bien por qué contesto así. Ahora soy la única que hay en la casa.

—Annie —dice una voz—, soy Melanie, la enfermera de tu madre.

—Ah, hola —digo. El corazón se me para—. ¿Va todo bien?

—Lo siento mucho —dice—. Falleció hace aproximadamente una hora.

—¿Madre? —pregunto sorprendida. Sé que habla de ella, y esperaba este momento, pero ahora que ha llegado, me golpea de otra manera.

—Sí, tu madre ha muerto… Lo siento muchísimo.

Dejo que sus palabras calen y me tomo un momento para recomponerme. —Gracias por llamar —digo antes de colgar.

—Mamá —oigo la voz de Gracie a través del vigilabebés.

—¿Sí, cariño?

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, cielo.

Cojo el vigilabebés y bajo el volumen despacio hasta que se apaga. Un arrebato de rabia me asalta y lo lanzo al salón, viéndolo hacerse añicos en el suelo.

—¡No! —grito—. ¡No! —Vuelvo a hundir la cabeza entre las manos—. Madre. ¿Por qué? —Me tapo la cara, incapaz de creerlo. La dura verdad de mi vida me golpea de lleno—. Ahora estoy sola. —Las lágrimas ruedan por mi cara—. Me has dejado aquí.

Miro el desastre que he armado en el salón. Abro el armario junto a la puerta principal, saco una escoba y barro algunos de los trozos rotos del

vigilabebés mientras intento con todas mis fuerzas no derrumbarme. Después de limpiar el estropicio, en lugar de recogerlo con el recogedor, tiro la escoba al suelo.

—Me has dejado aquí —le digo a nadie.

Fuera, veo a un hombre con un jersey gris caminando por la acera. Reconozco enseguida su nariz torcida.

El abusador de menores.

Otro hombre malo. Uno que campa libre a pesar de todo lo que ha hecho. Aunque no sé exactamente qué hizo, fue suficiente para aparecer en una lista de depredadores conocidos.

Es el peor tipo de hombre malo. Uno que hace daño a los niños y lo disfruta.

¿Adónde va ahora este hombre malo?

Me apresuro hacia la cocina. Hace falta algo de fuerza para sacar el cuchillo de la mesa. Me pongo los zapatos, salgo de casa y camino en su dirección. Lo sigo, intentando que no se note demasiado, pero en un momento dado él se gira y me lanza una mirada extraña.

Le devuelvo una sonrisa y escondo el cuchillo a mi espalda.

Es de noche. Soy una mujer joven siguiendo a un hombre muy malo. Se supone que debería ser yo quien tuviera miedo.

No lo tengo.

Aunque debo esperar. Madre tenía sus normas. Puede que yo no las siga bien, y tiendo a hacerme las mías, pero ella tenía una importante.

Asegúrate de que los hombres malos son realmente malos.

El depredador dobla por una calle, y sé adónde va. Unos minutos después, se sienta en un banco del parque y se queda mirando el patio de recreo. Ya ha oscurecido y no hay ningún niño jugando fuera.

Aunque ya le he visto hacer esto antes, a plena luz del día. Cerca de la guardería.

Lo observo mientras está sentado. Me escondo detrás de un árbol grande y, de vez en cuando, asomo la cabeza para ver qué hace. No tarda mucho en levantarse y empezar a caminar de vuelta hacia donde estoy yo.

Espero a que esté lo bastante cerca para saludarle. Cuando pasa junto al árbol, me muestro con una sonrisa amplia.

—Magia —digo en voz alta.

Antes de que pueda decir nada, agito la mano y le paso el cuchillo por el cuello. Su piel se abre y la sangre brota a borbotones de su cuerpo. Cae al

suelo de inmediato.

Me quedo de pie sobre él y lo observo hasta que el hombre malo exhala su último aliento.

Capítulo 40

Annie

La adrenalina recorre mi cuerpo y respiro de forma entrecortada.

Todavía me tiembla una mano. La otra sujeta el cuchillo ensangrentado, firme.

Nunca quise matar a nadie. Eso era lo que me decía a mí misma cuando me llevé a Gracie. Pensaba que mi madre se equivocaba al matar. Pensaba que había una manera mejor de salvar a un niño.

Después de matar al depredador, sé que estaba equivocada. Equivocada en todo.

Mi madre también.

¿Por qué salvar a un solo niño? Imagina el número de niños que he salvado de años de trauma al matar a ese hombre.

Me asombro de mí misma. No siento ningún remordimiento por lo que he hecho. Parece lo correcto. Si existe el mal puro en este mundo, ese depredador lo encarnaba. Ahora ha desaparecido.

El bien ha vencido al mal.

Esta noche he salvado a niños.

Era solo cuestión de tiempo que ese hombre hiciera algo más en el patio de recreo que observar a los niños.

Ahora no podrá hacerle daño a nadie.

Lo mejor de todo es que no será el último. En la guardería hay todo un tablón de anuncios lleno de hombres malvados a los que se les puede deparar un destino similar.

No hace falta tenerlos encerrados en La habitación, matándolos de hambre. Hay que matarlos donde se los encuentra. Pasar al siguiente.

Al fin y al cabo, hay tantos.

Si me propusiera purificar la ciudad de los hombres que figuran en la lista del trabajo, la gente me lo agradecería.

¿Quién llora por un ser humano así?

Miro el cuchillo que tengo en la mano e intento calmar la respiración. La sangre gotea desde la punta hasta el suelo.

El corazón todavía me late deprisa. Es como si me hubiera tomado diez expresos. Casi me apetece ir a la guardería y empezar a investigar al siguiente monstruo de la lista.

Lo único que me detiene son las dos personas que tengo en el sótano. ¿Qué hago con Sarah?

¿Qué hago con Roger Bradshaw? Miro el cuchillo que tengo en la mano y aprieto el mango con más fuerza.

La respuesta ahora es obvia.

Quería salvar a Gracie. Solo hay una manera de conseguirlo.

Bajo las escaleras con el cuchillo ensangrentado todavía en la mano. Abro la puerta con llave y asomo la cabeza.

—Sarah —digo con voz suave. Le dedico una sonrisa amplia—. ¿Podemos hablar, por favor? ¿Aquí en el pasillo?

Sarah me mira con inquietud. Le da un beso en la cabeza a Gracie antes de levantarse del sofá. Se acerca a la puerta con desgana. Le hago señas para que se dé prisa.

Cuando está fuera de La habitación, cierro la puerta.

—Le he dado vueltas a esto —digo, aunque no estoy segura de ser capaz de pensar con claridad ahora mismo. Con los nervios que tengo en el cuerpo, podría correr una maratón en este momento. Sarah se tapa la boca y grita contra su mano.

—¡Para! —le grito—. Vas a asustar a Gracie.

Sarah me mira con absoluto horror.

Sé que la he asustado, pero estoy a punto de dejarla marchar con una condición importante a la que debe acceder.

Uno pensaría que estaría más contenta en lugar de mirarme como si hubiera visto un fantasma.

—Sarah, ¿qué te pasa? —digo, completamente desconcertada.

Aparta la mano de la boca. —Estás cubierta de sangre.

Capítulo 41

Roger

El investigador privado cumplió con su parte. Me proporcionó la dirección de Annie con rapidez.

Por segunda vez hoy, conduzco hacia una casa sin tener la menor idea de lo que haré cuando llegue. Lo último que quiero es hacerle pasar a Annie Meadows lo que le hice al padre de Jeremy.

Aunque el Detective Falls me dijo que sobrevivirá, sigo sin poder quitarme de encima lo que mis actos le hicieron a ese hombre.

Cuando llegue a casa de Annie, las cosas serán distintas.

Al fin y al cabo, Annie es una mujer menuda como un palillo. No puedo irrumpir en su casa así como así, aunque me resultaría muy fácil hacerlo. Le saco fácilmente veinte kilos.

Por la forma en que Gracie habla de ella, cualquiera diría que es una segunda madre. Gracie parece tenerle un cariño genuino a su maestra de la guardería.

¿En qué mundo tendría sentido que Annie se la hubiera llevado?

Sigo creyendo en el fondo de mi corazón que Jeremy está detrás de todo esto. Necesito encontrar a Sarah, y después volveré a centrarme en ese depravado. Lo seguiré. Adonde vaya, estaré yo.

Que le den al Detective Falls.

Si hace falta, alquilaré un coche. Necesito mejorar en lo de seguir a la gente. He pensado en contratar al investigador privado que he utilizado para

vigilar a Jeremy. Pero si ese pervertido tiene a Gracie, no quiero meter a nadie más en lo que pueda llegar a hacer.

Según me acerco a la casa de Annie Meadows, reduzco la velocidad hasta distinguir su dirección. Aparco en la calle. Una vez más, no tengo ningún plan. Llamaré a la puerta principal. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

No voy a volver a entrar en ninguna casa a la fuerza. No después de lo del anciano. No quiero asustar a una mujer menuda como Annie Meadows. Ella y el padre de Jeremy podrían acabar compartiendo habitación en urgencias si lo hago.

Subo los escalones hasta su puerta principal. Al llegar al porche, piso algo resbaladizo que casi me hace caer. Miro hacia abajo, pero no logro distinguir qué es. Cuando doy otro paso, se enciende una luz automática que me ilumina a mí y al porche.

Ya veo una luz encendida dentro y sé que debe de estar en casa. Hay muchas posibilidades de que ya me haya visto.

Estoy a punto de llamar a la puerta cuando bajo la vista y veo lo que estuvo a punto de hacerme caer.

Unas huellas ensangrentadas arrancan desde los escalones del porche y llegan hasta la puerta principal.

—¿Qué demonios? —Me asomo por la ventana, pero no veo ningún movimiento.

Algo va muy mal. ¿En la sangre de quién he pisado?

Me asomo por las otras ventanas del porche delantero, pero no veo nada. Veo una ventana del sótano bajo el porche con la luz encendida. Algo me impide ver del todo la habitación, sin embargo.

Me arrodillo en el suelo y hago todo lo posible por mirar hacia dentro. Cuando lo hago, me quedo completamente paralizado.

Sarah tiene la boca tapada. A su lado está Annie Meadows. El vestido blanco de la maestra de la guardería está cubierto de manchas rojas. En la mano sostiene un gran cuchillo de cocina.

Salgo corriendo hacia la puerta principal de inmediato. Cuando giro el pomo, se abre.

Capítulo 42

Sarah

—¿De quién es esa sangre? —digo, señalando a Annie.

Ella sonríe. —Pertenecía a un hombre malo. Un hombre muy malo.

Me tapo la boca de nuevo. —¿Lo has matado? ¿A Roger?

Suspira. —¿Todavía te importa? ¿Cómo? Después de todo lo que me contaste. De lo poco que le importas a él. —Me apunta con el cuchillo. Cuando doy un paso atrás, suaviza la expresión. —Lo siento. —Lo aparta de nuevo.

—Ha hecho cosas terribles, sí, pero no quiero que muera.

Niega con la cabeza. —No, tonta. Eso lo haré yo por ti. —Sus ojos muertos la hacen parecer casi demoníaca. —Eso es lo que quería decirte. Esto termina con él. Roger «fue un accidente» Bradshaw. Lo mataré —dice, agitando el cuchillo por el aire—, y entonces te irás. —Se ríe. —Será justo como Madre habría querido.

Annie baja de repente el cuchillo al mencionar a su madre.

—No, Annie, no puedes hacerle eso —digo.

Sus ojos se endurecen y me mira fijamente con intensidad. —¿Por qué no? No te merece. Desde luego no merece a Gracie. Si te dejo marchar, volverás directamente con él. ¡No habrás aprendido nada!

—Lo que tu padre te hizo fue terrible. Pero matar no va a mejorar las cosas. No las ha mejorado para ti, ¿verdad?

Hace una pausa antes de levantar la hoja hacia mí. En ese momento Gracie abre la puerta ligeramente. —Mami, ¿vas a volver? —pregunta.

Cierro la puerta intentando no golpearla con ella. De ningún modo puedo dejar que vea lo que está pasando, ni la sangre que cubre a su maestra de la guardería.

—Espera dentro, cariño —le digo. Miro a Annie Meadows y temo que esta pueda ser la última vez que hable con mi hija. —Gracie —abro la puerta ligeramente para ver su carita. Ella se gira hacia mí. —Te quiero. Mamá te quiere muchísimo. Recuérdalo siempre, pase lo que pase.

Gracie me devuelve la sonrisa. —Eres tonta, mami. Siempre me estás diciendo que me quieres.

Cierro la puerta y miro a Annie. —Solo no le hagas daño a ella, ¿de acuerdo? —Me tapo la boca de nuevo y espero aterrorizada a que me clave la hoja.

Cuando miro a Annie, sus ojos llenos de rabia se han suavizado. El cuchillo ha bajado, y parece a punto de echarse a llorar.

—La he perdido hoy —dice de repente. —A Madre. Ha muerto. —Respiro hondo. Annie gira el cuchillo en su mano sosteniéndolo por la punta. —Toma —dice. —Cógelo. Por favor, cógelo.

Cojo el cuchillo rápidamente. La sangre del mango me mancha las manos.

Lo que dice a continuación me aterra.

—Mátame —dice en voz baja. —¿Por favor? Déjame estar con Madre. Ya no sirvo para esto. Nunca debí haber cogido a Gracie. Nunca debí haberle hecho eso a ella. Nunca debí haberte hecho pasar por esto. Nunca debí haber ayudado a Madre con ninguno de los niños. Nunca debí haber nacido siquiera… Mátame.

—Annie, para.

Empieza a llorar y baja la cabeza. —Solo quería que esa niña no pasara por lo que yo pasé. No quería que estuviera rota. Mira lo que me ha hecho a mí. Haría cualquier cosa por evitar que le hicieran daño. Ninguno de ellos merecía que le hicieran daño. —Baja la cabeza y solloza sin control. Casi me recuerda a cómo se ve Gracie cuando está triste.

No sé bien qué es. La mujer que tengo delante está cubierta de sangre. Acabo de quitarle un cuchillo. Pero a pesar de todo, la compadezco.

Yo tampoco quería que mi niña estuviera rota. Por primera vez, me doy cuenta de que yo llevo un tiempo estando *rota*.

De un modo extraño, Annie Meadows me ha salvado.

Suelto el cuchillo y doy un paso hacia ella. —Está bien, Annie. —La rodeo con los brazos y la abrazo con fuerza.

—Echo de menos a mi madre —dice, llorando sobre mi hombro. —Ojalá nada de esto hubiera pasado.

—Todo va a ir bien, Annie —le digo. —Gracie nunca estará rota. Tiene a su madre para mantenerla a salvo a partir de ahora. No tienes que preocuparte. Entiendo por qué hiciste esto.

Cuando levanto la vista, veo a Roger acercándose sigilosamente por detrás de ella.

Antes de que pueda decir una palabra, se abalanza sobre nosotras. Empuja a Annie con fuerza. La veo caer, con la cabeza golpeando violentamente contra el lado de la mesita. Roger se planta sobre ella y le propina un puñetazo brutal en el costado.

Empujo a mi marido y le grito que pare. Él también me empuja a mí y mi cara choca contra la pared de cemento. Grito de dolor.

Roger no detiene su ataque contra Annie.

—¡Roger! —grito. —Para, ya.

Por fin se gira hacia mí, con los ojos llenos de rabia. —¿Pero qué demonios estás haciendo?

—¡Deja de hacerle daño! —digo. Da un paso hacia mí y, por una fracción de segundo, temo lo que hará a continuación. Señalo la habitación. —¡Gracie está ahí!

Los ojos de Roger se suavizan y corre de inmediato hacia la puerta intentando abrirla.

Me quedo mirando a Annie Meadows en el suelo. No se mueve. Un charco de sangre se extiende cada vez más bajo su cabeza.

Me doy cuenta de que está muerta.

Ahora está con su madre.

Miro a Roger con mis propios ojos llenos de rabia.

Mi marido por fin abre la puerta y entra en la habitación oscura. —¿Dónde está el interruptor? —exige. Lo enciendo desde fuera. Mira a su alrededor y luego me mira a mí, confundido. —¿Dónde está Gracie?

En lugar de responderle, doy un portazo y cierro con llave desde fuera.

Capítulo 43

Roger

Grito tan fuerte como puedo. —¡Sarah! ¡Abre la puerta! ¡Ábrela ahora! ¿Qué demonios estás haciendo? —Empiezo a darle patadas con furia. Como no la oigo, comienzo a embestir la puerta con el cuerpo. No cede ni un milímetro. Doy un paso atrás y le doy la patada más fuerte que puedo, pero lo único que consigo es hacerme daño.

—¡Sarah! ¡Abre esta puerta ahora mismo! ¡O te arrepentirás!

Oigo un sonido metálico y bajo la vista: la trampilla de metal se ha abierto.

—Se supone que no debo hablar contigo —me dice Sarah con frialdad.

—¿Qué demonios significa eso? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué te ha pasado?

De repente, un trozo de papel se cuela por la abertura. La ranura de metal se cierra. Intento empujarla, pero no cede. Respiro hondo y cojo el papel.

En él hay una figura de palitos en lo alto de una escalera. En la parte de abajo aparecen dos figuras de palitos con el ceño fruncido. —¿Sarah? —digo, desconcertado—. ¿Esto es de Gracie? ¿Somos nosotros? —Miro la figura de palitos en lo alto de las escaleras y caigo en la cuenta de quién es.

La luz sobre mí se apaga.

Capítulo 44

Sarah

—Recuerda lo que te dije, cariño —le digo a Gracie.

Ella asiente. —Sin mirar.

—Exacto —le digo. Bajo la funda de almohada que cogí de su cama y le tapo los ojos. Se la aprieto detrás de la cabeza para que no pueda ver lo que hay al otro lado de la puerta. —¿Y qué más?

Gracie se tapa las orejas. —¡Orejeras!

Le aparto una mano de las orejas un momento. —Eso es. Ahora, prométeme que no vas a apartar las manos de las orejas. —Gracie vuelve a asentir.

Cuando me siento lo bastante tranquila como para creerla y para enfrentarme yo misma a lo que hay al otro lado de la habitación, abro la puerta. Cojo la mano de Gracie y la guío hacia fuera. Me detengo un instante a mirar a Annie Meadows, con el cuerpo todavía inmóvil.

Al fondo del pasillo oigo los gritos apagados de mi marido y los golpes que da contra la puerta. Respiro hondo y sigo guiando a Gracie por el pasillo y escaleras arriba. Le quito la venda cuando llegamos a la planta principal.

—Es hora de irnos —le digo.

—¿Puedo volver a quedarme a dormir en casa de la Srta. Meadows alguna vez? —pregunta con toda la inocencia del mundo.

La miro sin saber qué decir. —Vamos, anda.

—¿Adónde vamos ahora, mamá?

Sé exactamente adónde vamos, pero no se lo digo. Abro la puerta principal y aspiro el aire fresco. Fuera está casi completamente oscuro.

La luz del porche se enciende con nuestro movimiento y, horrorizada, me fijo en la sangre a mis pies.

—Alguien ha hecho una guarrada con la pintura, mamá —dice Gracie.

Le cojo la mano. —Eso es, cariño. Vamos. Nos vamos.

Caminamos unas manzanas hasta que veo el letrero de la comisaría de policía de la ciudad. El pulso se me acelera al abrir la puerta principal y entrar. Un agente me lanza una mirada extraña cuando me acerco a su mostrador.

—¿Puedo... ayudarla en algo? —pregunta.

Me quedo mirando al agente sin saber qué decir. Sí, necesito ayuda. Mucha ayuda. ¿Por dónde empiezo?

Annie Meadows está muerta. Mi marido la mató. Esta noche Annie también mató a otra persona. Se llevaron a mi hija, y a mí también.

Tantas cosas que podría decir, y aun así no encuentro las palabras para contárselas al agente.

—Señora —dice, desconcertado—. ¿Se encuentra bien? ¿Está todo bien? —De repente, su expresión cambia. Mira hacia un cartel de persona desaparecida en un tablón de anuncios que tiene cerca. En él aparece la cara de Gracie. Me mira de nuevo y ahora comprende quiénes somos mi hija y yo.

¿Cómo le explico lo que ha pasado? ¿Por dónde empiezo? Pienso en la consulta del médico y en el cartel que estuve mirando con desprecio durante meses mientras se me recuperaba el hombro.

Por el principio. Toda historia se cuenta desde el principio.

Miro al agente con aplomo. —Quiero denunciar a mi marido por maltrato.

Epílogo

Annie

Me despierto en una pequeña habitación. Al instante siento un dolor agudo en la cabeza. Me la cubro con la mano para intentar que cese y noto un grueso vendaje alrededor del cráneo.

Miro alrededor de la habitación sin dar crédito a lo que veo. Una máquina a mi lado emite pitidos. Intento levantar la otra mano, pero algo me lo impide. Bajo la vista, incrédula.

Esposas. Una alrededor de mi muñeca, la otra sujeta a la cama.

Una cama de hospital.

¿Qué ha pasado? ¿Cómo he acabado aquí? Lo último que recuerdo es estar hablando con Sarah Bradshaw, y lo siguiente que veo es esta habitación de hospital.

¿Cómo he acabado aquí?

Tiro de las esposas, pero no consigo liberarme. En el otro brazo veo unos tubos que salen del dorso de la mano. Alargo el brazo cruzándolo sobre el cuerpo y los arranco.

Antes de que pueda hacer nada más, una enfermera entra en la habitación. Se le abre la boca de par en par cuando me ve mirándola fijamente. Sale corriendo de inmediato y la oigo alejarse a toda prisa por el pasillo del hospital.

Vuelvo a tirar de la mano esposada, sin lograr soltarme. Respiro hondo y sonrío. Doblo el pulgar hacia la palma de la mano de un golpe seco y me deslizo las esposas fuera.

—Magia.

Nota de la autora

Espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura de mi historia tanto como yo disfruté creándola. Como autora independiente, lo único que me importa es lo que pienses de mi libro. Si te ha gustado mi historia, te agradecería mucho que te tomaras un momento para dejar tu reseña en la tienda de Amazon. Significaría muchísimo para mí. Gracias por leer, y espero que me acompañes la próxima vez.

James

Ahora, por favor, disfrute de una muestra de mi historia 'La Jefa':

La Jefa: Un thriller psicológico - Capítulo 1

Alice

Tres meses antes.

Estoy sentada en el sofá de nuestro nuevo salón, paralizada por el miedo ante todos los grandes cambios que está dando mi vida.

Sé que debería estar feliz ahora mismo. Estoy consiguiendo todo lo que siempre he querido. En cambio, mis inseguridades se han apoderado por completo de mi cerebro. Estoy atrapada entre las ganas de saltar de alegría y las de hacerme un ovillo y echarme a llorar.

Mañana es mi primer día en Lovely Beauty Supplies, o LBS para abreviar. Soy su nueva directora ejecutiva de ventas.

Aún se me cae la mandíbula al suelo cuando pienso en mi nuevo cargo.

Me costó años acceder a un puesto directivo cuando vivía en la Columbia Británica. Y, de repente, me he cruzado el país y ahora estoy a unos centímetros de ser una alta ejecutiva en una empresa de productos de belleza emergente que tiene un potencial enorme.

El trabajo duro me ha traído hasta aquí. He pagado mi derecho de piso ante mis jefes corporativos. He sacrificado gran parte de mi tiempo y de mi vida para llegar a donde quería estar, y ahora los frutos de mi esfuerzo están dando resultados.

Evan, mi marido, me ha servido de apoyo. No me ha frenado en lo que quería en la vida, aunque a veces puede ser una buena distracción.

Estamos cerca de los treinta. Él quiere ser padre. Cuando nos casamos hace casi dos años, le dije que yo quería lo mismo, y así es, pero no ahora

mismo.

En este momento, Alice Walker necesita centrarse en sí misma. Necesito trepar por la escala corporativa tan alto como pueda y, una vez que sea imprescindible, una vez que haya demostrado mi valía, podré centrarme en formar una familia con Evan.

Soy joven y aún tengo tiempo de sobra. Aunque parece que Evan está pasando por su crisis de los cuarenta mucho antes de lo esperado, yo solo tengo veintisiete años. Eso me da mucho margen para llegar a donde necesito estar.

Si le preguntas a Evan, sin embargo, te diría lo contrario. Está obsesionado con mis óvulos y con cuántos años de fertilidad me quedan.

No deja de soltar estadísticas sobre los problemas que tienen los padres mayores cuando forman una familia tarde.

No estoy preocupada. Cuando llegue el momento, seré una buena madre, lo sé. Solo que no puedo empezar cuando estoy en lo más bajo. Quiero que mis hijos se críen en un entorno donde no tengan que preocuparse por el dinero. Quiero asegurarme de poder ofrecerles esos años iniciales de estabilidad.

Básicamente, quiero que no pasen por el infierno que viví yo de pequeña.

Evan, aunque es un marido bueno y comprensivo con su ambiciosa mujer, no ayuda mucho en ese aspecto.

Actualmente no trabaja, y eso no me importa ya que nos acabamos de mudar a Toronto para que yo pudiera empezar mi nuevo empleo.

Aunque tiendo a ser muy exigente conmigo misma, sé que no es razonable que se mude al otro lado del país conmigo y encuentre trabajo de repente.

Lo que sí era razonable, no obstante, era esperar que antes de mudarnos a Toronto tuviera una carrera estable. *Estable* y *carrera* no son palabras que se puedan aplicar a mi marido.

En el mundo laboral, somos casi polos opuestos. Yo soy emprendedora, ambiciosa y haría cualquier cosa, salvo vender a mi hijo no nato, para llegar a donde quiero estar en la vida. Evan es diferente.

Él no aguanta tonterías de sus superiores. Se limita a realizar el trabajo que se le exige y poco más. Se jacta de cómo dejó su último empleo mandando a su jefe a tomar por saco.

A veces noto que le molesta lo exitosa que soy. Nunca le echo en cara que gano más que él. Él lo sabe. Llevamos las finanzas juntos. Ve lo que gano yo en comparación con lo que él aporta, cuando tiene trabajo. No hace falta que le diga lo obvio.

Gano lo suficiente para que no tenga que preocuparse por ello. Sé que gran parte de su frustración en los diversos empleos que ha tenido se debe a que no ha encontrado algo que le apasione.

Desde que era niña, quería ser ejecutiva en una empresa. Imaginaba mi nombre en el exterior de una puerta grande en una oficina elegante, personal trabajando para mí y yo dirigiéndolos.

En un momento de su vida, pensé que Evan tenía eso encaminado. Estaba empezando el Grado en Educación para ser profesor, pero dejó la universidad a los veintipocos. Desde entonces le ha costado encontrar algo que quiera hacer.

Si de verdad quiere formar una familia conmigo, y dado que yo gano más que él, lo más probable es que sea él quien se quede en casa con nuestro futuro bebé más tiempo que yo. Yo tendré que reincorporarme pronto de la baja de maternidad para centrarme de nuevo en mi carrera. Él puede encargarse del grueso de lo que el bebé necesite.

—¿Quieres que sea el amo de casa? —me preguntó Evan una vez en broma.

Evan sube las escaleras desde el sótano; cada peldaño chirría en un tono distinto. Trae cables cortados en la mano.

—Bueno, esto es un desastre —dice—. La instalación eléctrica es propiamente de los años cuarenta. Esto no cumple la normativa, seguro. —Me mira, esperando una respuesta, pero yo solo sonrío.

Ya sabíamos que este sitio necesitaba algo más que un lavado de cara.

Evan encontró una oportunidad increíble, según decía. Una casa antigua anunciada en internet con un precio increíble en una zona buena.

La descripción era idílica, como era de esperar. Decir que una casa es cara en Toronto es quedarse corto. Es la ciudad más cara para vivir en Canadá, incluso del mundo, de hecho.

Siempre habíamos querido una casa propia, y si íbamos a tener un bebé en un futuro cercano, queríamos tenerlo en una casa unifamiliar.

Evan me devuelve la sonrisa. —No te preocupes, yo me encargo —dice con confianza.

Aunque mi marido no tenga confianza en el mundo laboral corriente, desde luego es un manitas. Su padre trabajaba en mantenimiento y enseñó a su hijo muchas cosas distintas, desde instalar suelos hasta electricidad.

Era algo que la familia Walker solía hacer junta. Para cualquier proyecto de la casa que hubiera que hacer, su padre reunía a Evan y al hijo menor, Tommy, y lo hacían juntos.

Cuando conseguí el trabajo en LBS, Evan se alegró de volver a donde se había criado. Estaría cerca de su hermano Tommy de nuevo.

Al padre de Evan le habría encantado trabajar en la reforma de este lugar con él, pero desgraciadamente falleció hace un año. En lugar de que la familia Walker trabajara junta en un proyecto de la casa, ahora solo serían Evan y Tommy.

—¿Cuándo vendrá Tommy a ayudar? —pregunto.

—Dijo que quería venir mañana —dice Evan, metiendo los cables en una bolsa de basura. Ya ha amontonado un montón de escombros de las cosas que ha arrancado. Tommy tiene una camioneta donde pueden cargarlo todo para llevarlo al vertedero—. Dijo que tenía unas últimas cosas que hacer en la escuela antes de que sus vacaciones de verano empezaran de verdad. —Se limpia las manos sucias en los vaqueros.

—Hay que ver qué bien viven los profesores —digo con una risa, e inmediatamente me arrepiento de mis palabras. A veces, Evan puede ser sensible cuando hablamos de que su hermano es profesor. Al fin y al cabo, era el trabajo de sus sueños al que él renunció mientras su hermano triunfaba.

—¿Qué estás mirando? —pregunta Evan, señalando mi móvil con la cabeza.

—La página web de mi nueva empresa. Lovely Beauty Supplies.

—Ya te han contratado —dice Evan con una risita—. No hace falta que te preocupes por el lema de la empresa ahora que las entrevistas han terminado. Tienes el puesto.

Evan no lo entiende. Tu trabajo no termina con la entrevista. Empieza el primer día y el siguiente. Tienes que entender la dinámica de trabajo de la empresa, lo que quieren. Es la única forma de mantenerse arriba o subir aún más en una compañía.

La cultura laboral la puedes aprender una vez que estés en la oficina, pero conocer a tu empresa, al menos su cara pública, es importante. En este

momento, sin embargo, estoy leyendo la sección de «Sobre nosotros» y mirando las numerosas caras de los puestos activos y quiénes los ocupan.

A una de ellas la reconocí de inmediato. Fue la que me contrató. Nicole Barrett. Nunca me había entrevistado con la presidenta de una empresa y estaba nerviosa, pero fue sumamente amable, lo que hizo que todo fuera bien.

Lo que lo hizo aún mejor fue la cantidad de preparación que había hecho antes de que empezara la entrevista. Nicole incluso comentó lo bien preparada que estaba.

Sonrío a mi marido. —Necesito refrescar lo que aprendí. Mañana es el primer día, y solo tienes una oportunidad de causar una buena primera impresión.

—Pensé que habías dicho que tu jefa parecía simpática —dice confundido.

—Bueno, lo es, pero no es solo a ella a quien tengo que impresionar, es a todo el mundo.

Evan ladea la cabeza. —Te irá bien.

—Lo sé —digo con confianza—. Por eso me estoy preparando un poco más.

Evan asiente. —Dices que te irá bien, pero estás haciendo eso que haces cuando te estás muriendo de miedo por dentro pero intentas que no se note.

—¿El qué? —pregunto confundida.

—Es el único tic que noto cuando vas de farol. —Se ríe—. Si no fuera porque dilatas las fosas nasales como si intentaras inspirar todo el aire de la habitación a la vez, nunca sospecharía nada.

Me doy cuenta de inmediato de que tiene razón y relajo la cara.

Suspiro y dejo el móvil. Evan se sienta en el sofá a mi lado y me pasa el brazo por los hombros. —Mañana te va a salir todo de maravilla.

Aspiro hondo y apoyo la cabeza en su hombro. —Espero que tengas razón.

—Ya lo verás —dice—. Y si por alguna razón no fuera así, puedes dejarlo. Cualquier otra empresa tendrá la suerte de que mi exitosa esposa la dirija. —Me besa en un lado de la cabeza.

No lo corrijo. No es tan fácil. Si esto no sale bien, estamos totalmente fastidiados. Pero eso no se lo explico. A veces ojalá tuviera su actitud despreocupada.

Evan se saca una mano del bolsillo y un pequeño papel rectangular cae al suelo. Veo la imagen de una campana amarilla y por un momento temo que sea un rasca y gana. Evan solía comprar muchas loterías, y cosas mucho peores, pero prometió que lo había dejado. ¿Y ahora veo un rasca y gana en el suelo?

Él lo recoge y me mira al notar mi cara de enfado. Se ríe. —Es solo un recibo de la ferretería. —Me lo enseña y veo las letras en negrita junto al símbolo de la campana. «Ferretería Bell», reza.

—Te dejo tranquila —dice mientras me besa de nuevo antes de levantarse y volver a bajar, haciendo que los peldaños crujan de forma distinta a como lo hicieron cuando subió.

Suelto aire y me pongo un dedo en el cuello, tomándome el pulso. Suele ser rápido, pero ahora mismo late desbocado. Ralentizo mi respiración e intento calmarme.

Vuelvo a mirar mi móvil y sigo leyendo la web de la empresa, asimilando la información sobre los productos que venden y su marketing.

Mi teléfono empieza a vibrar en mi mano por una llamada de un número desconocido. Acepto la llamada y me lo pongo en el oído. —Diga —digo. Nadie me responde. Miro el móvil y veo que la llamada sigue activa. Intento saludar de nuevo a quien sea que haya llamado, pero cuelgo cuando nadie responde.

Otra estafa telefónica. Últimamente recibo muchas. Pero esta noche no tengo tiempo para eso.

Necesito absorber toda la información que pueda antes de mañana.

Necesito que mañana salga bien.

Por favor, que salga bien.

Espero que la gente a la que voy a dirigir me aprecie. Espero que no sean desagradables. Espero que mis superiores sean fáciles de tratar.

Me vuelvo a calmar respirando despacio. La presidenta de la compañía, Nicole Barrett, fue tan agradable durante las entrevistas, me recuerdo a mí misma. Si el resto de la empresa es como ella, mañana será increíble. Eso espero.

Continuar leyendo